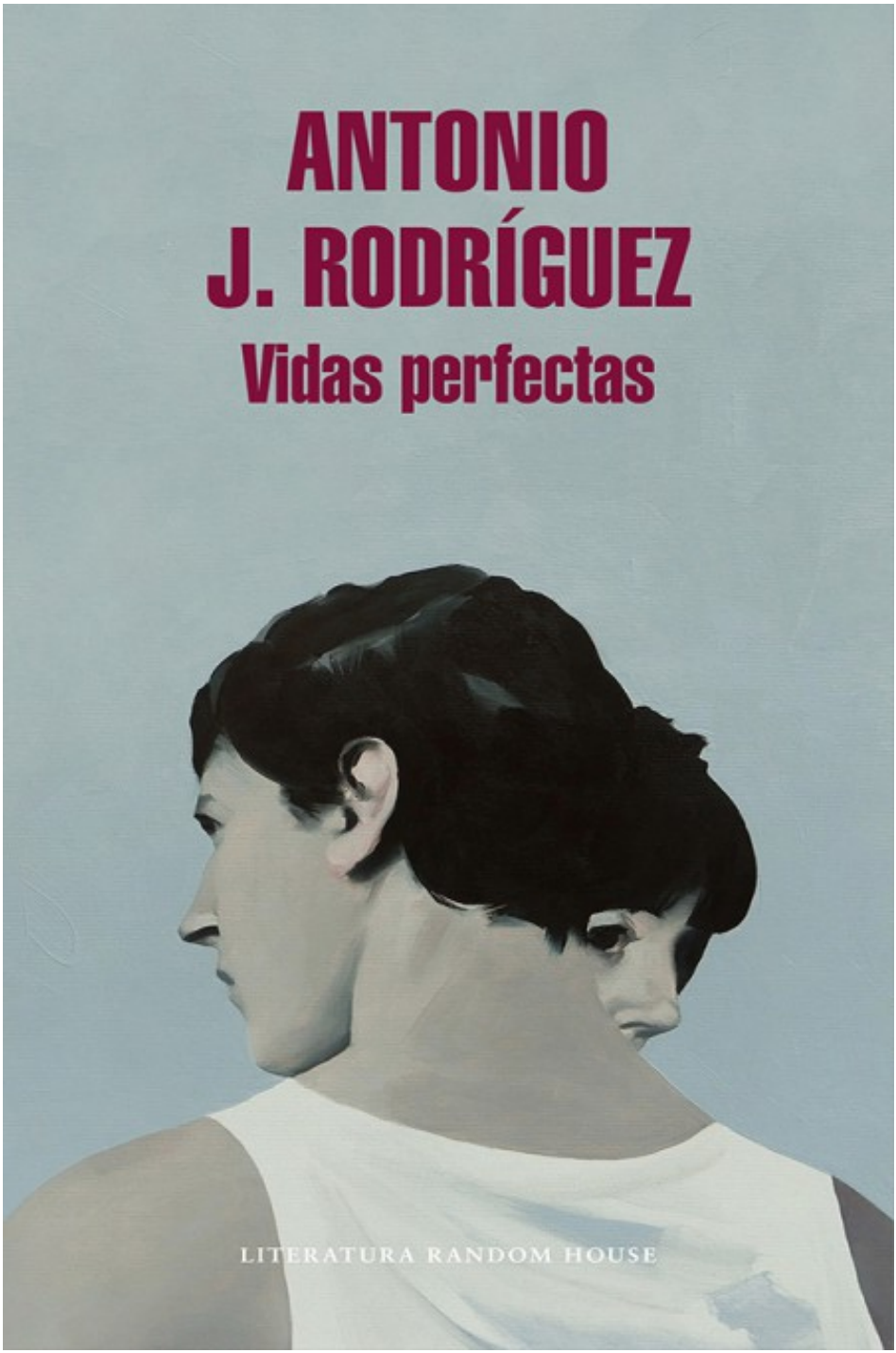
ANTONIO J. RODRÍGUEZ

Vidas perfectas



LITERATURA RANDOM HOUSE

Vidas perfectas

ANTONIO J. RODRÍGUEZ

LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Para Ulises y Luna

¿Alguna vez has llorado de la risa mientras miras a los ojos a una persona a la que amas?

Piénsalo.

Hablo de compartir una broma increíblemente graciosa con una persona en quien confías, mientras estableces un contacto visual directo que no es incómodo, sino agradable, reconfortante. Se trata de una experiencia que puede llegar a ser más fuerte que un abrazo interminable. Más fuerte que hacer el amor. Compartir un chiste con alguien con quien te entiendes a la perfección mientras miras a sus ojos es un momento de ascesis, un instante que se da con un círculo muy, muy, reducido de personas.

Hace unas horas, Vera y Gael subían a internet una foto así. Los dos estaban en una taberna de Kioto y su hija les pilló en medio de una carcajada común, mientras se miraban el uno al otro. Yo diría que es la unión más fuerte que jamás he visto.

Ver fotos de Vera y Gael es una alegría y un fastidio. Es una alegría porque comprendes que el amor existe de verdad y un fastidio porque, joder, los dos tienen un punto bastante odioso, repugnante. Ellos encarnan todo lo que una vez quisiste ser y no te fue permitido. Lo que ocurre es que al llegar a este razonamiento me miro a mí mismo, me veo pasando las vacaciones de Navidad en la finca de mis padres en Girona y lamento el pronóstico de acabar convertido en un solitario resentido, así que al final simplemente celebro el amor y les escribo un comentario amable.

La verdad es que yo a Vera y Gael me los imagino tan excitados que cruzan los dedos para que este momento sea eterno. Se trata de uno de esos instantes raros en la vida de un adulto en los que quieres dar las gracias por haber sido concebido, y entiendes que el cansancio

acumulado a lo largo de los años cobra un propósito real, y que las recompensas existen. Vera y Gael están haciendo el tipo de viaje que las clases medias se procuran para ordenar ideas, y también contemplar el drama del día a día desde una óptica un poco menos épica, más cabal. Muchas de las cosas con las que habían fantaseado desde que una vez se deslizaron por el tobogán de la vida adulta están aquí, ahora: la familia, el viaje, la paz, la seguridad, el cariño… *Todo*.

Es posible que la primera vez que les oyese planear un viaje a Japón fuera quince años atrás, tal vez más, incluso. Pasear por jardines milenarios y ciudades eléctricas era uno de sus sueños adolescentes. En aquel entonces, Vera y yo éramos buenos amigos. Muchos viernes por la tarde coincidíamos en tiendas de cómics en Barcelona porque a los dos nos unía la fascinación por algunos mangas.

Al poco llegó un embarazo imprevisto, el de Mika, y Vera y Gael siguieron adelante. Lo hicieron a pesar de que mucha gente les aconsejaba abortar. Debían de tener dieciocho y veinte años. Desde entonces fueron una familia alegre y unida.

Ahora, además, Vera lleva en sus entrañas a su segundo hijo, Akil.

—¿Xavier?

Mi madre abre la puerta de la salita que da al jardín y yo reacciono con una expresión atontada. La contemplación de la foto de Vera y Gael mientras escuchaba música en los auriculares me tenía tan absorto que no la he oído llegar.

—¿Sí?

—¿Vera y Gael son esos amigos tuyos que se fueron de vacaciones a Japón?

Asiento.

—Ven —dice ella, y luego me hace un gesto para que la acompañe al salón.

Sus rostros ahora están en los informativos.

Resulta que a las 21.14 de España —4.14. de la madrugada en Japón —, la policía informa de un suceso singularmente macabro.

Los cuerpos de Vera y Gael aparecieron sin vida en la sauna privada que esa noche, como todas las noches anteriores durante su estancia en

Kioto, habían alquilado. Ambos presentaban signos de violencia y ensañamiento.

A Vera la habían golpeado con un martillo en el lóbulo lateral de la cabeza. Luego en el vientre le clavaron unas tijeras. En cuanto a Gael, su marido, tenía cortes en la garganta. Su agresión se había producido con las mismas tijeras que entraron en el cuerpo de Vera.

La policía vio manchas de sangre por toda la sauna. En el suelo de tablillas del habitáculo estaba el martillo que había dejado inconsciente a Vera. Los dos cuerpos inertes permanecían sentados en sus bancas, con la espalda apoyada en el respaldo de madera, mirando a la estufa, demasiado calientes.

¿Qué explicación había?

Ninguna.

Vera y Gael pasaban aquella noche en Kioto, era su último día de vacaciones allí antes de viajar a Osaka, y de ahí otra vez a Tokio y luego a Barcelona. Se alojaban con su hija en un hotelito tradicional, un ryokan. La habitación donde dormían es uno de esos espacios con tatami y puertas correderas de papel de arroz en los que hay que descalzarse para entrar. En el hotel hay un jardincito con su templo sintoísta en miniatura, y de aquel sitio cae una cascada que da a los onsen, los baños públicos, y las saunas.

Por tercer día consecutivo, Vera y Gael habían elegido terminar una jornada de largos paseos en los baños anexos a la posada y abiertos también a quienes no se hospedan allí. El recinto está separado del exterior por una cristalera tras la cual se divisa un terreno de grava y, dado que en Kioto lleva nevando varios días, el contraste entre las bañeras de agua caliente y la naturaleza nevada conforma un envidiable espacio para la meditación y la paz interior. Es la clase de sitio en la que todo el mundo querría estar, al menos una vez en su vida, para justificar todas y cada una de las pequeñas frustraciones rutinarias que erosionan el alma y —en resumen— te hacen sentirte como la mierda.

Cuando acabaron sus respectivos baños, Vera y Gael acudieron a una de las saunas privadas. Lo que pasó allí dentro es algo de lo que ahora

no se sabe nada.

—Tú conocías a su hija —dice mi madre.

—Soy su profesor de piano.

Desde hace años, Mika ha sido mi alumna y también el eslabón que seguía vinculándome a sus padres: de no haber sido por ella, mi relación con Vera y Gael se habría consumido ya. Fue Gael quien insistió en que me convirtiera en profesor de Mika.

Cuenta la televisión que esa noche, Mika, de dieciséis años, se había quedado en la habitación. Inquieta por lo mucho que sus padres tardaban en volver de los baños, cogió el ascensor y bajó al onsen, donde se suponía que debían estar.

—Según informan fuentes del hotel —dicen los informativos—, la chica de dieciséis años se dirigió a la sauna a la que sus padres habían ido los últimos días y allí los encontró a los dos muertos. Por el momento, la policía japonesa no se ha querido pronunciar sobre las posibles causas de las muertes…

… que es como decir que aún no se atreven a afirmar que todo esto es, simple y llanamente, un crimen entre Vera y Gael.

Pero ¿de verdad pudo Gael asesinar a su mujer y luego suicidarse, pocas horas después de publicar aquel retrato de familia idílica? ¿Por qué lo haría? Se mire por donde se mire, es extravagante. Claro que ¿qué podría ser, si no? ¿Quién querría dar una muerte así a una pareja como esa?

Cuando la policía llegó al ryokan, nada les hizo pensar que hubiera algún agente externo tras los asesinatos.

Afuera no había nada, salvo una calle de Kioto nevada. En paz.

Una calle de Kioto en la que nunca pasa nada.

A continuación husmeo por la web en busca de nuevos datos, pero nadie dice nada nuevo.

Es un sentimiento extraño.

En momentos así sientes miedo y sientes una soledad inenarrable y también sientes que todos los principios sobre los que se construye tu realidad se tambalean, una aporía. Sin embargo, en lo más profundo de tu conciencia también encuentras espejos que preferirías evitar. Al

pánico que producen catástrofes humanitarias, accidentes de avión o muertes aterradoras va ligado un inevitable suspiro de alivio. Es como: «Al menos, yo sigo aquí». Se trata de una idea que hace que uno se avergüence de la especie humana, y que al mismo tiempo es irreprimible. Igualmente piensas que todo esto solo está pasando en tu cabeza. Es imposible que sea real.

Afirma la autopsia que, una vez hundidas las tijeras en el vientre de Vera, el arma fue removida concienzudamente allí dentro, atravesando a la criatura que llevaba en sus entrañas, como una mano de bronce friccionada lentamente contra un almirez, desangrando así a madre e hijo. Tal es la explicación que da un periódico japonés que dice haber accedido al informe policial.

En ese mismo documento también se lee que el cuerpo de Gael contenía casi 1,5 gramos de alcohol en sangre, o sea que en el momento de su muerte estaba endiabladamente ebrio; a saber cuántos vasos de vino y sake tuvo que ingerir esa noche para embriagar así un cuerpo con las dimensiones del suyo.

La gente de los baños también dice esto:

—Oímos una discusión entre los dos, no duró más de un minuto. Quizá solo fueron quince o veinte segundos. En cualquier caso, fue fugaz. Tampoco consideramos bajar. A veces la gente discute y se le pasa. No quisimos entrometernos en la vida privada de nadie. Imaginamos que sería una pelea circunstancial.

Pero ¿de qué discutían?

Ni idea. Los empleados no entendieron nada del intercambio que hubo entre Vera y Gael antes de evaporarse en aquella carnicería.

La hipótesis más manejada es que, en un rapto de locura y ebriedad, Gael se abalanzara contra Vera, si bien tampoco termina de ser una suposición redonda: había premeditación y alevosía en aquella acción, como así lo atestiguaba la presencia de las tijeras y el martillo; dos herramientas que habían sido sustraídas de uno de los muebles de mantenimiento en la planta baja donde estaban los baños. Es decir, a Gael no se le cruzaron los cables y mató a su mujer, sin más: si el culpable era él, entonces habría tenido que estudiar y preparar el

crimen con tiempo, lo cual no es muy coherente en el contexto de aquellas vacaciones.

¿Quién se va de viaje a la otra punta del mundo para apuñalar a su pareja y luego suicidarse?

Igualmente llamativo es el hecho de que no parece que hubiese forcejeos entre los dos. No tenía por qué, ciertamente: si con el fin de dejarla inconsciente, Gael le asestó un martillazo en la cabeza a Vera antes de apuñalarla, la violencia física entre ambos no tendría cabida. Pero ¿sería capaz de cometer un asesinato así alguien con la agilidad física y mental derivada de un 1,5 de alcohol en sangre? ¿Se atrevería a dejar huérfana a su hija?

Aunque quizá el testimonio más determinante es el de Mika, que no dudó en defender a su padre cuando, al cabo de las horas, algunas voces en internet empezaron a alzarse contra Gael: «Que mis padres discutieran no importa; la gente discute. Estoy segura de que mi padre no hizo esto. La policía lo demostrará», escribió en sus redes, probablemente llena de rabia hacia quienes empezaban a dibujar sobre Gael la sombra de un sanguinario criminal.

Lo que ocurre es que mucha gente no la cree. Simplemente, piensan que está demasiado traumatizada para asimilar los acontecimientos y aceptar que su padre es un asesino.

La mayoría de la gente pensamos que los grandes problemas se ciernen siempre sobre nosotros. Somos incapaces de inferir que otras personas puedan estar viviendo sus vidas hasta límites inmorales, inhumanos, insoportables; siempre somos nosotros los que estamos al borde de la neurastenia, nunca se nos ocurre pensar cosas del tipo: «Dios mío, yo sería incapaz de vivir con los problemas de esa persona; si yo estuviera en su lugar, ya me habría suicidado». No. Son los otros los que siempre gozan de mejores condiciones laborales, o de menos compromisos familiares, o de relaciones menos tóxicas, o de mejores condiciones económicas, o de vidas más libres, menos agotadoras. Pero eso es solo hasta que un día las existencias más calmas y ejemplares que conoces aparecen pulverizadas sin que medie ninguna explicación.

Conociendo a Vera y Gael, tampoco creo que él fuera capaz de hacer

algo así, pero de cualquier manera yo me siento extraño, la historia me revuelve y me cautiva, releo obsesivamente cada nuevo perfil que se publica y en todos ellos siempre hay una constante que se repite: *una familia ejemplar*. Lo mejor de todo es que no mienten; no es un recurso literario ni una exageración con que dramatizar el espectáculo involuntario que está siendo el desenlace de la vida de Vera y Gael.

—¡Xavier!, ¿has visto? Tus amigos salen por la tele.

Es mi madre; no se refiere a Vera y Gael, sino a algunos de nuestros conocidos en común. Llevan varios días concediendo entrevistas. Reclaman una investigación más exhaustiva y repiten una y otra vez el mantra:

—Eran una familia ejemplar…

—… una familia feliz…

—… una familia unida.

Los periódicos describen a la pareja como una familia de guerreros, y eso es precisamente lo que más asusta y fascina a la opinión pública: los dos conforman una familia ante la cual ninguna persona con un mínimo de madurez debería sentir ningún recelo. Su situación es, en cierta medida, acomodada, entendiendo como tal cosa el hecho de que ni Vera ni Gael dedican mucho tiempo a pensar en el dinero o en su ausencia, si bien los dos conservan una lealtad y una memoria hacia sus orígenes modestos. Esto es algo que beneficia a la continuidad de su relato, así como a todas las cábalas que en estos instantes rodean la brutalidad de sus muertes en la sauna de Kioto.

Vera y Gael son la esperanza para las clases humildes, esforzadas y honestas, y también el tipo de personas a quien la gente con poder querría tener bajo control, precisamente porque puedes confiar en ellos.

Vera trabajaba en una organización animalista; Gael era jugador profesional de waterpolo y entrenador de niños y adolescentes. ¿Quién podría pensar mal de un matrimonio así? Nadie. Vera y Gael también habían batido todos los récords de longevidad marital entre mis conocidos.

También es cierto que cuanto más se subraya lo felices que fueron, más banalizan su dicha.

Sí, era una familia unida.

Sí, era una familia ejemplar.

Sí, era una familia feliz.

Pero eso no significa que su vida fuera fácil.

Curiosamente, esto es algo que solo los periódicos deportivos han conseguido adivinar. Hace poco leí a un periodista decir que nunca nadie había visto sonreír a Gael en la piscina de waterpolo. Es así. Gael había sido considerado como uno de los tres mejores waterpolistas de su generación y él mismo aceptaba de buena gana que ya había renunciado a pasárselo bien en competición. Vale que era un deportista de élite cuyo cuerpo parecía cincelado por fidias; sin embargo, aquello no era más que un trabajo para él, un trabajo consistente en ser el mejor, día tras día, hora tras hora, lo que no significaba otra cosa que vivir en un estado de frustración permanente: cuanto más nervioso lo veías, cuanta más tensión se adivinaba en su rostro, mejor lo hacía, mejor le salían las cosas. No había mucha cosa envidiable en ello, la verdad.

—Hace cincuenta años —decía Gael—, los futbolistas tenían tripa, fumaban en el banquillo y anunciaban cigarrillos. Hoy se matan en la máquina de abdominales y muchos de ellos parecen siempre enfadados. Pero son los mejores y es lo único que importa. Solo eres una marca más, una sucesión de números y estadísticas.

Bueno.

A título personal, Vera y Gael simbolizaban una expresión del amor bastante infrecuente. Si pensamos en amor, lo hacemos con adjetivos frágiles y delicados. Con ellos ocurre otra cosa. A mí la relación de Vera y Gael siempre me pareció que se asemejaba más a un buque de guerra que a una flor de primavera. Estaban hechos el uno para el otro; parecían inseparables. La suya es una estructura de acero, firme y robusta; una institución levantada sobre suelo duro. La relación de Vera y Gael avanzaba como un vehículo gigantesco y su sombra asustaba e imponía. Vera y Gael eran el tipo de matrimonio que piensas que va a sobrevivir a una catástrofe nuclear, una construcción social que funciona con la inteligencia matemática de una maquinaria fordista,

pero con sentimientos. Es difícil de explicar sin parecer que desmerezco la dimensión emocional de su relación o la capacidad de amar de ambos, pero precisamente es este rasgo de resistencia a los contratiempos lo que vuelve impensable la idea de que Vera y Gael pudieran matarse entre sí, sin más.

A ver cómo lo explico. Para mí, la muerte de Vera y Gael es como despertar de un sueño febril por un movimiento tectónico o un chorro de agua tibia. Un golpe seco que cae sobre el entarimado de una habitación vacía y recuerda que aún existe algo de vida alrededor de mí; la señal definitiva de que el tiempo pasa en mi contra, y de que aquellas vidas que consideramos modélicas nunca lo fueron tanto. Estas muertes son la constatación de que vivimos equivocados.

Normalmente pienso en mí como la clase de persona que ha servido para todo y para nada, alguien sin un talento claro que, sin embargo, al menos ha desarrollado una vida profesional que mucha gente aceptaría como segura o envidiable o incluso virtuosa, entendiendo por tal cosa la posesión de un empleo con un fin noble y una posición acomodada.

Soy profesor de filosofía. Trabajo con adolescentes en la escuela privada que dirige mi padre, un colegio trilingüe y de élite considerado como el mejor de la ciudad, y dirijo los planes de estudio de mi departamento, una responsabilidad nimia que sin embargo repercute en una generosa mejora del salario base del centro. A veces pienso que podía haberme dedicado a la música, opositar para la institución pública, enseñar mis idiomas nativos a extranjeros, estudiar economía o psicología, derecho, biología o matemáticas, vender cosas… y, no obstante, acabé en la casilla de salida, junto a mi padre. Ninguna razón de peso avala esta decisión más que la desidia, la apatía, el cinismo, la cobardía, la complacencia, el miedo y la parálisis, creo. Mi familia, aunque nunca lo exteriorizarán así, siente mi vida como una derrota, pero mis amigos, que no pertenecen a ningún establishment sino más bien a ciertos círculos de profesionales creativos, creen que la mía es una buena vida. Durante mucho tiempo, yo he compartido las dos opiniones a la vez.

Mi destino se puso en marcha varios años antes de que yo naciera, cuando mi padre fundó un colegio en Girona, hace casi cuatro décadas ya. Le fue tan bien que siete años más tarde abrió otro en Barcelona. Tiempo después levantó una tercera escuela, otra vez en su ciudad natal, donde se quedó a vivir. Tras acabar mis estudios, mi padre me ofreció un trabajo como profesor en el colegio de Barcelona. Era un buen plan porque eso me permitía seguir viviendo en la ciudad y a la vez evitaba la embarazosa situación de que mi padre fuese mi jefe directo.

En la universidad cursé filosofía. Estudié en Barcelona, Friburgo y París y al acabar mi licenciatura pasé un par de años en un máster en Boston. Al menos obtuve un par de decenas de matrículas. Paralelamente cultivé mi afición al piano, un talento que de pequeño hizo pensar a mis profesores que podría ser un niño prodigio, pero que yo mismo, en una costumbre que tenazmente he mantenido hasta hoy, me ocupé de boicotear y sabotear.

Lo normal en mi posición hubiese sido solicitar becas, impartir pequeños seminarios y escribir artículos abominables mientras trabajaba una carrera como profesor en la universidad hasta alcanzar una plaza fija y luego una cátedra; sin embargo, nunca llegó a estimularme la idea de invertir el grueso de mi años de juventud en un escenario de precariedad extrema, entregado a los azares burocráticos de la institución educativa pública, y he aquí la que ha sido la contradicción más difícil de gestionar a lo largo de mi vida entera.

Para mis compañeros filósofos, yo no era más que un pijo con ínfulas; en cambio, para el entorno de mi padre, yo era el hijo díscolo y bohemio que le había plantado cara al ideal familiar burgués. Lo mejor de todo es que los dos enunciados son ciertos.

Nunca gocé de ninguna voluntad política férrea ni tampoco de la capacidad de sacrificio material de la gente con que compartí clases. Por otro lado, la clase de gente que rodeó a mi padre siempre me pareció que vivían lobotomizados. Eran muy aburridos, solo existían para el dinero.

Hay que entender que mi padre, si bien nunca llegó a situarse en el

centro del pulmón económico catalán, sí que supo moverse con habilidad en esa trinidad sagrada que conforman la banca, el fútbol y el parlamento. Muchos de sus amigos surgieron de ahí. Así pues, con los contactos de mi padre, activar por cuenta propia alguna empresa de éxito y situarme en un salario de cien o ciento cincuenta mil anuales, como ganan hoy algunos de los hijos de los amigos de mi padre que tienen mi edad, habría sido fácil. Sin embargo, aquello nunca me llamó.

Digamos entonces que siempre he estado demasiado solo.

Lo peor de pertenecer a la clase media o media alta es que nadie se solidariza contigo si las cosas se tuercen. ¿Quién te va a ayudar, si estás aislado? Te faltan los apoyos de la gente corriente y tampoco dispones de las herramientas o la influencia de los poderosos. Es un poco como quedarse encerrado en un túnel de ventilación. Estás tú solo contra el mundo en un pasillo irrespirable y además existen pocas cosas que despierten menos empatía que un asalariado del primer mundo disconforme con sus perturbaciones espirituales. Sencillamente, no importas. Recuerdo de manera lejana en mi infancia ver a mi padre oprimido entre varias paredes. Los inversores de su colegio le exigían resultados, sus profesores estaban desmotivados porque estimaban que su sueldo era demasiado bajo y los padres de los alumnos se quejaban porque creían que los profesores eran demasiado inexpertos. ¿A quién podía recurrir? A nadie. Lo único que podía hacer era tragar incontables paladas de estiércol como si fuera un comecocos. Recibió tantos palos que un día encerró sus emociones en el armario y entonces se convirtió en alguien con la humanidad de un ficus. Qué iba a hacer, si no.

En cuanto a mí, desde que entré a trabajar en la empresa familiar he pasado por momentos buenos y otros en los que me he odiado a mí mismo; lo normal en una persona adulta.

Ahora tengo una casa propia —o casi: vivo en un apartamento del Barrio Gótico que alquilo a mis padres a cambio de una renta irrisoria —, mis amistades podrían definirse como divertidas, algunos fines de semana tengo compromisos medianamente interesantes y a veces consigo aparentar que lo que digo es importante. Y eso es lo mejor que

puedo contar de mí mismo.

Como decía, no tengo ningún brillo fuera de lo común, nada que me dibuje como una persona especial. No me darán ningún premio y nadie me dedicará ningún obituario cuando muera. Todo esto siempre me genera una cierta resistencia a la hora de cambiar bruscamente mis motivaciones. Total, ¿para qué?

En el fondo, me pasa que mi vida es tan prosaica que a menudo me descubro haciéndome preguntas existenciales infames. Me digo: ¿estoy vivo o muerto?, ¿esto que ocurre es real, o solo está pasando en mi cabeza?, ¿la persona que me habla existe o solo es una alucinación? Es una experiencia habitual, lo vivo un montón de veces. Me pasa en muchas reuniones soporíferas y en clases absurdas; lo vivo en todos los momentos alienantes del día a día y a ello se suma mi incertidumbre y desasosiego ante la idea de que mi interlocutor sepa que le ignoro, que es lo que hago casi siempre. Es lo que ocurre cuando tu cabeza se acostumbra a estar en otro lado: la realidad y tú os disociáis.

De ahí que la imagen de Vera, Gael y su bebé muertos sobre un charco de sangre, en una sauna de un hotel tradicional de Kioto, en unas vacaciones que habían planeado durante muchos años, en una escena del crimen que por ahora solo se explica como «un golpe de mala suerte» o «estar en el lugar inadecuado en el momento equivocado»… todo esto no hace sino reforzar mis dudas sobre mi propia existencia.

¿De verdad esto me está pasando a mí?, ¿y si en realidad soy yo el que está muerto?, ¿será esto una señal de los dioses para reflexionar sobre el rumbo de mi vida?

Por eso, los días que siguen a la noticia de su muerte los paso encerrado en casa. De repente, leer foros que se abren con el propósito de interpretar la desaparición de la familia me interesa más que quedar con gente. Es como si Vera y Gael se hubiesen convertido en una leyenda urbana, una nueva mitología de internet, algo que nadie puede interpretar, un acto de crueldad que escapa a toda sensibilidad humana. Mientras, las teorías se multiplican. En la calle no se habla de otra cosa. En cuanto a mí, no dejo de repetirme aquello de:

Ahora estás vivo, ahora estás vivo…

De regreso a Barcelona, las cenizas de Vera, Gael y su bebé son esparcidas en una cala remota de Begur, que es el refugio donde Vera y Gael iban a oxigenarse cuando la ciudad les oprimía. Me puedo imaginar que la decisión de enterrar los cuerpos del matrimonio en un mismo sitio, sin que el motivo de sus muertes haya sido despejado y sin que aún se sepa la responsabilidad de Gael en el asesinato de Vera, habrá traído algunos cuantos quebraderos de cabeza a las familias de ambos; sin embargo, las dos partes han sido discretas en este asunto. Todos ellos son de la creencia, cada vez más impopular, de que Gael es inocente.

Al cabo de unos días escribo finalmente a Mika.

En los últimos meses, había estrechado mucho mi amistad con ella. Mi relación con sus padres, cercana y distante a la vez, me situaban respecto a Mika en una especie de rol de tío; se suponía que mi misión era impartir conocimientos nuevos, pero también me había convertido en su confidente, una persona adulta con quien podía hablar sin miedos ni secretos que ocultar, un amigo de confianza con quien discutir sobre aquellas cosas que de verdad le preocupaban como adolescente. Hasta donde yo sabía, Mika y sus padres estaban echando el pulso que la edad de ella reclamaba. Sin duda, Mika seguía siendo la misma estudiante excepcional de siempre —se había propuesto acceder a la facultad de medicina en un par de años, y por eso volcaba una inmensa cantidad de energías en sus clases ordinarias y extraordinarias—; no obstante, su cuerpo la había precipitado a unos deseos y reclamos que ya se situaban en el mundo adulto. A escondidas de sus padres, Mika había comenzado a tener sus primeros encuentros con chicos. También estaba definiendo su identidad a partir de unos gustos culturales con los que sus padres no terminaban de tener sintonía y peleaba por unas libertades que Vera y Gael intentaban retrasar. Mika luchaba contra los complejos de su sexualidad inexperta y al mismo tiempo su cabeza pasaba largas horas tratando de dar salida al rompecabezas de sus primeras experiencias afectivas. En un escenario como este, yo me sentía mucho más útil aconsejándole en el terreno íntimo que como su

profesor de música. A mí a su edad me habría encantado contar con una persona así.

—Mika —le digo—, ¿qué te parecería comer juntos uno de estos días?

Ella acepta y tras charlar un rato al teléfono le planteo un encuentro en uno de los sitios favoritos de Vera y Gael.

Cuando el padre de Mika no tenía partido los fines de semana, el matrimonio y su hija iban los viernes a cenar a un restaurante de comida francesa en el Raval, un sitio escondido entre carnicerías halal y los bares de viejo, la clase de local al que solo accede la gente de la ciudad que conoce bien el terreno. Mika me transmite que lo tiene que hablar con sus tíos, ya que ahora se está quedando en casa de Helena, la hermana de su madre, adonde se ha mudado con Tofu, su gato blanco. Su familia creyó que sería lo mejor para ella porque así seguiría en el mismo instituto.

En el restaurante se produce un momento incómodo: mucha gente conoce a Mika. Además de ser una clienta habitual, es *Mika*, la chica que sobrevivió a la masacre del ryokan, la adolescente de la sonrisa contagiosa, el pelo largo azabache a la altura de la cintura y el inconfundible olor a frutos rojos de su perfume infantil.

—A papá le encantaba este sitio —dice ella—. Cuando venía se emborrachaba y decía tonterías. Era su forma de ir a la contra de toda la tensión física que acumulaba. Se pasaba la noche riendo, ¿sabes? Mi madre y yo nos burlábamos de él. —Mika fija su mirada en algunos detalles del local: las velas de las paredes, los muebles de madera, los manteles blancos, la cocina, las pinturas que adornan la entrada…—. ¿Me dejas que te diga algo?

Asiento.

—Aún no me he hecho a la idea de lo que ha pasado, pero eso no es lo peor. En todo este tiempo no he podido hablar de mis padres sintiéndome cómoda. Todo el mundo me trata como si estuviera enferma. Todo el mundo se pone nervioso cuando habla conmigo. Me obligan a ir a psicólogos, me hablan como una niña, me dicen que llore cuando quiera… Y es extraño porque ya casi ni puedo llorar, es como si

aún no me lo creyera. La única cosa en la que puedo pensar es: ¿quién mató a mis padres? —Mika bebe agua y descansa la vista en la mesa, probablemente la misma en la que muchos viernes sus padres se relajaron tras una semana agotadora más—. Sé que mi padre no lo hizo. Creo…

—¿Por qué yo? —musita de pronto Mika con un hilillo de voz—. ¿Por qué?

A continuación cierra los ojos, oculta el rostro tras el muro que levanta con las palmas de sus manos y cede a la inmensa reserva de lágrimas acumulada; un poco como el alfiler que atraviesa un globo de agua, irreparable. Hay imágenes que achicharran los nervios, taladran el cerebro y duelen en el corazón. Son piolets clavados en las sienes, una y otra vez, incesantes. Los recuerdos del viaje a Japón, aún frescos, y tantos otros golpean sus huesos como piochas de montaña. Eso hace que Mika experimente ligeras convulsiones que trata de suavizar como puede. Son movimientos muy discretos que a mí me hacen pensar en la silla eléctrica.

—No se me ocurre nada peor que esto —dice—. No dejo de pensar en el miedo a morir de mis padres. —Silencio en la mesa—. Hablo de no estar ahí para ayudarme a mí. Es lo peor que podrían imaginar. Su único deseo era protegerme.

Mika imagina el temor de Vera y Gael a morir a causa de un accidente de tráfico, del cáncer, de una enfermedad degenerativa, de un accidente en el mar o en la montaña, de una depresión mal curada que acaba convertida en suicidio, de un ataque terrorista, de un avión que desaparece, cualquier cosa que plantee una muerte prematura… Un padre teme su propia muerte no tanto por él mismo sino por las consecuencias que implica en la vida de su hijo. Esta es la razón por la que Mika siente enormes remordimientos por estar aquí y haber sobrevivido. Sabe que si hubiera un más allá y sus padres pudieran contemplar la escena sentirían un remordimiento inabarcable, la certeza punzante de haber fracasado como padres o la confirmación de su insignificancia como humanos. Evidentemente, se trata de un

razonamiento equivocado. Nada de lo que está ocurriendo ahora tiene que ver con los hechos o la voluntad de Mika, pero es imposible dejar de sentir una cierta culpa tras sobrevivir a una persona amada.

—Ojalá —dice— yo también estuviera muerta.

Mika mordisquea sus nudillos con fuerza pero en silencio. Me gustaría decirle que no es necesario sentirse mal por perder el control y que la irracionalidad también forma parte de la condición humana. La verdad, no sé cómo enfrentarme a esto.

—Lo siento —dice—. Siento todo lo que te estoy diciendo.

Aunque la muerte sea una certidumbre de la naturaleza, la de los padres de Mika no lo es en absoluto. En consecuencia, el caos que envuelve los asesinatos de Vera y Gael eleva sustancialmente el voltaje del dolor. ¿Cómo has de sentirte cuando mueren dos personas a las que amas —tres, mejor dicho—, en circunstancias de violencia extrema y sin una explicación aparente? Es inenarrable la claustrofobia que ha de sentirse en esa pesadilla. Mika, aún más que quienes conocimos a Vera y Gael y buscamos explicaciones que den un sentido a sus muertes, se enfrenta a un tiovivo de los horrores que justifique la desaparición.

¿Erró un asesino a sueldo su encargo y acabó con la vida de Vera y Gael, cuando el objetivo real eran otras personas, quizá involucradas en negocios criminales y por esa misma razón expuestas a penas tan duras? ¿Acaso fueron víctimas de un ejercicio terrorista perpetrado por una célula islamofascista recién surgida en Japón? ¿Tendría algo que ver con el rito iniciático de alguna secta secreta…? Y así, un montón de posibilidades inverosímiles más, en busca del rayo de luz.

Como la rampa que absorbe cuesta abajo una canica, el absurdo probabilístico de todos estos escenarios conduce una y otra vez a las mismas preguntas sin respuesta:

¿Por qué yo?

¿Por qué ellos?

¿Por qué no hay absolutamente nada de karma ni de justicia en estas muertes?

—¿Por qué estoy aquí? —dice, hablando despacito, mientras se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Tú lo entiendes? ¿Por

qué no estoy muerta? Me encantaría morirme, pero no puedo. Les traicionaría. Estoy encerrada.

Mika tiene las mejillas coloradas y la expresión de desconsuelo más grave que jamás he visto.

—Sé que es una pregunta de mierda —le digo—, pero ¿qué sientes? Quiero decir, ¿qué sientes ahora, exactamente? —Sobre la mesa aparecen los primeros platos y Mika continúa evitando el contacto visual directo. Muerde con avidez la yema de su pulgar y se queda un buen rato pensando, con la vista perdida en las cocinas—. No hace falta que me contestes, si te importuna… En realidad me lo puedo imaginar.

La hija de Vera y Gael hace un gesto como dando a entender que la pregunta no le molesta y sigue pensando. Luego, cuando cree haber hallado la respuesta, su rostro se transforma. La hemorragia de lágrimas coagula y se detiene.

—Siento… Siento una pena que nunca había sentido antes. Pienso en todas las veces que imaginé cómo sería mi vida si mis padres estuvieran muertos. Aquello nunca iba a ocurrir, era una fantasía muy lejana. Pero también siento asco.

—Asco.

—Sí. Asco hacia la gente que mató a mis padres pero también hacia el mundo.

Yo hago un gesto de aprobación.

—No es justo. Odio que sea yo quien sufra esto y odio que haya gente que pueda seguir haciendo su vida normal. Sé que es egoísta, pero es así.

—La felicidad te repugna.

—Sí —dice, sorbiéndose los mocos.

—Cuando no estás deprimida estás llena de odio hacia la gente corriente con vidas corrientes… Claro que ¿qué es una vida corriente? ¿Gente normal haciendo cosas normales?

—Gente que sonríe. Gente que tiene ese lujo a mano, la risa. Imagina no saber si volverás a ser feliz. Imagina no saber si alguna vez volverás a reírte.

Nunca me había parado a pensar en la sonrisa como algo ofensivo,

un gesto involuntariamente despreciativo, un signo de muy mala educación.

—Sonreír —le digo— debería ser un acto privado, como masturbarse o como imaginar la muerte de uno mismo.

Mika y yo nos quedamos en silencio, probando los platos, hasta que poco tiempo después su barbilla vibra y los ojos vuelven a derramar lágrimas; esta vez el caudal es suave. El hecho de que la única alternativa al luto sea el sentimiento de odio, pienso, es una auténtica calamidad

—¿Y si, por alguna razón, mi padre fue quien mató a mi madre y luego se suicidó? —Por primera vez desde que llegamos a este sitio, Mika me mira a los ojos—. Eres la única persona en quien confío para hablar de esto.

Su pregunta me excede, así que prefiero omitirla.

—Francamente, la única cosa buena que con los años le he visto a la adolescencia es que la muerte no es una amenaza. Por eso me jode todo lo que está ocurriendo. No deberías tener el deber de pensar en la muerte hasta dentro de unos años.

Desde una perspectiva un poco más egoísta, dice, a Mika también le produce un miedo enorme el instituto y la posibilidad de convertirse en objeto de bullying. En el pasado, Mika había sido atacada por sus compañeros a causa de su madre —desde luego, no todas las familias contemporizan con la causa animalista—, pero también por lo que su núcleo familiar significaba: vidas perfectas, o casi, que despiertan tanto odio como el que ahora siente Mika hacia la gente que puede sonreír.

—Si estuvieras en mi lugar —dice—, ¿tú qué harías?

Trago saliva. No es la clase de pregunta para la que ahora me sienta preparado. Le digo lo primero que se me pasa por la cabeza:

—Si pudiera pensar objetivamente, y si pudiera vencer a la tristeza y a todas las dudas, cosa bastante improbable dadas las circunstancias, dedicaría tanta energía como fuera posible a tratar de averiguar quién mató a Gael, porque estoy seguro de que él no fue responsable de lo que pasó.

Mika me observa petrificada, como si fuera la clase de cosa que

llevaba tiempo queriendo oír.

—¿Qué recuerdas —le digo— de las vacaciones? ¿Cuál es la imagen más feliz que te viene a la memoria si piensas en Vera y Gael?

El avión de Vera, Gael y Mika llega a Narita a primera hora de un domingo de diciembre. Allí toman un tren que les lleva a la estación de Shibuya, y lo primero que les llama la atención al salir es que nada de lo que ven se parece a la imagen que se habían hecho de la ciudad.

—¡Mira, el cruce de Shibuya! —dice Gael.

—Eso no es el cruce de Shibuya —le corrige Vera, que en realidad se equivoca porque eso *sí* es el cruce de Shibuya; lo que ocurre es que a esta hora no hay mucho tráfico, y el sitio parece más pequeño de lo que algunas fotos dan a entender.

Pero lo cierto es que las vistas son impresionantes, solo hace falta digerirlas.

Al cabo de unos días, Vera, Gael y Mika llegan a la conclusión de que lo que más les fascina de Tokio no son las vistas, sino el sonido. Los tres convienen en que la ciudad suena *rara*. En concreto, les llama la atención el silencio de los cláxones que nunca suenan porque nunca necesitan que suenen. También les llama la atención el sonido del J-Pop extremadamente feliz que sale de las pantallas con anuncios en la calle, y sobre todo el contraste entre ese J-Pop extremadamente feliz y el sonido castrense que cada mañana anega las estaciones del centro de Tokio, cuando cientos de miles de *salarymen* con un despiadado desprecio por la moda —todos con camisa blanca y pantalón oscuro— desfilan militarmente hacia sus puestos de trabajo con rostro fatigado y triste.

Lo cierto es que el hecho de saberse rodeados de personas alienadas hace que Vera, Gael y Mika se sientan aún más plenos.

—Viajar a Japón —dicen Gael o Vera— significa viajar en el espacio, pero también en el tiempo: treinta y cinco años al futuro, y unos mil al pasado.

Atardece en Shibuya, y Gael, que pasa por un jardín bajo la línea Yamanote, ha tenido una premonición: los gatos que allí viven son gatos con propiedades divinas, gatos cósmicos y mágicos venidos del futuro y con un mensaje reservado a algunos cuantos hombres y mujeres formidables. Gael habla de esto en voz alta:

—Pero ¿¡qué dices, Gael!? —A Mika le pone nerviosa cuando su padre empieza a fabular así en voz alta, como si ella fuera una niña aún —. Esos gatos son gatos normales.

—Si miras a través del ano de estos gatos —dice Gael con un rostro que no da pie a ninguna broma—, puedes ver el futuro, o puedes ver lo que piensan otras personas, o incluso puedes ver lo que ocurre en otros mundos. Es como mirar a través de un calidoscopio. Es una leyenda que está escrita en los libros sagrados de Japón. Lo que pasa es que no todo el mundo puede ver a través del ano de estos gatos. Solo las personas con un corazón bueno pueden asomarse a otros mundos.

Su hija se muestra disconforme; odia que le tomen el pelo así. Sin embargo, él sigue añadiendo más y más detalles a su fábula sobre el jardín de los gatos del ano cósmico, como una especie de secreto que solo Vera, Mika y él pudieran saber, como una especie de reinterpretación de ciencia ficción de lo que para los japoneses significa el sintoísmo, hasta que pasa el tiempo y lo que nació como un cuento para una adolescente se convierte en una gran verdad, y cada día que Vera, Gael y Mika pasan por ese jardín escondido de Shibuya, él repite:

—¡Mirad, ahora estamos pasando por el jardín de los gatos del ano cósmico! —Y entonces Gael se echa a reír porque encontrarse con esos gatos mágicos siempre es motivo de felicidad—. ¡Ojala tuviésemos gatos así en Barcelona!

Una noche en que los tres ya se han ido a la cama, Vera, tal vez

temiendo que Mika se haya creído el cuento de Gael, le dice a su pareja:

—¿De verdad piensas que esos gatos tienen un ano cósmico?

Vera no formula esta pregunta preocupada porque Gael haya perdido el juicio. Simplemente, siente curiosidad por la fuerza que la fábula ha ido tomando con el curso de los días:

—¡Pues claro que tienen un ano cósmico!

Y entonces Mika, que se hace la dormida, se da cuenta de que nunca ha visto a su padre así de eufórico, así de distendido y despreocupado. Es como si el día a día de su padre consistiera en reprimir un mundo interior que le niegan, como si por una vez estuviera siendo él mismo, sin prisas porque no llega a tiempo al trabajo o porque nada le sale bien. Mika aprieta los ojos y se convence de que esa noche tendrá sueños con el jardín de los gatos del ano cósmico.

Vera, Gael y Mika entran a un Family Mart y compran bolsas de patatas paja con un horrible olor a ajo, caramelos de salmón, onigiris de arroz y atún y un par de bolsas de pan de melón. Luego van a la habitación del hotel y se lo comen tumbados en la cama, sin hablar de nada ni pensar en nada. Cuando prueban el pan de melón, sienten que su vida ha cambiado para siempre. Al día siguiente repiten la misma operación, pero esta vez solo compran bolsas de pan de melón. Los tres convienen en que está muy bueno. Los tres se tumban en la cama con el cerebro al ralentí y comen pan de melón. ¿Cuándo será la próxima vez que podrán volver a hacer esto?, se preguntan. Calculan unos veinte o treinta años, lo cual les da un vértigo tremendo.

A Vera, los prostíbulos de Shinjuku le sugieren cosas. La madre de Mika tiene un sueño con un director de cine que viaja a Tokio en busca de un burdel donde localizar una película que trata sobre experiencias místicas y lisérgicas en Japón, algo parecido a *Enter the Void*, de Gaspar Noé. En el sueño de Vera, el director de cine llega a Shinjuku y conoce a una prostituta cuya vida es una auténtica epopeya, una prostituta forjada en la calle y con una inteligencia descomunal. Al conocer a esta prostituta, el director de cine cambia de idea y consigue convencer a sus productores para que, en lugar de filmar el guión que había traído a Tokio, le dejen hacer un bio-pic de la prostituta. Los productores aceptan y todo va bien. Cuando la película se estrena, Hollywood se vuelve loco. De la noche a la mañana, una vulgar prostituta nipona se convierte en la máxima musa de la gran pantalla. En Japón empiezan a surgir foros de internautas que presumen de haberse acostado con la nueva diva del cine. La leyenda no para de crecer. En cuanto a la exprostituta, ella se conforma con vivir su sueño americano y ser feliz.

Vera, Gael y Mika improvisan una excursión a Kamakura, donde Vera ha leído que existe un templo dedicado a los hijos que no llegaron a nacer.

Resulta que, cuando tenía diez años, Mika casi tuvo un hermanito, si bien aquel bebé decidió que estaba demasiado cansado para seguir creciendo y el embarazo se interrumpió. Así pues, la visita a este templo de Kamakura se convierte en la primera experiencia verdaderamente espiritual de las vacaciones. Hasta ese momento, ninguno de los tres podía olvidarse de esa clepsidra invisible que les recordaba las horas pendientes hasta su regreso a Barcelona. Sin embargo, aquí, en el templo de Hase-Dera, en una colina que ofrece una sobrecogedora vista del océano Pacífico, la familia siente por primera y única vez que el tiempo se ha detenido.

La ocasión lo merece.

Tras subir un sendero de tierra, Gael se da de bruces con un montón de pequeños budas que representan a esos hijos no nacidos. Entonces Gael rompe a llorar. La imagen de un santuario dentro del cual las madres han depositado juguetes, prendas e incluso golosinas que habían guardado para el nacimiento de sus hijos le llena de una mezcla de amor y tristeza que es difícil de explicar. Gael echa de menos a su hijo que no nació, pero a la vez sabe que ahora está cerca de él. Frente a los cientos de budas pequeños, le pone contento conocer a los compañeros de viaje que su hijo ha hecho en su ascensión a los cielos.

Vera y Mika sienten la misma ternura hacia ese miembro de la familia que no fue. No obstante, aparentan más fuerza que Gael. O al menos solo lloran para dentro.

Vera, Gael y Mika van a una sala de arcades, donde se aficionan a un juego de *taiko*, una especie de tambor japonés gigante en el que Gael siempre gana la partida.

Vera, Gael y Mika van a restaurantes donde comen mucho y muy bueno y luego Gael se pone muy borracho y antes de volver al hotel se para en un 7 Eleven, donde compra un bocadillo de arroz y atún por menos de trescientos yenes que se zampa ipso facto con la sensación de que esa comida rápida estaba aún más rica que los *kaisekis* y los *okonomiyakis*. Vera y Mika lo miran con expresión de horror.

Vera, Gael y Mika encuentran un karaoke con vistas a la ciudad y Vera y Mika se ríen de lo mal que canta Gael, que pide los whiskys de dos en dos porque las cantidades que sirven en Japón son ridículas para un occidental.

Vera, Gael y Mika suben a la planta 52 del hotel Hyatt. Están en el New York Bar, mítico escenario de *Lost in Translation*, y escuchan un concierto de jazz. Gael se siente tan desinhibido que compra y se fuma un paquete de Marlboro light delante de su hija, incluso a pesar de que han pasado quince o dieciséis años desde que una vez coqueteó con el tabaco y lo dejó antes de engancharse. Afortunadamente, Mika forma parte de una generación para la cual los problemas son los excesos de azúcares y la adicción a internet, y no las drogas químicas o el tabaco, como pasó con la de Vera y Gael. Por eso, Gael no se siente demasiado obligado a dar explicaciones sobre su comportamiento. Se relaja y disfruta. Gael está tan excitado con la escena que, agitando el vaso de su whisky con hielo mientras mira el cielo de Tokio, le susurra a Vera: «¿No te parece hermoso el tiempo que nos ha tocado vivir?». Lo dice en serio, agradecido de existir.

Gael baja cada noche a darse un baño al onsen del hotel donde se aloja y allí experimenta una sensación extraña. Digamos que así como existen momentos de estrés inaguantables, con la paz ocurre lo mismo: es como si su cuerpo no pudiera abarcar tanta armonía y tanta luz. Experimenta desasosiego. Ahora se encuentra en la tierra prometida y a la vez siente que no la está disfrutando porque es *físicamente imposible*. Es como si previese que algo malo va a pasar. Se siente un poco como el canario que entra a la mina de carbón: el gas empieza a despertar su olfato.

Una noche, en la ciudad eléctrica de Akihabara, contenta porque su madre le ha regalado un juguete de Luna, el personaje de Sailor Moon, Mika tiene una idea: si el número de máscaras antipolución sigue creciendo en Tokio, llegará un día en que todo el mundo las lleve, de manera que el rostro será algo tan íntimo como los genitales. Dentro de algunas décadas, la contaminación hará que no importe que seas guapo o feo porque no nos veremos las caras. Entonces, bajo un manto de aire podrido, el amor verdadero verá la luz. La luz eléctrica de Akihabara.

—Fueron unas vacaciones estupendas —le digo a Mika tras oír su peripecia japonesa.

—Eso dicen.

—¿Eso dicen?

—Estos días todo el mundo habla de nosotros. Me pone nerviosa; me enfada.

—Lo entiendo.

—Odio a toda esa gente que cree que mi padre era un asesino, pero también me molesta cuando oigo a alguien decir que éramos una familia feliz.

—¿Por qué?

—Hubo algunos ratos de las vacaciones en que no me lo pasé nada bien, y eso ahora me hace sentir culpable. Y no debería.

—¿A qué te refieres?

—Algunas veces me sentía lejos, lejos de ellos y de todo, fuera de su mundo.

—Quieres decir: ¿como si solo te hubiesen abandonado allí, como una especie de mueble?

—Sí.

—Suele pasar cuando tienes dieciséis, mi vida era eso entonces… Y ahora.

—Son mis padres y yo no quería estar ahí. Hace un tiempo mis amigas de francés hablaron de viajar a la nieve. Irían a esquiar y a pasar las vacaciones de Navidad juntas, con los padres de una de ellas. Yo quise ir pero mis padres no me dejaron. Me obligaron a acompañarles. Dijeron que el suyo era un viaje…

—¿*Mejor*?

—Sí, mejor.

—Al fin y al cabo lo era, ¿no?

—Sí, pero me irritaba la forma en que lo dijeron.

—Que se sintieran superiores.

—Por cosas como estas me parecían falsos, hipócritas.

—La autoridad.

—Sentía que todo lo que hacían no lo hacían por ellos, sino por los demás. Su vida consistía en aparentar. Sus fotos, sus sonrisas, sus comidas y sus cenas… Su internet.

—Yo también odié a mis padres. Creo que no fue hasta que me fui de casa cuando empecé a entender su mundo. Es frustrante. Te sientes mal.

—Era raro. Nunca tuvieron muchos amigos y a mí me parecía que solo hacían cosas para demostrar que eran felices. Quizá estuviera equivocada, pero lo creía. Hoy me arrepiento de esto.

—Aparentar ser felices ante gente que no les importa.

—Sí, tenía la impresión de que no fuimos a Japón porque nos gustara Japón, sino porque *subiríamos fotos* de Japón, y eso pondría celosa a otra gente.

—¿No te pasa a ti también? ¿Nunca has sentido una cierta satisfacción al compartir una foto de un momento feliz, un instante que sabes que otra gente anhela, la clase de experiencia ante la cual otros dirán que se alegran por ti, pero que en realidad detestan?

—Sí, supongo que sí, pero me costaba más entender esto en mis padres.

—Ya.

—Un día cogimos un barco en Odaiba, en Tokio. Era un barco turístico, daba una vuelta por la bahía. Lo recuerdo como una mañana de frío con mucho sol. Mis padres y yo nos montamos y los tres estábamos un poco aburridos. Llevábamos varios días haciendo lo mismo: andar, comer, beber, fotos…

—Tampoco es mal plan.

—Mi madre sacó el teléfono y nos obligó a posar. Teníamos que parecer una familia unida, y en ese momento me dio asco. Sentí que… *Bah.*

—Asco.

—Repitió la foto. Tres o cuatro veces. Decía que se veía gorda y yo pensé: *Es normal, estás embarazada*. Mi padre la regañó. Le dijo que no podía decir eso delante de mí, que no era buena educación. Mi madre dijo que era broma. Y entonces yo me sentí estúpida… Me hubiese encantado tirarlos por la borda. En ese momento sí.

—Te veías como una marioneta en sus manos.

—Sí. Mi padre opinaba sobre lo que es y lo que no es buena educación, mientras mi madre estaba siendo hipócrita conmigo…

—¿Por qué hipócrita?

—No sé qué estaba haciendo en Japón, la verdad. En ese momento quise estar lejos de ellos, seguir con mi vida aquí, ser libre. Faltaban demasiados años hasta que pudiera largarme de casa. Y luego, fíjate.

—Cuando seas independiente verás que no es para tanto.

—Deseé que desaparecieran.

—Desaparecer.

—Sí, lo pensaba a menudo. Una vida sin ellos.

—Entiendo. Entiendo tu culpa.

—Mi madre me decía que no fuera presumida, que no fuera material, pero ¿qué era ella?

—Te leías las cosas que subía a internet y parecía que todo era perfecto, idílico, que no había ningún ruido ni desasosiego en su vida. Una familia joven, unida, que se quiere…

—Todo mentira. Era falso. Un poco sí.

—Cartón piedra.

—Yo me sentía como un trofeo para ellos, algo que exhibir en público.

—Algo de lo que presumir.

—Sí.

—Una extensión de ellos, un objeto decorativo.

—Querían que no repitiera sus errores, que mi vida fuera mejor que la suya, pero en el fondo querían que fuese igual. Como ellos, pero mejor.

—Una versión amplificada y, por tanto, con sus mismos errores pero

multiplicados por mil.

—Supongo que es eso.

—La educación no es cosa fácil.

—Mi madre me decía que no me preocupara por mi imagen y mi cuerpo. Me decía que yo era guapa y bonita como era, pero luego ella nos hacía repetir las fotos cuando se veía gorda. Cosas como esta hacían que los odiase a veces. Me hacía sentir que se comportaban de una manera falsa.

—¿Lo sigues creyendo?

—Un poco. Ya no tanto, claro. No sé qué pensar.

—Ahora no puedes hablar con nadie de esto.

—No. Y no me gusta, pero entonces odiaba pensar que se sentían superiores. Me enfadaba. Se veían guapos, exitosos, los mejores…, pero a mí me parecían otra cosa.

—Falsos, mentirosos, pasados de moda, autoritarios…

—A la vez estaba orgullosa de ellos, sé que otros chicos y padres les envidiaban. Para mí esto era una cárcel.

—Ya.

—Para que me dejaran hacer cosas, para que estuvieran contentos, yo tenía que ser la mejor en todo. Luego veía que los padres de mis amigas se portaban igual con ellas, con mis amigas, y sentía que no tenía escapatoria.

—Una competición constante.

—Estaba triste todo el tiempo. Estudiaba para ser mejor que los demás, para superarme, para ser la chica que todos los padres querían tener como hija.

—Guapa, inteligente, deportista.

—Con idiomas

—Adulta.

—Educada. Odiaba esto, pero a la vez me gustaba. Me sentía bien cuando mis padres me felicitaban por sacar un diez, o cuando ganaba en una competición deportiva, o cuando el profesor me ponía como un ejemplo de algo, o cuando notaba que otros padres me miraban mal.

—O cuando te miraban bien.

—Sí, a veces sabía que los padres de otros chicos estaban enfadados con ellos, pero luego a mí me trataban como una persona adulta. Eso me ponía contenta.

—Te sientes mal y bien al mismo tiempo.

—Todo era tan falso.

—Digamos que eso que acabas de explicar es la vida en general, y sobre todo la vida adulta… Tener éxito y estar inseguro.

—Insegura. Mi madre era muy insegura. Me hablaba de que las chicas tienen que ser fuertes. Me decía que nunca dependiese de ningún hombre, pero ella no era el mejor ejemplo.

—¿Crees que fingía una vida plena pero en realidad era débil?

—Lo era. Era muy celosa con mi padre.

—No lo hubiese pensado así, creo.

—Mi padre era una atleta y ella una mujer embarazada. Él era más atractivo que ella, o eso era lo que mi madre pensaba a escondidas. Es verdad que nunca lo dijo así, pero yo lo sabía.

—¿Cómo lo sabes?

—Pequeños detalles.

—Ya.

—Tonterías. Le daba miedo pensar que un día mi padre pudiera abandonarla, cuando ella se echara a perder. Creo que estaba obsesionada con esto.

—¿Con envejecer?

—Sí, con envejecer.

—En general, triunfar en la vida es algo bastante raro. Le pasa a gente que todo el rato cree estar haciendo las cosas mal pero es mentira; las hace bien. Inseguridad y esfuerzo. Éxito y miedo. Siempre es así.

—Pero ¿por qué me dijo las cosas que me dijo? ¿Por qué no se sinceró?

—Lo único que uno desea hacer cuando conoce la verdad de la vida es… suicidarse, lo cual no es el mejor plan para una adolescente de dieciséis años. Cuando descubres que la vida es una carrera de ratas eres demasiado mayor y has perdido los impulsos autodestructivos; has

perdido carburante, energía. Digamos que ya no puedes dar marcha atrás. Te acostumbras y eso es todo. Simplemente, esperaban que te dieses cuenta de esto por ti misma. Imagino que hay cosas que un padre no puede explicar. Era eso lo que les pasaba.

—Odio que me mientan.

—La vida también tiene cosas buenas, ojo.

—¿Por qué mi madre pensaba que le iba a creer? ¿Por qué debía hacerle caso cuando decía que yo no tenía que dejar que ningún chico me manipulara? ¿Por qué no paraba de decir que lo primero era yo, y luego los chicos? Tenía la sensación de que creía que yo era idiota y no me daba cuenta de las cosas.

—¿Y tu padre? ¿Qué crees que pasó en la sauna?

—Mi padre era peor que mi madre. Se ponía muy violento a veces.

—Se frustraba.

—Mucho, pero estoy segurísima de que nunca haría lo que la gente dice que hizo. Era una persona frágil en un cuerpo fuerte.

—Estaba lleno de miedos.

—Sin embargo, nunca nos haría daño a mi madre o a mí. Nunca. Estaba muy frustrado, muy cansado, muy triste… Pero nunca se atrevería a ponernos la mano encima. Créeme.

¿Os han hablado alguna vez de lo que es un Hombre-Mierda? Más o menos, Hombre-Mierda es el varón en la edad adulta y de clase media con inclinación a sentirse oprimido ante las exigencias de sus superiores, las solicitudes de sus familiares y amigos y también las quejas de la gente que está por debajo de él.

Hombre-Mierda es quien mantiene la compostura en su ejercicio laboral pero que, de regreso a casa, en el coche, en el metro o en el autobús, verás que farfulla decenas de expresiones malsonantes, palabras y fonemas llenos de violencia y desagrado con las que da salida a toda la ira, frustraciones y deseos quebrados que engrudan su corazón.

El Hombre-Mierda habitualmente es visto como una persona de éxito, o por lo menos un hombre de bien, sin muchos problemas ni inquietudes.

Él no se ve así.

El Hombre-Mierda se siente un impostor, siente que otro podría ocupar su lugar y arrebatar su vida y que nadie se daría cuenta; siente que no tiene nada de poder sobre el mundo o que su influencia es mínima, sesgada y demasiado dependiente de albures y fatalidades sobre las que poco o nada puede hacer, y que a pesar del dinero que gana, de las posesiones que acumula o del prestigio, por mínimo que sea, que envuelve su nombre, él es un fraude.

Un maldito fraude.

El Hombre-Mierda es, en cierta forma, una versión actualizada del hombre-masa orteguiano, pero mientras el arquetipo del filósofo español se percibía conforme y satisfecho consigo mismo, puesto que su realidad estaba a la altura de sus expectativas, el Hombre-Mierda actual está carcomido por cientos de termitas con forma de malos presagios

sobre el futuro y decepciones sobre el presente.

Y sí. Efectivamente, Gael era uno de ellos, la clase de persona que en algún instante de transición entre el día y la noche o viceversa, ya sea al alba o bien en el crepúsculo, encontraba al menos media hora o cuarenta y cinco minutos para ensimismarse en sus problemas y diseccionarlos, casi siempre, la verdad, con resultados nefastos.

Gael cogía una bici del servicio público y se iba al Paseo de Colón, por donde la Gran Gamba de Mariscal y la cabeza de Barcelona de Lichtenstein, y se ponía a trotar a buen ritmo con música en los auriculares hasta alguno de los espigones de la playa, antes de llegar al Fòrum. Su objetivo era que el dolor físico y el cansancio de la carrera evaporase los malos pensamientos de su cabeza. Como quien hunde sus penas en vino.

Pero ¿en qué pensaba?

Una de sus grandes preocupaciones antes del viaje a Japón era su verdadero rol en el equipo. Creía que algo le estaba siendo ocultado, arrebatado. Ocurría que en los últimos tiempos había habido ciertos cambios de estrategia en la alineación titular que relegaron a Gael a una posición más bien secundaria, o al menos no tan relevante como en el pasado. Su participación en el juego ya no era tan importante para meter goles y ganar y eso le molestaba.

Para llegar a donde llegó había que cumplir dos condiciones. La primera es una capacidad de autocrítica demoledora, devastadora, lo cual hacía que Gael casi siempre se sintiera deprimido porque siempre lo podía haber hecho mejor. La segunda característica era un ego del tamaño de la Estrella de la Muerte. No te metes todas esas horas de gimnasio que Gael hacía ni decides que tu profesión será el deporte de alto rendimiento si no es porque quieres ser el número uno. Y él lo quería. Lo codiciaba de una manera que casi resultaba obscena.

Así que el hecho de ver que le trataban como un actor secundario dentro de su formación de waterpolo le resultaba una traición ya que además tenía una edad donde la jubilación asomaba a la vuelta de la esquina; le quedaban uno o dos años más, como mucho.

¿Sabes esos juegos de feria que consisten en una mesa llena de

troneras de las que salen topos y tú tienes que martillearlos con una maza de goma? Pues Gael se sentía como uno de esos topos. Tras intentar sacar la cabeza por distintas aberturas en repetidas ocasiones, él se encontraba un mazazo por respuesta. Siempre.

Era desesperante.

Luego había veces en que debía desacelerar. No era lo que más le gustaba pero sabía que hay episodios en la vida de uno donde la única forma de supervivencia pasa por levantar el pie del pistón. La mayoría de humanos a eso lo llamaba vivir; él, hibernación. Gael también era consciente de que el deporte profesional va por ahí. Hay momentos en que ganas y momentos en que pierdes, y luego están los momentos en que ganas y pierdes a la vez, porque no nos olvidemos de que a su equipo no le iba mal, y eso es lo que le estaba pasando ahora. Él mantenía una relación extraña con su trabajo. Le encantaba el deporte pero se sentía despreciado por su entrenador y en consecuencia su sola presencia le repugnaba, como un duro olor a amoniaco.

A pesar de todo, nunca se sintió capacitado para abandonar los entrenamientos.

Eventualmente se descubría a sí mismo diciéndose si lo normal no sería dejar de pensar todo el día en el deporte y relajarse, como hace, o como creía que hacía el 99 por ciento de la población, pero él venía de una infancia donde la norma eran los madrugones a las cinco de la mañana para ir a la piscina a hacer los primeros largos del día. Digamos que le encantaba jugar al waterpolo pero no paraba de maldecir a sus mánagers y a quienes decidieron que Gael no sería el centro de todos los balones.

¿Qué podía hacer él? ¿Y por qué seguía entrenando y dejándose la piel en la piscina?

Hacía lo que hacía porque la vida adulta es eso. Cortos períodos perfectos seguidos de un malestar general que se prolonga mucho más de lo que uno desearía. Es el sabor amargo del fracaso rumiado y paladeado largo rato en la boca, como una gota malaya. Es desencanto, miedo, una indeseable tortura infernal.

En eso pensaba cuando los rayos oblicuos del atardecer filtraban y

teñían su visión del muelle de Barcelona de un encantador brillo dorado, como el reflejo de un lingote de oro que responde a un chorro de luz, mientras trotaba con la belleza de un atleta profesional. Gael vivía en una ciudad hermosa rodeado de dos mujeres hermosas y ejercía un trabajo que solo ha sido reservado a los más fuertes, pero qué más daba. Tampoco era para tanto, al fin y al cabo. La inclinación a la disconformidad y las tribulaciones de un Hombre-Mierda es irrevocable.

Evidentemente habría cambiado de parecer y de sentir si supiera que su vida no iba a ser tan larga como preveía ya que algún psicópata acabaría con él en Japón, pero sucede que jamás imaginó un final así.

Se imaginó pobre, se imaginó fracasado, se imaginó mancillado y privado de su honor, se imaginó derrotado, arrodillado, desesperado delante del director de su banco ante la imposibilidad de hacer frente al pago del crédito de su vivienda tras verse descabalgado como padre de familia y trabajador ejemplar, pero nunca pensó que un accidente brutal iba a interponerse entre él y la vida. Entonces, y como Hombre-Mierda, da igual lo que tengas, da igual lo que hayas conseguido y da igual la admiración e incluso la envidia (¡la envidia!) que despiertes a tu alrededor. Toda tu vida gira en torno a un único sentimiento.

La desilusión.

Un 25 por ciento de miedo, un 25 por ciento de vacío, un 25 por ciento de rabia y un 25 por ciento de tristeza. Más o menos, estos son los ingredientes que conforman la coctelera de sentimientos con que Mika despierta el día en que tiene que acompañar a su tía Helena a una cita con la policía. Dos días antes, y sin dar ninguna explicación, un investigador se había presentado en su casa y en su despacho con una orden judicial para llevarse los artefactos electrónicos de Gael: tablet, dispositivos de memoria, ordenadores y demás. Hoy van a saber por qué lo hizo.

En el apartamento de la hermana pequeña de Vera y su novio Robert, las cosas no van muy bien. Los dos se esfuerzan en tratar lo mejor posible a Mika. Sin embargo, ella cree que estorba.

—A mí la verdad es que esto de tener hijos me parece una locura. —Mika ha oído en incontables ocasiones decir esto a Helena en conversaciones con su madre—. Conforme está el mundo, me parece una inmoralidad; lo correcto sería adoptarlos, ¿no? Yo la verdad es que prefiero invertir ese dinero en viajar y hacer cosas. Pero bueno, es solo una opinión…

Mika recuerda que sus padres siempre se burlaban en la intimidad de la posición antinatalista de Helena. En el fondo, les parecía el comentario típico de alguien cuyas relaciones sentimentales siempre habían sido un fracaso. Los noviazgos de Helena nunca duraban más de tres años. Mientras Vera afirmaba con orgullo haber compartido su vida con la misma persona, Helena se jactaba de lo contrario.

—Ya verás cuando cumpla treinta y cinco y los óvulos se le empiecen a poner como pasas —se reía Vera de su hermana pequeña, molesta con toda esa gente que continuamente le pedía explicaciones por su decisión de querer tener hijos—. Todas son iguales.

Helena pensaba que la posición de Vera a favor de la maternidad era una forma de purgar sus inseguridades. Vera pensaba que la posición de Helena en contra de la maternidad era una forma de purgar sus inseguridades. A Mika todo aquello le parecía demasiado lejano, pero su madre siempre le pareció más discreta y menos necesitada de atención que Helena, así que en aquel debate siempre se posicionaba junto a su madre.

En su nueva casa, los únicos elementos que Mika reconoce como familiares son su gato blanco Tofu y la foto de familia con sus padres con la que cada noche duerme. Todo lo demás lo vive como si la hubieran abandonado en otro planeta.

También sabe que a pesar de las palabras sobre la maternidad que Helena pronunció en el pasado, sus tíos están haciendo grandes esfuerzos para verla contenta. La llevan al cine y a conciertos, le invitan a sus restaurantes favoritos, piden comida a domicilio dos o tres veces por semana, le compran ropa, la dejan salir más de lo que sus padres la dejaban… Pero todo eso le da lo mismo, no le hace sentir ni mejor ni peor. Repentinamente, Mika ya ha saltado a la vida adulta sin saberlo: sus necesidades materiales están más que cubiertas, pero emocionalmente se siente chatarra.

—Mika —le dicen Helena y Robert—, no creo que debas venir a la entrevista con el policía. Déjanos que vayamos nosotros, por favor.

—Es lo único que os pido —zanja Mika, y al final sus tíos aceptan no sin manifestar un desprecio enorme a los caprichos de la adolescente.

El investigador ha convocado la cita en el vestíbulo de un hotel cerca de plaza Cataluña. Salvo por un par de empleados, el salón está vacío. La paz que reina pone muy nerviosas a Mika y a Helena, que esperan a la policía hundidas en dos sillones de cuero. La cita tiene lugar después de comer. Isidre, el inspector, llega puntual.

Tras un par de comentarios amables, Isidre suelta la bomba:

—Les tengo que ser sincero. Hay noticias bastante malas para ustedes.

Mika y su tía intentan mantener una expresión neutra, pero están aterrorizadas por lo que pueda pasar.

—Verán —dice Isidre—, ha habido un cambio de rumbo en el expediente. Esta semana recibimos una denuncia anónima en la que se nos sugería la posibilidad de que Gael estuviera en posesión de archivos digitales… *ilegales*. De alguna manera, esos archivos podían tener vinculación con la muerte de la pareja en Kioto. Dicha información fue la que motivó la orden judicial para estudiar el material electrónico de Gael.

—¿Qué es lo que han encontrado? —pregunta Helena.

—Pornografía infantil —contesta Isidre, impertérrito—. Cientos de vídeos. Alguno de ellos podrían estar filmados por el propio Gael, aunque esto es algo que debemos comprobar.

Tras cerciorarse de que ni Mika ni Helena tienen ninguna pregunta, Isidre continúa:

—Tenemos la sospecha de que era un pedófilo.

Ni Helena ni Mika han entendido nada más allá de las primeras palabras: «pornografía infantil». Es como si les hubieran arreado un puñetazo con un guante de hierro.

—Lo siento —se disculpa el inspector.

—¿Puede repetirlo? —pregunta Helena.

—Pornografía infantil, sexo con niños. La sola tenencia de este material le habría acarreado entre cinco y siete años de prisión.

—¿Aparece Gael en algún momento en los vídeos?

—No.

—¿Se le oye, al menos?

—No.

—¿De verdad creen —pregunta Helena— que Gael pudo hacer eso? ¿Piensan que una persona como él podría consumir esa clase de contenidos?

—Si en lugar de pornografía infantil hubiésemos incautado droga, ¿qué dirían? Si me permiten el comentario, entiendo que no se les ocurriría pensar que se lo estaba guardando a un amigo… Pues con esto pasa lo mismo.

—Mi padre —afirma Mika— no era un pedófilo.

Isidre observa a la adolescente en silencio, como preguntándose

cómo explicar esto a una persona de su edad, y en sus circunstancias. finalmente decide explicarse como si hablara a otro perito policial:

—Es cierto que no es un perfil habitual para un pedófilo, pero también se dan casos como el de Gael: hombre felizmente casado y con una vida interior confusa. De todos modos, tenemos que investigarlo.

Mika traga saliva.

—Lo que sí encaja con el perfil arquetípico de pedófilo —continúa el policía— es su fascinación por los niños. Gael era entrenador de waterpolo en categorías infantiles, ¿no?

De pronto, la música de piano-bar del vestíbulo y el tenue sonido de las pisadas de los empleados del hotel suena a un volumen desproporcionadamente elevado y angustioso en las cabezas de Mika y Helena. Sienten que el entorno les juzga. Ahora entienden, también, por qué Isidre decidió citarlas en un sitio como este: la calma extrema que se respira frena la posibilidad de que ninguna de las dos pierda los papeles. Han sido ancladas a la racionalidad del espacio. Lo que más le gustaría hacer ahora a Mika es levantarse y gritar. Todo esto está siendo demasiado duro.

—¿Por qué fue anónima la denuncia? —pregunta Mika.

—Probablemente se trataba de otro pederasta que conocía a Gael. La persona que nos informó de este material sugirió que Gael hacía algunas de estas filmaciones en los lugares a los que viajaba con su equipo. También se nos dijo que parte de este material podía proceder de los sitios a los que iba con su propia familia…

—¿De verdad están diciendo que Gael iba a esos sitios, y allí se ponía a raptar niños…?

—Desde luego que no; el procedimiento siempre es mucho más sutil. Normalmente, el criminal entabla una relación epistolar con la víctima y la engatusa de algún modo. Le manda regalos, se convierte en su mejor amigo, se gana su confianza… Al mismo tiempo, se ocupa de anular su personalidad. Luego, cuando llega a su destino, solo tiene que arreglar un encuentro en un hotel o en una casa, y allí se hacen pasar por padre e hijo. finalmente se encierran en una habitación y lo que sigue ya lo conocen. Ese es el modus operandi. No es difícil imaginar

que, en medio de unas vacaciones familiares, Gael decida escaparse a hacer algún entrenamiento en solitario por la ciudad, y luego… En fin, sé que es duro hacerse a la idea cuando esto pasa.

—¿Cómo conecta eso —pregunta Helena— con las muertes del ryokan?

—Barajamos la hipótesis de que Vera y Gael viajan a Japón con total normalidad y, en medio del viaje, quizá mientras él planeaba acosar a una nueva víctima, Vera descubre que su marido es un criminal. Horrorizada, le pide explicaciones. Cuando Gael ve que ha sido descubierto, toda su realidad se viene abajo. El futuro que le espera es atroz. Vera se separará de él, la policía sabrá que era un pedófilo, su reputación como jugador y entrenador de waterpolo quedará pulverizada. Luego entrará en prisión durante varios años y finalmente se convertirá en un marginado social. Ante esa perspectiva, Gael decide actuar. Lo primero que hace es urdir un plan para matar a Vera y salvar la vida de Mika, ya que ella no tiene la culpa de nada. Resuelta la logística, Gael se ensaña con su mujer y finalmente decide poner fin a su vida.

—No me lo creo —dice Mika—. Es imposible que mi padre hiciera algo así.

—Sé que es difícil de asimilar, pero la gente más normal es capaz de hacer cosas increíbles cuando se siente acorralada.

La gente más normal es capaz de hacer cosas increíbles cuando se siente acorralada. ¿Y tú? Tú estás acabando con lo poco que queda de tu alma mediante inhumanas dosis de aburrimiento. ¡Y solo tienes treinta y dos años…! Pero ¿qué es lo que tanto te preocupa? ¿Acaso crees que si presentas tu dimisión en el colegio acabarás debajo de un puente? ¿Piensas que ahí fuera no hay nada mejor esperándote…? Como tu trabajo es fácil y la jornada laboral corta, crees que no hay nada mejor y que el tuyo es el mejor de los mundos. Pero ¿cuánto duran esas horas en tu mente?, ¿cuánta frustración crees que eres capaz de alojar en tu corazón…? *Estás harto de guardarte este secreto y de ver cómo se enquista día a día. Entonces piensas en tus compañeros y dices: «Bueno, para ellos soy uno más, me siguen teniendo en cuenta, nadie se imaginaría que cada día pienso en mí mismo colgado de una viga»*. La verdad es que no hay cosa que dé más ánimo a un pesimista que el peor de los escenarios posibles. Verme a mí mismo muerto es una cosa que me hace bastante gracia, jajaja… Todo va bien… *Todo va bien*… Hay algo satisfactorio en esta situación: la gente que te rodea te ve como una persona más, y no como un cadáver moral. Tu farsa es digna de aplauso y elogio, una epopeya moderna; la historia de un hombre muerto que se hizo pasar por vivo durante décadas… *Todos tus logros son estos*… Normalmente la gente no es capaz de retener una mentira durante tantos años. Tú sí. Tú llevas años haciéndote pasar por una persona normal, pero eres un mierdas, desprecias a todos los que te rodean y te impresiona la idea de que nadie aprecie lo poco que te importan… *A continuación lo piensas en frío y dices: «¿Eres idiota?, ¿no te das cuenta de que ellos son como tú?, ¿no ves que también tienen miedos y esperanzas, deseos y frustraciones?, ¿por qué les temes…?».* En ese momento tu razonamiento vuelve a empezar. Cuando te creías a punto de cambiar de existencia, entiendes

que el problema lo tienes tú, que el raro eres tú y que la gente que te rodea es gente buena. Y entonces decides no hacer nada… Pero ¿por qué no haces algo…? Pues porque sufrir problemas del primer mundo es mucho mejor que sufrir problemas de pobre. Eso es así.

Hola.

Este soy yo, hablando conmigo mismo, cinco minutos antes de marcharme al colegio, tarareando mentalmente alguna partitura de piano delante del espejo del aseo, vestido para impresionar, imponerme y fastidiarle la vida a mis alumnos mientras interiormente me siento derretido y tengo tics por toda la cara: en este punto de mi vida me vibra el párpado, mi cuello se retuerce solo, como si me disparasen descargas de táser en la nuca y la mandíbula me tiembla como si tomara estimulantes aunque ya ni bebo café porque los nervios abdominales los tengo pulverizados y el vientre entumecido. Estoy tan nervioso que tengo escalofríos. Lo único que me apetece es volverme a la cama a acostarme y leerme algún librito en paz.

Llevo años así.

Quiero decir, no es que todos los días de la semana me regale este espectáculo abominable; es casi peor: de vez en cuando, tal vez una vez al mes, o quizá menos, me sincero conmigo mismo y llego a la conclusión de que un cortaúñas tiene más carisma que yo y de que soy un mierdas. Me lo digo así, en mayúsculas: eres un mierdas. El problema es que soy incapaz de tomar decisiones racionales, en conformidad con lo que yo creo que parece un cuadro de depresión clínica que nunca me he atrevido a diagnosticar porque la psiquiatría me causa pavor.

Evidentemente, una decisión racional sería dejarlo todo, mudarme a otro país y empezar de cero.

En el punto en el que estoy, he llegado a la siguiente conclusión:

O te mueres arruinado, o te mueres alienado.

Yo he decidido escoger la segunda opción.

Y hasta aquí mi resumen del capitalismo.

Mi secreto para superar esta rutina diabólica consiste en imaginarme a mis compañeros haciendo este paripé cada mañana. Veo agolpamientos de gente que padece ansiedad, estresadas, hartas de tener que levantarse para hacer cosas sin sentido, insatisfechas y doloridas. No me creo que yo sea la única persona del mundo que siente un odio salvaje por sí mismo.

No, ¿no?

Claro que cosas como el servicio de limpieza doméstico una vez a la semana, las compras redentoras del sábado por la mañana —zapatillas, cómics, discos, ropa, electrodomésticos… cualquier tontería que te haga sentir que al esfuerzo le siguen las recompensas—, los viajes al extranjero tres o cuatro veces año, la cuota del gimnasio o la posibilidad de no tener que cocinar nunca más porque puedo desayunar, comer y cenar en restaurantes siempre que quiera hace que todo se vea con un prisma un poco más relativo.

La gente aprende a contarse cosas para sobrevivir.

Dicen: «Cambiemos el mundo».

O dicen: «Quiero ser el mejor en lo mío».

O si no: «Sin sufrimiento no hay recompensa».

Chorradas.

Llevo semanas con problemas para conciliar el sueño, preguntándome a qué se debe mi obsesión con Vera y Gael, refugiándome en ellos como vía de escape a mi realidad tan mediocre como ejemplar, al hecho de ser la clase de persona que mucha gente querría ser pero cuyos demonios nadie se imagina.

Los motivos de mi obsesión son varios. Por un lado, Vera y Gael eran un mito de mi generación. Eran el modelo perfeccionado, un mirlo blanco, todo lo que todos habíamos deseado ser, el remanso de dignidad entre tantos proyectos humanos truncados… Y sin embargo, su suerte fue atroz. ¿Cómo no sentirse hechizado ante eso? Las muertes absurdas son doblemente increíbles. Una muerte no puede ser absurda. Tiene que rematar y dar sentido a toda una existencia. La muerte, por naturaleza, ha de ser trágica; no cómica ni estúpida.

La desaparición de Vera y Gael también ha sido la única cosa

excepcional que ha pasado en mi entorno en los últimos años; todo lo demás era simplemente cumplir con guiones preestablecidos. Su historia me llama, está ahí para hacerme sentir que formo parte de algo importante.

Y luego está la doble vida de Gael.

¿De verdad pudo hacer eso?, ¿de verdad fue un pederasta?

Quiero creer que no, pero está claro que yo no soy la persona más idónea para negar la posibilidad de llevar una doble vida. Sé que la gente es capaz de aguantar dos vidas a la vez y que incluso se acostumbra a ello.

Mis sentimientos hacia Gael son encontrados. Si verdaderamente era un criminal, creo que sería capaz de llegar a comprenderlo. Sé que decir esto me condena, pero es lo que pienso de verdad. Me parece una versión delirante de mí mismo y de todos los perdedores del mundo: gente que siente una inaguantable carga en su día a día y que su alivio es una vida secundaria y en secreto. ¿Será cierto? ¿Existe alguna probabilidad de que un deportista felizmente casado y con una vida aparentemente resuelta en realidad encerrara a un monstruo, a un perdedor, a un don nadie?

Sé que no puede ser verdad, sé que él no sería capaz de hacer algo así, pero la idea es tan tentadora…

«Hoy no podré asistir al colegio. Me he despertado con unas décimas de fiebre y no me siento muy cómodo fuera de casa. Disculpad las molestias.»

Mi manera de combatir la rutina hoy pasa por ahí, un mensaje falso, una mentira más. La excusa me sirve para coger el coche y resolver una deuda pendiente: despedirme de Vera y Gael en Begur.

Entonces tomo la AP-7 y pongo música para conducir.

Me encuentro bien.

No solo me encuentro bien, sino que creo que soy feliz. La idea de ver a mis viejos amigos me calma los nervios. Es como cuando de pequeño en la tele la circulación se cortaba a causa de algún problema meteorológico y te podías quedar en casa, solo que ahora el profesor soy yo y mis deseos de que la nieve bloquee el camino a la escuela son

mucho mayores.

Luego pienso: ¿De verdad alguien me va a echar de menos hoy?

«Tranquilo, ya te cubrimos nosotros. Cuídate», dicen.

Lo que está claro es que el mundo puede sobrevivir sin una persona como yo. No sé por qué me empeño en creer lo contrario.

Tengo la conciencia tranquila.

Al cabo de una hora y media estoy en una cala de Begur. Es un día frío pero soleado. A lo lejos, las aguas aparecen tintadas de azul maya. El viento sopla con energía y yo respiro la bravura de un mar mecido por Vera, Gael y su hijo. No hay nadie aquí salvo nosotros.

Roca arcillosa, aguas turquesas, un cielo gris, pinos, casas de pescadores, huellas de perro sobre la arena, chalanas, calas salvajes, gaviotas, paredes de cal, acantilados, un manto de bruma no apto para un estado de ánimo melancólico, ceniza.

La naturaleza que acoge los cuerpos de Vera, Gael y su hijo posee en invierno una fuerza desgarradora. Es bella pero es triste a la vez, como un paisaje de Friedrich.

¿Qué recuerdos me devuelve este mar de olas que se rompen con suavidad?

Si pienso en Gael, pienso en que me encantaría volver a tener veintiún o veintitrés años y zarandearle, mirarle a los ojos y gritar: «¡VIVE!». V i v e.

¿Cómo explicarle a alguien que ha pasado toda su vida oyendo que está llamado a cambiar la historia del deporte, por impopular que sea, como

es el caso del waterpolo, que llegará un día en que aborrecerá todo esa vida y nunca podrá volver atrás porque la juventud es algo que se supera de forma irrevocable y misteriosa, ya que, simplemente, un día, te levantas al otro lado del foso, sin explicación racional ni sobrenatural? Creo de verdad que Gael nunca llegó a disfrutar de las ventajas y los privilegios que comporta ser joven; quizá porque estaba Mika y nunca lo fue en puridad, Gael tenía esa actitud a la defensiva de quienes creen que el mundo está en deuda con ellos, aunque fuese solo un poco. Había resentimiento en sus ojos y se contaba por toneladas. Es la frustración de la dedicación y de la culpa cristiana, la energía de quien lucha contra un demonio que solo está en su cabeza. Como quien cada mañana oye una explosión de granada en el despertador. Un innecesario estado mental de guerra. Desde fuera es como: «¿A qué tanto alboroto, Gael? ¡Sal y disfruta un poco!». Pero él no estaba para esas cosas. No había noche en que no soltara alguna grosería cariñosa, pero grosería, al fin, contra alguien de su entorno. Nosotros nos acostumbramos a él y comprendíamos que esa era su forma de llamar la atención porque en aquel tiempo todos nos esforzábamos con denuedo en parecer alguien especial, lo que ocurre es que su trato arisco solo era el indicio de esa hombría que rechaza el entretenimiento y anatematiza todo lo que no sea productivo, todo lo que no sea más-y-más. Creo de verdad que en la época en la que todos nos lo pasábamos bien, Gael sentía que perdía el tiempo con nosotros. Ojalá alguien le hubiera avisado del riesgo alto que conlleva apostar todas las fichas a un mismo número, y lo digo sobre todo por el deporte: le traicionarían. Todo tiende a la traición.

¿Merece la pena fijarse un objetivo tremendamente ambicioso y conseguirlo, a riesgo de lo amargo que pudiera ser el fracaso pero también consciente de la alegría infinita que reportaría su gesta? ¿O simplemente debía sobrevivir, flotar como una lámina de aglomerado sobre esta agua cristalina? Tal fue el dilema que concomía y concomía a Gael.

También me puedo imaginar el cuadro. En aquel tiempo, Vera era una persona muy admirada dentro del joven activismo barcelonés y eso significaba que su casa siempre estaba llena de gente que se decía movida por causas solidarias o benefactoras. Todas las fotos que me vienen a la memoria de Gael en aquellas fiestas son imágenes en las que no parece que se esté divirtiendo con su bebida; no parece alguien en una fiesta. Claro, a diferencia de nosotros él tenía que acostar pronto a su hija y además estaban los entrenamientos, las marcas, el gimnasio… Le encantaba emborracharse, eso sí, pero nunca lo hacía con relajo total y absoluto porque le causaba una fobia terrible la sola idea de que su cuerpo se resintiera. Vivía por y para sus músculos, todo lo que era se lo debía a ellos. En el fondo, Gael era un tipo rudo. Yo creo que fue la expresión de la primera generación de hombres que disimulan sus raíces conservadoras con adorno lingüístico, alusiones moderadas a su progresismo en forma de aceptación del matrimonio gay y la igualdad entre hombres y mujeres, y ya. Se sentía un hombre de las cavernas, aunque no lo exteriorizase. A Gael lo que le gustaba era estar con su hija y con su mujer, ir a trabajar y volver y pasar desapercibido. Odiaba los actos sociales. Entiendo que no le entusiasmara mucho la idea de toda esa gente que venía a lamerle el culo a Vera porque eso podría traducirse luego en influencia. Para mí es un misterio cómo aguantó Gael al entorno de ella. Aunque bueno, creo que fue una guerra de resistencia que al final ganó él. Vera y Gael hacía años que apenas salían ya con otra gente. ¿Fue egoísta por parte de él? Pues no lo sé, pero sí intuyo que a Gael los amigos de su mujer le debían parecer unos lloricas, consentidos niños-de-papá con inquietudes sociales, con sus asambleas y sus cosas. Él, en cambio, era un tipo de competición. Un hueso duro.

Cuando Mika era pequeña, Gael tenía un gran miedo: la posibilidad de que su hija se convirtiera en una chica mimada, habida cuenta de que,

a diferencia de sus padres, ella tendría más privilegios y oportunidades. Lo que le importunaba era el origen de ese miedo. ¿A qué temía verdaderamente? Y peor aún, ¿por qué? ¿Acaso la austeridad y buen hacer de Gael le habían guiado a él a una vida plena, orgullosa y satisfactoria? La respuesta era contundente: no.

—¡Xavier!
—¿Mika?
—Hola.
—¿Qué haces aquí?
—¿Y tú?

Mika siempre había asistido a centros de educación pública. Lo sabíamos porque esa era la clase de cosas que hacían que su madre sacara pecho siempre que la ocasión lo permitía. A todas horas, Vera denunciaba que el progresismo de muchos padres se acaba cuando dejan a sus hijos en la puerta del colegio; a partir ahí, «lo mejor para mis hijos» prevalece sobre cualquier principio político o la defensa de lo público. En cuanto a Gael, posiblemente hubiera preferido llevar a Mika a la concertada o incluso renunciar a alguna que otra partida de gasto e invertir en una de esas privadas trilingües, pero en realidad le daba un poco lo mismo. Decisiones como la educación al final siempre acababan cayendo en manos de Vera y, además, aquello tampoco estaba tan mal: si la pública ofrecía peores recursos que la concertada o la privada y eso significaba que Mika partía con una cierta desventaja, entonces aquel instituto sería un buen entrenamiento para la dureza de la vida adulta, pensaba Gael. Ni él ni su mujer habían tenido muchos privilegios y tampoco les había ido tan mal. De todas formas, luego había otro problema. Pasaba que por mucho que Vera quisiera que Mika no creciera en la burbuja de la educación clasista y elitista, los compañeros de su hija sabían que ella era una privilegiada. Mika tenía la mejor ropa, las actividades extraescolares más interesantes y los

mejores viajes con sus padres. Muchos de sus compañeros volcaban en ella el mismo odio que algunos adultos sentían hacia Vera y Gael, pero ya se sabe que existen pocas cosas más crueles que la adolescencia, así que el hecho de que todo el mundo supiera que el padre de Mika era un pederasta y un asesino fue suficiente para que se quedara completamente sola en el instituto. Era la venganza que todos sus enemigos esperaban y así me lo hace saber:

—Ya no aguanto más. —Está abatida. Además insiste en que en casa de sus tíos estorba—. Llevo una semana sin ir a clase. Algunos días cojo un autobús y me vengo aquí. Hablo con mis padres y les digo que todo va a ir bien. Estar con ellos me tranquiliza.

—Te diría que tus padres querrían que ahora mismo estuvieras en clase, pero en fin, tampoco yo he ido hoy a trabajar. Hace semanas que la muerte de tus padres me impide dormir.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Di.

—¿Tú crees que mi padre era un pederasta?

—¿Por qué crees que lo creería?

—Necesito ayuda. Quiero que me digas todas las cosas malas que hizo mi padre. No quiero engañarme ni pensar que era alguien perfecto, porque no lo fue. Es ahora cuando más necesito tener los pies en el suelo; necesito tener la cabeza en su sitio. Debo conocer su lado oscuro. Quiero saber que fallaba, que cometía errores. Solo así podré asegurarme de que era humano y de que, por eso, nunca llegó a hacer lo que dicen que hizo.

…

…

—¿Sabes? Uno de los grandes defectos que recuerdo de tu padre era su incapacidad para ocultar mentiras. Era espantoso. Nunca hablaba de sus problemas; se sentía seguro creando una barrera emocional con sus amigos. Siempre que le preguntabas qué tal le iba todo, él te decía

«Bien-bien», pero era evidente que las cosas no le iban nada bien. físicamente se le veía agotado. Había llegado al límite de sus fuerzas y las había traspasado. Yo lo veía desmotivado, con ganas de poner punto final a su etapa como jugador. A menudo pensaba en lo desesperante que debía ser volcarse en todo ese entrenamiento para nada.

—Gael solo quería tirar la toalla.

—Debe ser duro pasar a la historia del deporte y que en apenas unos años te veas como una mínima parte de lo que fuiste; me parece que la resistencia es mental mucho antes que física. Sé que fue un buen líder y un buen capitán de su equipo, pero su cabeza estaba en otra parte. Él solo quería vivir su vida con tu madre y contigo.

—Odiaba los entrenamientos y la piscina, pero le gustaba venir con mamá y conmigo aquí. En su equipo pensaban que pasaba demasiado tiempo con nosotras. Tenía que dar más en la piscina, entregarse más. Yo creo que su sueño era mudarse a este sitio con mamá cuando yo me fuera a la universidad.

—Bueno, ahora descansan.

—¿Ves?

—¿Qué?

—Te dije que me hablases de los defectos de Gael y lo único que me has contado es que quería estar con su familia.

—Tenía sus cosas. Pero ese es un buen resumen.

Él era una fortaleza tremendamente frágil; ella una fragilidad inusualmente hercúlea.

Más o menos era así.

Si no la conociera desde la adolescencia, pensaría que Vera era una persona muy maleducada. Cuando te miraba, sentías que te estaba insultando por dentro. O que te despreciaba.

No era verdad.

Con los años, Vera había desarrollado una habilidad negociadora extraordinaria. Nunca llegué a preguntárselo, pero aquella expresión de mirada fulminante, labios sellados y una media sonrisa apenas perceptible que le procuraba una demoledora seguridad en sí misma solo podía ser el resultado de largas horas de ensayo frente al espejo. Todo era pose, claro, pero era una pose que aseguraba su supervivencia en el medio.

Ir a la contra en un enfrentamiento con ella solía comportar elevadas dosis de irritación y frustración, pues a nadie le gusta perder una batalla dialéctica, y menos aún si eres hombre y te ves pisoteado intelectualmente por una mujer. Además, a Vera le encantaba tener razón. Con frecuencia se quejaba de esto:

—Es increíble —decía en su entorno más cercano y solo entre quienes no tenían nada que ver con su desempeño profesional, aludiendo a la misoginia y el desprecio a las mujeres que se percibía en sus lugares de trabajo—. Aparentemente, trabajar por el bienestar de los animales parece una causa noble y limpia de las peores lacras sociales… *aparentemente*.

Durante años oí a Vera replicar aquel mantra según el cual «Solo hay una cosa peor que un machista de derechas, y eso es un machista de izquierdas». Se refería a algunos de sus compañeros activistas. Ante

ellos, poca cosa podía decir. Siempre que en una asamblea o reunión de equipo sacaba el tema, las respuestas compartían el mismo tono de reproche:

—No entiendo a qué se debe semejante animadversión, Vera…

—… nosotros no somos tu enemigo…

—… creo que estás errando el tiro.

O ya cuando iban a la yugular:

—¿Nos estás traicionando?

De manera que un día Vera se llenó de rabia y decidió convertirse en un bloque de hielo firme, una gran masa de cristal helado opaco, impenetrable e inasible.

No tenía elección.

¿Qué iba a hacer si no? ¿Renunciar a sus ideales y entregárselos a un montón de machos alfa egomaniáticos e inseguros? ¿Dejarse arrastrar por las presiones y los chantajes emocionales de ellos?

Una cosa que comparten sociópatas y activistas —quizá la única, no lo sé— es su habilidad para situar sus fines por encima de las personas, así que eso fue exactamente lo que Vera hizo: apartó a un lado todo síntoma de cretinismo misógino y concentró sus esfuerzos en aquello que de verdad le inspiraba. Es decir, contar la verdad, allanar el camino a un mundo más igual, más libre; cuidar de quien lo necesita.

No fue fácil mantener el tipo y transmitir estos valores a su hija, quien constantemente percibía las contradicciones y las decepciones en el discurso de Vera. Ella, por otro lado, tenía una gran ventaja: los equilibrios siempre se le dieron bien. O mejor dicho: cuando le tocaba hacer de parteaguas, Vera resistía los contratiempos con una dureza ejemplar.

Para sus enemigos dentro del activismo, muchos de los cuales estaban en otras organizaciones o partidos, Vera era una pija colocada ahí a dedo. Según esta lectura, si había llegado al cargo que había llegado, es decir a directora de comunicación de la organización animalista más grande del mundo, era gracias a su amistad con Beñat, presidente de la institución, con quien había compartido clases en la universidad.

Vera se sentía más cómoda en la política que en el activismo. Se desenvolvía mejor entre partidos, empresarios y periodistas que en las reuniones de socios. Era más útil fuera de las oficinas que dentro. En Solidaridad Animal la veían como un alien, y eso causaba importantes recelos.

—No sé qué pensar —confesó una vez en una cena, cuando ya había bajado sus defensas, a la hora de las copas—. Creo que si sigo en pie es porque tengo el apoyo de Beñat. Él cree en mí y él sabe que no soy una infiltrada y que mi apoyo a la causa es leal, incluso más leal que el de otra gente. Eso sí, me jode tener que depender de un tío. Es como si no hubiera cambiado nada en nuestro mundo. Es asqueroso.

—De lo que nunca llegó a hablar en público —dice Mika— fue de los rumores de su posible lío con Beñat. Sus compañeros difundieron esa historia, seguramente para debilitarlos a los dos. Pero ya sabes…

—… Una mentira repetida mil veces acaba siendo una verdad.

—Sí.

De manera que esto se convirtió en un tabú en la ONG, pero también en su propia casa.

Dice Mika que había veces en las que Gael estaba tan ensimismado en sus propios pensamientos que era incapaz de oír los problemas que sucedían en el exterior. Un muro gigante lo alejaba del resto de la humanidad. Hablar con él se ponía difícil. Era como si tuviera la cabeza dentro de una pecera.

Pero ¿estaba Gael celoso de Beñat?

—Depende —dice Mika—, iba por épocas. Cuando las cosas le iban bien y tenía la autoestima alta, se burlaba de él. Hacía chistes sobre su estatura o sobre lo mal que vestía.

—¿Y cuándo estaba triste?

—No quería ni hablar de él, no quería saber nada.

—¿Manifestaba abiertamente celos?

—No, los controlaba bastante bien, pero cuando el waterpolo le quemaba no podía ni oír hablar de la ONG. No escuchaba. Todo le parecía una amenaza, nada estaba a la altura de sus problemas. Quizá incluso se imaginaba que Beñat y mi madre estaban liados, pero se

encontraba tan deprimido que le daba igual.

—Simplemente, miraba para otro lado.

—Exacto.

—¿Alguna vez se vieron Beñat y Gael?

—Claro. Muchos domingos quedábamos para comer o para beber algo a mediodía.

—¿Y cómo era su relación?

—Desde fuera, parecía perfecta. Hacían chistes y se entendían a la perfección. Parecían grandes amigos.

(Para que luego digan que los hombres conspiramos menos y somos más honestos que las mujeres…)

Nunca lo sabremos, pero el caso es que el equilibrismo de Vera en su circunstancia debía ser complejo: ahí tenemos a una mujer que ha dedicado su vida a un mundo mejor, cuestionada por sus propios camaradas, en tensión consigo misma al sentir que parte de lo que tiene se lo debe a dos hombres, lidiando con las crisis nerviosas de un marido celoso con el mismo jefe que todo el mundo cree que la ha enchufado, o bien piensan que se beneficia de su superioridad jerárquica para mantener relaciones con ella. Es como si Vera viviera en una trampa egipcia, una estancia cuyas paredes se cierran y la aprisionan cada vez más.

—Te diré que algunas cosas que pasaban en tu casa me hacen sentir como el fontanero de una bañera victoriana. Desde fuera todo se ve bien: grifos de oro, paredes de porcelana, cerámica limpia… Pero en las cañerías hay un limo bastante asqueroso.

—Es así con todo el mundo, ¿no?

Ocurre con todas las mujeres admirables que he conocido, personal o virtualmente: llega un momento en que es imposible desearlas; simplemente, dejan de ser terrenales. Es como si hubieran conquistado un espacio que no ha sido reservado para ti o como si tuvieras que mirarlas desde una distancia prudencial, plano contrapicado. Para mí, Vera era una de ellas. En un momento de su vida, su nombre adquirió tanta fuerza que empezó a levitar. Ella era una heroína, un personaje de epopeya, un símbolo de algo. Con esto no quiero decir que fuera una persona arrogante ni que se comportara como una diva caprichosa. Vera era la matriarca de su familia, una líder hipnótica que caminaba envuelta en un nimbo de luz y de claridad. Su atractivo era el de una pieza de museo. Con ella yo me sentía como si entre ambos hubiese una vitrina infranqueable, el cristal que distingue la caverna del mundo de las ideas.

Mucha gente que no la conocía se había hecho una idea equivocada de ella. La veían como una pequeñoburguesa refinada que se había obstinado en salvar el mundo animal, casi como una especie de entretenimiento para sentirse bien y purgar su mala conciencia de clase, como una de esas descendientes de la intelectualidad judía con un pie en el mundo del arte y otro en el activismo, pero nada más lejos de la realidad. Los orígenes de Vera estaban muy claros, aunque ella nunca se sirvió de ellos para resaltar su pureza. No le hizo falta. Su madre servía cafés en una pastelería de Sabadell; su padre era revisor de trenes. Vera creció en una familia anodina y con espíritu superviviente. La única causa política instalada en su casa eran ellos mismos; tampoco quedaban energías para más. A los quince, el padre de Vera abandonó a su madre por otra mujer y desde entonces el sentimiento que reinaba en su casa fue el de la sororidad,

especialmente espoleado por Vera y Helena.

Vera empezó a asistir a manifestaciones animalistas poco antes de conocer a Gael, en plena adolescencia. Su interés por la causa se fraguó en internet, gracias a un puñado de lecturas básicas; luego decidió que tenía que ir más lejos y rodearse de los suyos en el espacio físico. La primera resistencia que Vera encontró fue la de su familia. Entonces comprendió que la persuasión masiva de su causa acarrearía argumentos cercanos y exposiciones empáticas; nada que ver con las disertaciones con que se encontró en las primeras asambleas en las que se dejó ver.

Pronto se dio cuenta de que aquellos que presumían de un radicalismo acentuado eran quienes venían de familias privilegiadas y con una cierta tradición intelectual. Ellos lo tenían fácil. Los hijos de profesores universitarios, los que tenían hermanos mayores que ya habían militado en causas sociales, los que se habían criado en una educación liberal en colegios de pago y su glosario habitual incluía palabras como «ecosocialismo», «eurocomunismo» o «alterglobalización»… Curiosamente, eran ellos los menos dispuestos para el diálogo. Para este núcleo duro, la única operación intelectual válida es aquella que violenta el pensamiento; no la que lo masajea. Vera no estaba del todo cómoda en ese escenario. Su objetivo era persuadir a gente como sus padres, no a los convencidos.

Aproximadamente entre los quince y los veintitrés, Vera coqueteó con distintas organizaciones y proyectos. El hecho de que no siempre estuviera satisfecha con la manera de articular el discurso de los suyos, sin embargo, no socavó su ánimo. El caso es que Vera, junto a otro pequeño grupo de activistas escindidos de un partido animalista, creó su propia asociación. Se hacían llamar Solidaridad Animal y aquella era una apuesta a todo o nada. Aquel grupo tenía la impresión de que llevaba mucho tiempo estrangulado en las consignas de siempre; su propuesta aspiraba a un proyecto de masas. Funcionó. En poco más de dos años, Solidaridad Animal se convirtió en la organización animalista que más influencia ejercía en todo el mundo y Vera era su responsable de comunicación.

En sus inicios, Solidaridad Animal protagonizó varias campañas que hicieron mucho ruido. Su primer gran éxito fue una investigación en los zoológicos españoles. Consiguieron imágenes terribles de los principales zoos. Solidaridad Animal demostró que había lugares donde depredadores y presas quedaban dispuestos en jaulas contiguas, que los animales en cautiverio sufrían un maltrato físico y psicológico grave, que algunos delfines presentaban abrasiones en el morro y que muchas especies enloquecían y se autolesionaban. Ante la presión popular, la mayoría de las televisiones nacionales acabaron proyectando las imágenes filmadas. Solidaridad Animal se convertía así en la primera institución capaz de movilizar a cientos de miles de no vegetarianos por causas animalistas. Empezaba la época dorada de la organización.

El éxito de estas campañas les permitió financiar investigaciones más ambiciosas. Entre otras cosas, lograron sacar a la luz la historia del corredor de la muerte canino en Taiwán, donde decenas de miles de animales callejeros son empujados a cámaras de gas, envenenados o asfixiados. Ellos llevaron a radios y televisiones sus crónicas en primera persona en el festival de la carne de perro de Yulin, en China, y también conmovieron a la opinión internacional con sus documentales sobre la masacre anual de los delfines en Taiji, Japón. Aunque no lograron prohibir el festival, Solidaridad Animal provocó un pequeño terremoto mediático alrededor del medio millón de animales sacrificados en la matanza de Gadhimai, Nepal. Todo el mundo habló de aquella masacre, al menos en internet.

Solidaridad Animal basaba la mayor parte de su éxito en su excepcional manejo de las redes sociales. Si todo el mundo estaba dispuesto a compartir fotos bonitas de mascotas, ¿entonces por qué no iban a hacerlo con imágenes que reivindicaban los derechos animales? La organización de Vera contaba con otro as en la manga: su habilidad para generar consenso. Sus mensajes eran políticos, sí, pero al fin y al cabo blancos, inofensivos y para todos los públicos. ¿Qué clase de desalmado iba a negarle una interacción social a un grupo de jóvenes aplicados que se preocupaba de salvar mascotas? Nadie con un mínimo de ética negaría las consignas de Solidaridad Animal.

El problema es que lo que les hizo grandes también les debilitó. Aquella capacidad de generar consenso no tardó en desinflarse. De pronto se vieron a sí mismos como una moda que se difuminaba. La gente celebraba sus victorias pero nadie les tomaba en serio. Su nombre seguía siendo la entidad animalista más conocida a nivel mundial, pero las donaciones menguaban, los medios dejaban de prestarles atención y la estructura financiera de la liga empezó a resentirse. Tras dos años y medio de victorias imparables, los cimientos de Solidaridad Animal se resquebrajaban.

—Es muy fácil tener éxito una vez. Caer y recuperarse es algo que solo consiguen aquellos que han venido a quedarse para siempre.

Poco a poco, el discurso interno de Vera y los suyos empezó a transformarse. Se endureció. Hablaban como una empresa recién nacida forzada a cumplir objetivos imposibles para captar a algún inversor importante o fondo de inversión, y no como aquel grupo de jóvenes adorables que traían paz al mundo y en especial a los animales. Hubo un tiempo en que el equipo de Vera se enfrentaba a jornadas de quince o dieciséis horas de trabajo. La popularidad de la organización se desplomaba. En palabras de Vera:

—Éramos como un avión con un ala en llamas que cae en espiral.

Vera cayó entonces en la cuenta de que, en un mundo donde solo vale la eficacia, la diferencia entre una persona de derechas y otra de izquierdas es que la de izquierdas actúa con remordimientos, aunque al final las dos hacen lo mismo. Eran días de actuar en contra de sus propios principios. Había que moverse rápido y solo una inteligencia apoteósica lograría reflotar la nave.

Y entonces, cuando más unidos debían estar, llegaron las escisiones. Mucha gente se cansó del desplome y se marchó; otros que vieron peligrar sus privilegios en la organización empezaron a dinamitar la liga mediante luchas intestinas. Las guerras internas adelgazaron la institución a la mitad. Todo esto pasó de puertas para adentro. Públicamente, los militantes entendían que su prioridad era dar una imagen de unidad y victoria.

Vera esperaba que su proyecto volviese a despegar como en sus

mejores momentos. Confiaba en que fuera así. El problema es que estaba tardando demasiado.

Pero entonces, ¿por qué no capituló? Esencialmente, había dos razones que explicaban que Vera estuviera dejándose la piel en un proyecto cuyos costes, al parecer, pesaban más que sus beneficios. La primera era la responsabilidad moral que la comprometía a su tarea. A fin de cuentas, el oficio de Vera no era un oficio cualquiera, sino que había una relación directa entre su obra y el bienestar de una comunidad que ella creía injustamente considerada: los animales. Si hubiera abandonado Solidaridad Animal, cedería ante quienes pensaban que aquella organización era la fútil distracción de una izquierda divina típicamente barcelonesa, antojadiza y ensoberbecida. Luego estaba Mika y su familia. Ya no tenía edad para cambiar de planes y trabajo en conformidad con sus propios intereses. No podía pensar de manera tan egoísta. La estabilidad de su hogar dependía en gran parte de ella. Era como la pieza basal en una construcción de jenga: si se movía, todo se venía abajo. Eso era lo que justificaba cualquier síntoma de dolor y ese era su gran orgullo, lo que al final del día le hacía creer que todo había merecido la pena.

—Estoy harta de vivir en casa de mi tía. —Días después de nuestro encuentro en Begur, Mika arroja su mochila de instituto contra el sofá de cuero acolchado de la hamburguesería en Vía Laietana donde hemos quedado para comer, y luego ella misma se deja caer en el asiento. Resopla y, mirándome a los ojos, dice—: No puedo más. Me voy.

—¿Qué pasa?

—Hoy pillé a Helena y a Robert cuchicheando sobre Gael. Hablaban por lo bajo. Decían que no les resultaba raro lo de la pederastia, que siempre había sido muy callado, que se le notaba que escondía algo… Incluso dijeron que ojalá mi madre hubiese tenido más suerte y se hubiera casado con otro. En cuanto pude, me fui. Les odio.

—Joder.

—Lo único que quiero hacer es irme de aquí. Quiero dejar atrás mi instituto y empezar de cero. No quiero seguir siendo una carga para alguien que nunca quiso tener hijos, no quiero que la primera persona que vea por la mañana sea alguien que piensa así de mi padre. No es normal.

—¿Tienes algún plan?

—Me voy a ir a casa de mis abuelos, a Palafrugell, cerca de donde mis padres. Cambiaré de colegio y estaré con ellos.

—Eres la primera adolescente que conozco a la que un traslado le pone contenta.

Un camarero toma nota y Mika pide una hamburguesa vegana y unos aros de cebolla; a mí me encantaría tener el estómago de un adolescente pero me conformo con beberme una cerveza americana.

—No lo entiendo —dice—. ¿Por qué la gente es tan mala?

—No sé, la muerte es así. Despierta una intensidad emocional agotadora y tiene la capacidad de hacer que gente muy distinta

comparta un mismo sentimiento, pero ese luto colectivo del que todo el mundo habla no es más que un rapto de civilización y diplomacia. Acto seguido se derrumba y ocurre todo un montón de mierda indeseable. Gente que se pelea por herencias, desapariciones que dejan problemas de dinero, pufos, responsabilidades que preferirías no tener que encarar porque era la vida del muerto y no la tuya, fallecimientos que terminan de quebrar relaciones frágiles… En fin, yo qué sé. Como especie, la humanidad deja bastante que desear. Es importante que sepas esto cuanto antes.

—¿Te puedo contar una cosa? Últimamente tengo pensamientos raros sobre la muerte de mis padres y sobre la muerte en general. Son cosas que prefería no pensar pero que luego no puedo dejar de imaginar. Supongo que es consecuencia de la obsesión. Como no puedo sacarme este tema de mi cabeza, lo observo de mil maneras.

—Es como si te pusieran un culo abierto en la cara. No podrías dejar de mirarlo aunque quisieras, incluso aunque sea asqueroso.

—Qué asco.

—¿Y qué es lo que piensas?

—Me imagino a mi padre con las tijeras en el cuello, pensando: «Oh, sí, por fin un poco de descanso, acabemos de una vez con esta mierda por fin». También veo a mi madre pensando en una décima de segundo en el futuro que me esperaría huérfana. Me vería como una prostituta barata callejera adicta a las drogas porque creceré sin padres.

—Una puta barata y con el aliento a cenicero. Eructando alcohol y pollo congelado.

—Una chica echada a perder que, ante la muerte de sus padres, se desespera y se quita la vida. Qué absurdo, ¿no?

—Ya lo creo.

—Hay algo que no le he contado a nadie y que me hace pensar cosas. Quiero decir, casi todo el mundo ve la muerte de mis padres como algo trágico sin ninguna explicación, pero cada vez que vuelvo a aquel día siento que nada de lo que pasó puede ser cierto. Fue un día muy raro. La cosa es que, hasta dos horas antes del secuestro, mis padres llevaban todo el día peleados por un mapa.

—¿Por un mapa? ¿Ese era el motivo de la discusión aquella noche?

—Sí, por un mapa. Mi padre se hizo un lío con los autobuses de Kioto, se confundió de línea haciéndonos perder cuarenta minutos de viaje y entonces mi madre empezó a hacer bromas con su manejo de los mapas, pero mi padre… Bueno.

—Se le hincharon las pelotas y dijo que a tomar por culo todo, ¿no?

—Algo así.

—¿Por qué no se lo has dicho a nadie?

—Porque es absurdo y porque nadie me creería. Pensarían que lo estoy encubriendo. Imagínatelo: «Mis padres discutieron por un mapa y luego se apuñalaron en la sauna».

—Comprendo. Pero ¿qué pasó?

—Pues que Gael le dio el mapa a mi madre y se quedaron todo el día callados. «¡Estoy harto de pasarme todo el puto día haciendo cosas para que vayáis y os burléis de mí, cojones!», dijo. Me parece que esas fueron sus últimas palabras ese día. ¿No te parece un chiste todo?

La camarera deja los platos sobre la mesa, pero su presencia no incomoda a Mika, que sigue hablando de todo esto con la locuacidad de quien por fin puede liberar un secreto.

—«¡Estoy harto de pasarme todo el puto día haciendo cosas!» Prácticamente esas fueron las últimas palabras de mi padre y lo mejor es que creo que hacen bastante justicia a su carácter. En ocasiones me despierto por la noche y veo su cara colorada de enfado, gritando: «¡Tomad el puto mapa, aquí lo tenéis, joder!». ¿Tú por qué crees que le molestó tanto eso del mapa? Supongo que luego debió de ser un pensamiento aterrador. De pronto, horas más tarde de aquel cruce de cables, mi padre está a punto de ser asesinado y sus últimas palabras en este mundo son un brote psicótico. Ese fue su legado y su contribución. Murió enfadado.

—Un héroe.

—Lo quiero.

—Se fue por la puerta grande.

—Luego también pienso en la gente que celebraría la muerte de mis padres. Estoy segura de que su asesinato hizo la vida más fácil a mucha

gente.

—No te sigo.

—Piensa en alguien que odies.

—Hecho.

—¿Lo tienes en la cabeza?

—Casi todos mis compañeros de trabajo que me hacen la vida imposible

—Sí. Pues muchas veces me pregunto qué habría pasado si, en lugar de mis padres, quienes hubieran muerto en Japón hubiese sido gente como el entrenador de mi padre, o como los dueños de las granjas a los que mi madre perseguía, o como los cazadores a quienes la ONG de mi madre denunció, o como los compañeros del equipo de waterpolo que mi padre creía que le quitaban protagonismo. Ahora ellos serían felices. Estoy segura de que les habría afectado, por supuesto. Pero a la larga les habría hecho la vida mejor.

—Todos tenemos cerca de nosotros alguien cuya existencia es un incordio.

—Mis padres eran buenos, pero estoy segura de que su muerte hizo feliz a otra gente.

—¿Quién llevará la comunicación de la ONG de tu madre ahora?

—¿O quién sustituirá a mi padre como capitán del equipo?

—También es una responsabilidad.

—Pero había gente que los envidiaba, que los consideraba molestos.

—Reconócelo. Tus padres tenían un punto molesto. Quizá ellos no se daban cuenta, pero encarnaban el modelo ideal de persona integrada en esta sociedad. ¿Qué más podían necesitar?

—Por eso. Yo pienso en la gente que tiene más suerte que yo y a veces les he deseado cosas malas.

—Un cáncer, un rayo, la caída de un piano por las escaleras… Yo también se lo deseo a mucha gente que en realidad no me ha hecho nada.

—A veces me pregunto qué preferiría, si que mis padres hubiesen muerto por una enfermedad lenta y dolorosa, asesinados con mucha violencia pero en un momento rápido, o por voluntad propia.

—Y la respuesta es…

—Creo que la tercera. A veces me despierto por las noches con un mismo sueño. Estoy en el ryokan y bajo corriendo las escaleras descalza y me encuentro a mi padre en el onsen con las venas cortadas. En la pared ha escrito con sangre un kanji japonés. Aunque no entiendo el idioma, sé lo que dice la caligrafía. Ahí pone: ESTOY CANSADO. Es un sueño que me da vergüenza, pero no dejo de tenerlo. Una y otra vez.

—¿Alguna vez hablaste con tus tíos de esto?

—No, no.

—Como diría tu padre: que se jodan.

—Eso es.

No creo que sea el único hombre que nunca habló de sentimientos con su padre, pero a veces me lo pregunto. De él no conservo ningún recuerdo de infancia e incluso diría que toda mi niñez la pasó en su despacho del colegio. Aún así, rara vez he cuestionado mi amor y lealtad hacia él.

Normalmente lo veía los fines de semana. De lunes a viernes se marchaba de casa antes de que yo despertara y regresaba cuando ya me habían acostado. Durante años, y puede que incluso tal vez más en la edad adulta, una admiración increíble me ligó a él: sin respaldo ni ayudas, mi padre levantó un negocio próspero para que su familia creciera con comodidades. Encarnaba una ética del trabajo sobresaliente.

¿Se sintió deprimido alguna vez? Nunca lo sabré.

Esta es una pregunta que jamás se me había ocurrido hacerme, hasta ahora. Yo daba por hecho que la generación de mi padre nunca conoció la ansiedad, nunca tuvo grandes preocupaciones, nunca se echó a llorar al llegar a casa después de un mal día… Él jamás habló de sus adversidades delante de mí. ¿Lo hizo porque no las tenía?, ¿porque hablar de aquello implicaría admitir que mi concepción era un terrible acto de crueldad, pues había alumbrado una vida más destinada al sacrificio y al sufrimiento?, ¿o tal vez nunca supo cómo prevenirme de la inexcusable tristeza de ser adulto?

Qué importa.

Cuando toda tu vida has pensado que tu padre fue un héroe que nunca Flaqueó, y cuando esa idea ha trascendido la infancia y toda tu relación con él se basa en esa construcción, cuestionarla se convierte en una operación inútil. Si mi padre quiso hacerme creer que toda su vida de sacrificios fue una vida feliz, no seré yo quien fiscalice esa voluntad.

¿Para qué voy a hurgar en una intimidad que no me corresponde?

—Mi padre tampoco conoció lo complicada que fue la vida de mi abuelo —dice Mika, al otro lado del teléfono—, y yo, hasta su muerte, tampoco habría imaginado que mi padre y mis abuelos tuvieron problemas y lloraron a escondidas, por miedo a decepcionar.

Mika se refiere a Flavia y Albert, abuelos de Mika y padres de Gael, cuya historia es una historia feliz, pero sólo aparentemente.

Albert nació en algún pueblo semiabandonado de los Pirineos leridanos; Flavia en Roma. Los dos son dueños de un restaurante cuyas evaluaciones en internet coinciden en venerar los risottos de mariscos y la pasta *frutti di mare*, además del trato del servicio. A pesar de su prestigio popular, el restaurante ha ido resistiendo a las décadas sin renunciar a su cocina especializada en platos mediterráneos, esencialmente por la manera de cruzar los sabores de Cataluña con los del norte de Italia, como una intersección ideal entre una osteria de Trento y una arrocería del Ampurdán. El suyo es un restaurante que cuenta con el consentimiento de los clientes locales, además de las riadas de visitantes que de marzo a octubre peregrinan allí, a la vista de su buena fama en todas las guías de la Costa Brava. Adornado con frescos que evocan gestas marítimas y dioses acuáticos de la antigua Roma, el local se sitúa en una esquina de la playa desde la cual se divisa el mar, un muelle de barcazas con cascos de herrumbre y las casitas encaladas que en verano irradian una luz celestial.

Como Vera y Gael, Flavia y Albert se comprometieron a una edad relativamente temprana y resistieron a toda clase de contratiempos y obstáculos. No hay que olvidar, de hecho, que ellos fueron el principal apoyo de Vera y Gael cuando llegó el embarazo de Mika.

A mediados de los ochenta, Flavia hizo un viaje en barco a la Costa Brava con algunas compañeras de su facultad. Flavia, que era hija de unos profesores de universidad, estudiaba Bellas Artes en Roma, chapurreaba algunas palabras en español y tenía una belleza nórdica. Medía un metro ochenta y su pelo era rubio, dos rasgos que luego heredaría Gael, su único hijo.

El romance entre Flavia y Albert comenzó de una forma bastante

poco prometedora. Los dos se conocieron porque entonces formaban parte de sendos grupos de amigos con mucho tiempo libre por delante, deseosos de consumar un lío de verano. Ellos eran veinteañeros carismáticos que empezaban a tener algo de dinero; ellas estudiantes que dependían de la economía de unos padres cultivados que siempre les agasajaban con toda clase de caprichos. La amistad entre las dos pandillas fermentó. Entonces Albert trabajaba con su padre en un hotel de Aiguablava y era un tipo apuesto, con esa inconfundible expresión de ingenuidad encantadora que tienen quienes han crecido en poblaciones enanas. Su complexión era atlética y su carácter bondadoso.

Flavia y Albert se entendieron rápido. Él escuchaba atentamente a ella discurrir sobre arte clásico y ella sentía admiración cuando él detallaba con toda clase de metáforas y un lenguaje preciso y sensorial su obra en las cocinas del hotel donde trabajaba. Aquella fue la única relación que cristalizó entre los dos grupos de amigos. Sin embargo, todo el contacto físico al que llegaron esa semana apenas consistió en algunos cuantos besos atropellados en la cala de Aiguablava, la noche anterior al regreso de Flavia a Roma. Ni Flavia ni Albert se atrevieron a dar un paso más.

La vuelta de Flavia a Italia coincidió con el inicio de las vacaciones de verano de Albert, cuyos planes no eran otros que quedarse en la Costa Brava y conocer a turistas. En lugar de eso, Albert consiguió la caravana de unos conocidos y condujo durante un día entero a la capital italiana. Era la primera vez que viajaba al extranjero y la segunda que salía de la región. La última noche que se vieron en Calella, Albert le había preguntado dónde podría encontrarla en caso de que alguna vez fuese a Roma, a lo que ella contestó mencionándole algunos sitios de Parione, en el centro de la ciudad. Dado que él solo recordaba el nombre del barrio, durante días y noches se dedicó a dar vueltas sin rumbo ni suerte por el distrito seis.

Un par de noches antes de su regreso a España, Albert encontró a Flavia en una situación parecida a cuando se conocieron en la playa: ella bebía vino blanco con un grupo de amigos y amigas en una terraza

Florida y ruidosa de la Piazza di Pasquino. Al ver a Albert, Flavia se ruborizó, como si viera un fantasma del pasado. Las mujeres que la acompañaban ya conocían a Albert, y lo más probable es que pensaran en él como un pueblerino lerdamente enamorado, alguien que había confundido un intercambio de saliva con un pronóstico de jubilación común, la clase de hombre bonachón y generoso que llega desesperadamente virgen a los veinte, y enloquece. Flavia estaba confusa, pero se fue con él.

Pocas horas antes del regreso a Begur que Albert había previsto, Flavia y él hicieron el amor por primera vez, así que él decidió que estiraría sus vacaciones unos días más.

Ninguno de los dos, ni Flavia ni Albert, era entonces conscientes de que pocas veces más en sus vidas volverían a amarse con esta musicalidad, en una pensión cuyas habitaciones se ordenaban alrededor de una estrecha escalera enmoquetada de caracol, donde olía a tabaco rubio y a pintura fresca. Entonces Flavia le confesaría a Albert que no le gustaba lo que estudiaba y que quería irse de Roma, ciudad que le oprimía y le angustiaba. Albert le pidió que le acompañase. Ella se resistió, claro, pero un instante de clarividencia la empujó a tomar la decisión más visceral y temeraria de su vida: dejar sus estudios de Bellas Artes, dejar la ciudad donde había pasado toda su vida y dejar la casa de sus padres por una aventura que entonces vio, con toda la nitidez del mundo, que encerraba el futuro que siempre había anhelado.

Albert conoció a los padres de ella en el momento en que Flavia les explicó que lo dejaba todo. Sus padres se horrorizaron ante su presencia. Montaron en cólera. Flavia les atacó diciéndoles si toda esa educación liberal que tanto presumían de haberle inculcado no era acaso una impostura de un par de profesionales frustrados, viejos y resentidos, a los que se les habían pasado todas las oportunidades ya. Al final, los padres de Flavia se resignaron a ver cómo, en cuestión de segundos, la vida de su hija daba un giro de ciento ochenta grados, mientras se alejaba con un desconocido a un pueblo perdido de la Costa Brava a más de mil doscientos kilómetros de allí. Ellos manejaban la

hipótesis de que aquel hombre la había dejado embarazada. No era el caso, pero podría haberlo sido. Entonces creyeron que Flavia deliraba y que no tardaría en revocar su decisión. Se equivocaban.

Al cabo de un mes, Albert y Flavia se casaron en un pueblo de Girona y luego crearon su primer restaurante juntos con un dinero que el padre de Albert le había dado. La experiencia fue un desastre y el restaurante comportó una hemorragia de dinero. A los tres meses, cerraron. Estaban arruinados y apenas tenían ninguna posesión material, ningún patrimonio. Como contaba con todo el tiempo libre del mundo, Flavia empezó a irse a la playa a pintar puestas de sol que luego vendía a los turistas; él volvió a recuperar su puesto de trabajo como cocinero en el hotel de Aiguablava. Aquellos fueron tiempos altamente tormentosos en los que Flavia creyó que Albert había sido el error de su vida y viceversa. No obstante, nunca le contaron nada de esto a Gael, a quien concibieron en pleno naufragio del matrimonio con la misma pasión y la misma aparente falta de juicio con que habían decidido irse a vivir juntos.

Tuvo que pasar algún tiempo, cuando Gael tenía ya uno o dos años, para que Flavia y Albert volvieran a embarcarse en la aventura de montar un restaurante y, esta vez sí, todo fue sobre ruedas, al menos hasta que su vida volvió a torcerse con la desaparición de Vera y Gael.

Mika me habla por teléfono de estas peripecias que sus padres nunca llegaron a conocer, y a mí me despierta una envidia extraña el hecho de que su catástrofe familiar le haya permitido acceder a los archivos subterráneos de su genealogía. Siendo la historia de Flavia y Albert una historia romántica pero también una historia jaspeada por toda clase de miedos psicológicos, ¿por qué razón Gael solo había conocido la versión dulcificada de la misma? ¿Alguna vez la embarcación de mis padres atravesó las borrascas a las que los abuelos de Mika sobrevivieron? ¿Por qué las familias felices aplican tanto tesón en disfrazar y enmascarar sus episodios más dolorosos, a riesgo de que sus hijos los repitan, y tampoco aprendan de los sobresaltos que vertebran el simple hecho de existir?

Después de que Mika se marchase con sus abuelos pensé que un encuentro con Beñat podía ser de interés. Vivimos en la misma ciudad y hacía bastante tiempo de la última vez que nos vimos, calculo que un año y medio o así; sin embargo, es sabido que uno teje lazos de acero con quienes comparte sus aventuras de desenfreno juvenil. Como Vera, Beñat era miembro de mi pandilla hace aproximadamente una década. Le conté que venía dándole vueltas al caso, sobre todo a raíz de mi amistad con Mika, y le invité a cenar a casa. Como buen soltero ocioso, aceptó. Deduje que conservaría algunos cuantos datos, impresiones y observaciones interesantes sobre Vera, pero también tenía claro que no hablaría sin más; mucho menos sobre los rumores de su relación con Vera.

Para ganarme su confianza, ideo algunas confesiones falsas: «Beñat —le digo—, voy a hacerte una pregunta complicada y quiero que me seas cien por cien sincero. —Él asiente interesado, acabamos de empezar la segunda botella de vino y los dos nos sentimos cómodos—. ¿Alguna vez te gustó Vera?» Beñat se me queda mirando como si le hablase en otro idioma; yo me apresuro a precisar mis palabras: «A mí sí —le digo solemne—. Era la tía más interesante de nuestra pandilla, reconozco que a veces estaba un poco celoso de Gael, pero hay que admitirlo: objetivamente, era la mujer más valiosa del grupo.» Beñat se me queda mirando con una mueca sonriente, como escandalizado por hablar así de una amiga muerta, pero a la vez visiblemente fascinado por el melón que acabamos de abrir. Lo que sigue son algunos extractos de mi conversación con él.

«Hubo un tiempo en que pensaba en Vera más de la cuenta, sí. Todo

empezó en un momento en que ella se sentía extenuada en Solidaridad Animal. Recibía muchas presiones de algunos de sus compañeros que no la tragaban y estaba agotada. Me consta que le ofrecieron irse a algún partido animalista, o que estaba en negociaciones, y que ella estuvo pensando seriamente en abandonar la organización. En ese momento me di cuenta de que me había olvidado de ella, de que el valor que aportaba a Solidaridad Animal era impagable y de que su fuga constituiría una pérdida de liderazgo terrible por mi parte: ¿qué mensaje estaríamos dando si una de las personas más valiosas de la organización se marchaba? Sin duda no era buena señal. En ese tiempo, uno de mis lemas personales era: "Aquí no se va nadie; aquí lo echamos". Residuos de una juventud leninista.

»Pero ¿qué podía hacer para mantener a una de las personas más competentes de mi equipo de trabajo? De pronto tuve una iluminación, lo vi claro: tenía que seducirla, agasajarla, adularla. Las organizaciones son como sectas: mientras la gente se sienta querida, te seguirán hasta el fin de los días. A la mayoría de la gente no les importa mucho el dinero (menos aún si trabajan en una ONG…), tampoco les importa las horas que tengan que dedicar a su tarea; lo único que les excita es mantener a Flote su autoestima, ese pececito que aletea por sus inseguras cabezas llamado E-G-O. Así pues, lo único que tenía que hacer para mantener en el barco a Vera era insuflarle ánimos, conseguir que se sintiera poderosa pero a la vez cómoda con nosotros. Y eso fue lo que hice.

»Me dije: "Tienes que solucionar este problema con urgencia; si se larga, perderás tu liderazgo", así que un día nos encontramos para comer y, de la noche a la mañana, cambié mi trato personal con ella.

»Con ella solía ser frío, desapasionado, duro… Era el jefe y en general tenía que mantener distancias. Pero entonces cambié mis procedimientos.

»Empecé a mirarle directamente a los ojos, un poco como si…

»… como si…

»Dios, no sé por qué te estoy contando esto. Me da una vergüenza enorme, en serio, nunca he hablado de esto con nadie, ojalá no me

hubiese metido en este fango [Beñat, sonriente, cuya lengua derrapa ya, pobre, habla con ese tono de: "Dios mío, sé que voy a decir una tontería tremenda, pero me muero de ganas por contártelo porque estoy borracho y me lo estoy pasando bien, así que ahí vamos"].

»Como si le fuera a echar un polvo. Correcto. La miraba a los ojos con un deseo incalculable.

»Modulaba la voz. Me encogía frente a ella adrede para que así Vera pudiera sentirse más grande y más segura que yo, como si yo fuera su presa. Paralelamente, era yo quien dictaba la conversación. El lenguaje corporal era importante y yo empecé a sentir que había química, que afloraban las buenas vibraciones. La única cosa que quería hacer era reunirme todo el rato con ella. Cualquier chorrada inane era suficiente, daba igual lo que pasase, el caso era hablar con Vera. *Siempre*. A ella se le empezó a ver mucho más contenta e implicada en la oficina y yo estaba siendo un buen líder. Eso me gustaba.

»No te creas que para mí fue fácil, ¿eh? Piensa que todo esto empezó porque yo tenía que conseguir que Vera se quedara en la organización, no porque hubiera una atracción real. Era mi trabajo, sí, aunque también te admito que fui absurdamente maquiavélico cuando hice esta jugada. Eso sí, solo me di cuenta del disparate que estaba cometiendo cuando ya había pasado todo. Al principio fue solo un juego.

»El caso es que de pronto empecé a sentirme profundamente enamorado de Vera, la ficción se convirtió en realidad. Soñaba con ella, pensaba en ella, me inventaba conversaciones imaginarias con ella, sonreía tontamente al verla. La deseaba.

»Me encantaba hacerme el jefe simpático con Vera, fingir que me interesaba su vida familiar. Continuamente le preguntaba qué tal le iba a Mika y a su marido. Creo que todo era teatro, en verdad. No sé hasta qué punto me interesaba ella como persona o como trabajadora. Lo que yo quería era que me revelase momentos de debilidad; ansiaba encontrar esas grietas e introducirme por ellas. Me encantaba que me dijera: "Dios, llevo una semana horrible". Entonces yo me abalanzaba como un buitre sobre su desdicha y le decía: "¡Salgamos a tomar un café y me cuentas!", y ella asentía y nos íbamos por ahí a hablar de sus

cosas, y yo me esforzaba en consolarla. Sé que estoy sonando como un idiota pretencioso, pero me sentía el mejor puto jefe del mundo, ¿sabes?

»Un tío de izquierdas, enrollado, feminista, conciliador, amable, liberal.

»Un buen líder.

»Cuando tienes a un montón de gente a tu cargo debes aprender a lidiar con sus miedos y sus esperanzas. Yo me sentía como el sereno de todos ellos: estaba en posesión de las llaves de todos y cada uno de sus corazones. Algunos eran gente abierta; otros, como Vera, no tanto. Vera tenía una cerradura difícil, era fría y calculadora, así que cuando desbloqueaba el candado, cosa que no sucedía siempre, me sentía bien. Tampoco te pienses que Vera era un libro abierto; al revés, era críptica y costaba descifrar sus mensajes, pero si picabas la suficiente cantidad de piedra lo podías conseguir. Yo lo recuerdo como una situación bastante rara. Cuando hablaba con ella notaba que lo hacía con una seguridad increíble, pero internamente estaba temblando.

»Era como si me fuese a cagar encima. Como si en cualquier momento fuese a vomitarle a chorro.

»Recuerdo que conversar con ella se me hacía muy difícil. Lo sentía como si ella me hablase en otro idioma. Estaba demasiado fascinado estudiando sus gestos, las imperfecciones, impurezas y brillos de su piel como para prestarle la más mínima atención a sus palabras. Creo que en esa etapa hubiese sido capaz de quedarme horas y horas mirándola fijamente.

»Se me planteó un dilema moral complicado: ¿Hay algo malo en que desee acostarme con Vera solo porque sea su jefe? ¿Acaso no se masturbarán mis empleadas pensando en mí?

»Pues claro que sí, joder, ¡evidentemente que mis empleadas se masturban teniendo fantasías eróticas conmigo! Es normal que te guste tu jefe como es normal sentir atracción por quien te atiende en un bar o la persona que te vende la verdura ecológica, el amor es irracional, lo que ocurre es que se trata de un tabú feminista: ninguna mujer libre e independiente admitiría públicamente sentirse excitada por la voz, los

gestos y el talante de su jefe, y yo lo entiendo. Pero volviendo al dilema: yo soy un tío de izquierdas, feminista, animalista, favorable a los cuidados, liberal… Respeto a los trabajadores y a las trabajadoras y sería incapaz de abusar de ellas ni que ellas sintiesen que yo me excedo en mi posición; a la vez, cuando hablaba con Vera de cualquier tontería notaba que la polla se me ponía tiesa-tiesa, como un trozo de mármol.

»¿No te ha pasado nunca?

»Vera proporcionaba un gran color al equipo y yo me sentía un poco travieso pensando en que las trabajadoras guapas alegran el espacio de trabajo mucho más que las feas, y que en consecuencia uno prefiere siempre contratar a mujeres guapas, y promocionar a las guapas por encima de las feas; es ley de vida. Tú eres jefe de departamento en el instituto. Sabes a lo que me refiero, ¿no?

»El caso es que yo a Vera le preguntaba mucho por Gael, con quien, por cierto, me llevaba muy bien, aunque puedo imaginarme que estuviera un poco celoso de mí: Vera y él vivían en dos mundos completamente diferentes, él era un tío increíblemente apuesto y yo alguien que, intelectualmente, engranaba a la perfección con Vera. Y tú te preguntarás: ¿por qué narices me interesaba por Gael? Bueno, hay algo erótico al hablar de la pareja de la persona que te gusta, ¿no crees? Es como: "Tú y yo estamos hablando de tu marido, pero telepáticamente estamos pensando en lo mucho que nos encantaría tener sexo a escondidas, ¿verdad que sí?". Al mismo tiempo, Gael es mucho más atractivo que yo, de manera que hablar de él implicaba otro subtexto: "¿Tú crees que si yo considerase que Gael es más valioso que yo me pondría a hablar de él?, ¿no te parece que si te pregunto por él es porque no lo considero un rival?". Ahora que lo pienso, eran razonamientos de mierda, dignos de alguien que está chalado, pero era la clase de cosas que se me pasaban por la cabeza entonces. Hay momentos en la vida en los que pierdes el control de tu cuerpo y de tus ideas. Ese fue uno de ellos.

»En el fondo, Vera y Gael solo jugaban al papel de la pareja perfecta. A él le tenía calado. Era la clase de hombre que se siente aún más hombre presumiendo de su autocontrol y de lo leal que es a su mujer y

de lo poco que le interesan otras mujeres, aunque en el fondo tenga fantasías con un montón de tías, como todos. Solo era teatro.

»Admitiré que me excitaba el candor de la situación. Que Vera desvelase algunas de sus incertidumbres y deseos ante mí sin sospechar que en mi fuero interno yo la deseaba, aunque solo fuera un poco, era bello. Era un amor que nunca se consumaría, un amor secreto y enfermo, pero a la vez era un amor sencillo y feliz.

»Lo que sí es verdad es que yo me esforzaba todo lo que podía en que no se me notara. Si la gente de la ONG sospechaba que su presidente perdía el culo por una de sus empleadas, mi liderazgo caería en picado, y yo lo que quería era ser un buen líder, un emprendedor social de primera. Visto en perspectiva ahora, creo que lo hice bien: nadie se imaginó nada nunca. Lo hice francamente bien. Los engañé a todos.

»También pasaba otra cosa y es que yo me estaba separando de la chica con la que había compartido mi vida ocho años, así que no podía dejarme ver como un tío que se deja la piel en el trabajo pero cuya vida personal es una auténtica pifia; eso también me restaría puntos. Fueron años un poco tristes, la verdad.

»Ocurre que la gente se enamora de sus compañeros de oficina cuando tiene el ánimo por los suelos. Hay que estar muy jodido de la cabeza y del corazón para comer en el mismo sitio en el que cagas, ya me entiendes. Cuando te enamoras de alguien con quien trabajas, estás cerrando tu mundo; es una forma demoledora de conformismo, es como decir: “Bueno, esto es todo a lo que puedo aspirar en la vida, así que ahora me taparé los ojos, fingiré que no existe más mundo ahí fuera y que mi ambición ha tocado su techo, y entonces viviré por siempre en paz”. Enamorarse de tu compañero de trabajo es mediocre: significa dejarse querer por alguien con quien compartes pareceres pero también con alguien que admira tu trabajo… porque es lo único que conoce. Es una forma socialmente aceptada de incesto.

»La única cosa estable que he tenido en mi vida ha sido Solidaridad Animal. Yo la creé y ella morirá conmigo. Todo lo demás ha sido un desastre: los amigos iban y venían, pasé varios años en una relación que nunca terminó de despegar, que me hacía autoengañarme

constantemente… Incluso mi gente más cercana en la ONG se marchaba a otros sitios. Creo que de ahí vino la fantasía de Vera. Estaba solo…

»Pero volviendo a Vera, hay dos tipos de compañeros de trabajo. Están los que te sonríen siempre pero luego te traicionan a la espalda, y está la gente leal y sincera, que, por lo común, es la más conflictiva. Vera era de las segundas. Sabías perfectamente por sus gestos o su expresión si estaba conforme con las medidas de la organización o no. Era beligerante y polémica y no se mordía la lengua jamás. Creo que Vera era la persona que más afeaba mis ideas en público, le echaba unos cojonazos enormes. Me puso en más de un compromiso alguna vez; cuestionaba mi liderazgo con firmeza y eso a veces me daba ganas de pedir su dimisión. Su osadía irritaba.

»Ser el jefe de Vera era algo satisfactorio. Nunca he conocido a fondo otras organizaciones, pero puedo decirte que compartir proyectos con gente como Vera era agradecido: cuando te hablaba de sus frustraciones, de sus miedos, o de sus inquietudes… lo hacía con una extenuación que indicaba una entrega total y absoluta a Solidaridad Animal. Vera portaba unos índices de bondad que yo no he visto en ninguna otra parte. Si las cosas le salían mal, entraba en bucles autodestructivos que tenían que ver con su sentido de la culpa y la responsabilidad. Así que sí, si tuviera que definir a Vera como compañera de trabajo, te diría que era responsable, entregada, generosa y bondadosa con una ejemplaridad radical.

»¿Problema de esto? Solidaridad Animal es una multinacional de la bondad y eso significa que hay que poseer la buena voluntad de los movimientos ciudadanos y la ambición despiadada de una multinacional. Si uno de estos dos rasgos falla, la institución se derrumba. Muchas veces mi trabajo consistía en sacar al pitbull que los socios llevan dentro. Tenía que convertir su apocado altruismo en la agresiva vanidad de una estrella de hip hop, y te aseguro que ver a Vera trabajando en su máximo esplendor era un espectáculo de la naturaleza. Era por cosas como estas por las que odiaban a Solidaridad Animal y odiaban a Vera.

»Pensémoslo un instante. Ella era una mujer joven, guapa, enérgica y que constantemente introducía en su discurso conceptos derivados de la ética: “solidaridad”, “moral”, “ayuda”, “fraternidad”, “honestidad”, “rectitud”, “deontología”, “honradez”… Se le llenaba la boca con estas palabras. Sin embargo, la mayor parte de la gente tiene que conformarse con sobrevivir, y sobrevivir es una acción que consiste en actuar con malas artes y en contra de los principios de uno mismo. En la supervivencia no cabe la más mínima ética. Los seres humanos albergamos elevadas dosis de odio contra la luz porque nuestro mundo es húmedo y sombrío, oscuro y hostil. A menudo nos comportamos como troglobios, murciélagos que aleteamos en el interior de cuevas desapacibles. Por eso cuando nos exponemos al sol nos quedamos ciegos, apartamos la vista. Puedo entender entonces que Vera fuese el destello blanco ante el cual mucha gente solo puede sentir desprecio y escepticismo. Entiendo que cayese mal. Es más fácil empatizar con seres despreciables que con una santidad.

»Supongo que ahora te estarás preguntando: ¿Pasó algo entre Vera y yo? No, hombre, no. Las únicas cosas que pasaron fueron en mi cabeza. Y menos mal. Eso hubiera acabado con todo.»

Filia inconfesable: consumir imágenes de expatriados, migrantes que atraviesan fronteras, refugiados, polizontes clandestinos, huidos por conflictos bélicos… y experimentar una envidia ruborizante; por un momento querer estar ahí, en medio de una alambrada electrificada o de una balsa que se balancea temerariamente en el mar. No poseer nada. Ser extremadamente libre, con todas sus consecuencias. No existir para nadie. *Desaparecer*.

…

Hay una explicación para esto.

…

Ocurre que muy pocas veces la vida te ofrece la oportunidad de construir tu existencia completamente de cero, sin herencias ni expectativas sociales, de manera que desde el hastío he llegado a admirar la circunstancia de una gente que se ha deshecho de todas sus posesiones y que, sin embargo, ya en la edad adulta, pueden construirse una segunda identidad. ¿A quién conocéis que haya sido bendecido con ese don? Yo, a nadie. Para la mayoría de afortunados que vivimos en el primer mundo, esto nunca es así. Vivir consiste en cumplir los sueños que una vez te propusiste a una edad temprana… y confirmar que aquellas fantasías han producido más desasosiego que felicidad. Aceptar el error.

Y así, cuanto más estable se vuelven tus días, conforme el libro de tu vida se escribe según lo habías imaginado, más libertad pierdes.

El margen de maniobra mengua.

¿Nunca os habéis encontrado suspirando por las vidas de quienes ocupan los empleos más inseguros? Yo sí.

A todas horas.

Soy consciente de que nada de lo que estoy diciendo se asienta sobre

ninguna base lógica, pero es así como el deseo actúa: va en una dirección contraria al sentido común.

En Barcelona mi existencia sigue su curso sin altibajos, soporto una vida ejemplar que odio con todas mis fuerzas, y en cambio a Mika, mi compañera de tragedias, las cosas le empiezan a ir bien. En Palafrugell todo el mundo conoce a Albert y Flavia. Su hijo también era considerado una especie de héroe, un orgullo local que había conseguido que el waterpolo se convirtiera en un espectáculo capaz de convocar masas, un personaje carismático al que habían visto crecer y sacrificarse por el deporte; en definitiva, un muchacho ejemplar. Cuando Gael jugaba, los televisores de los bares sintonizaban el partido y recibía tratamiento de estrella. Por esta razón, la hipótesis de que la muerte de la familia apunta a una oscura doble vida de Gael no tiene cabida aquí. Pocas personas lo creen. Alrededor de Albert y Flavia, los vecinos están convencidos de que alguien tendió una trampa a la familia. ¿El porqué? Nadie lo sabe. Lo que sí es cierto es que el apoyo a Mika y a su familia es integral.

Mika comienza el tercer trimestre en un instituto donde es recibida en calidad de superviviente de guerra. O casi. Los alumnos han oído hablar en incontables ocasiones de Gael y todos están solidarizados con la causa de su hija. Por todas estas cosas, yo hace días que me pregunto hasta qué punto podrá prolongarse nuestra relación. Me siento solo y estúpido, incluso traicionado. ¿¡Cómo puede ser —me descubro preguntándome vilmente— que a Mika le esté yendo mejor que a mí!? Me siento como una especie de oso polar varado en un iceberg a la deriva. La muerte de Vera y Gael es un tabú en Barcelona que ha desaparecido de las conversaciones. Todo el mundo cree que Gael mató a Vera y la gente ya ha pasado página.

Son las cuatro de la tarde y llego a casa aliviado tras haber dejado atrás otra jornada mediocre. Hace días que busco desesperadamente nuevas amistades fuera de Barcelona y del modo de vida que esta ciudad impone a sus residentes. En el teléfono activo una aplicación de streamings en la que la gente cuenta su vida por todo el mundo. Allí veo una pareja de lesbianas de San Francisco que ya no saben ni

vocalizar de lo borrachas que van. Skip. Veo a una pandilla de adolescentes de Ankara disfrazados de terroristas islámicos. Skip. Veo a un hombre que se pajea delante de la cámara en las profundidades de Rusia. Skip. Veo a dos chicas italianas que parecen menores de edad. Skip. Veo a un travesti de Colombia. Skip. Veo a una chica japonesa con un antifaz y el pelo tintado de verde, Flaca pero enérgica, con un carisma hipnótico, de rasgos extraordinariamente expresivos, un rostro que proyecta toda la cromática emocional del alma humana a la vez, y que ahora está fumando en una pipa de cristal, quizá marihuana. Stop.

Durante unos segundos, la chica del antifaz y yo nos quedamos mirándonos en silencio, con complicidad, ella porque va colocada y yo porque siento una cierta admiración. Allí ya es más de medianoche. La chica está en una habitación diminuta de cuyas paredes cuelgan lucecitas de Navidad. Las luces cambian de color. Estimo que mi interlocutora debe de tener veintiún o veintidós años. La chica está sentada sobre su futón y detrás de ella se ve una ventana que da a un letrero luminoso donde leo OVE (entiendo que lo que pone es «Love»). Al expulsar el humo de la pipa, boquea como un pececillo atrapado en una red. En su equipo suena una música electrónica nerviosa, oscura y sincopada. El volumen es bajo, como si se cuidara de no despertar a algún compañero de piso. A mí me hace pensar en Mika dentro de unos cuantos años.

—¿Quién eres? —pregunto al fin.

—Soy la princesa Mitsuki —dice ella.

—¿Por qué llevas un antifaz?

—Desnúdate —ordena.

—¿Cómo?

—Si quieres hablar con la princesa Mitsuki —dice, un poco como si recitara de memoria un guión dramático—, tienes que desnudarte. Solo los hombres puros podrán hablar con la princesa Mitsuki. Deberías saber, además, que encontrar azarosamente a la princesa Mitsuki en internet es algo realmente afortunado.

A continuación aspira la pipa y expulsa humo blanco y por un momento su imagen se emborrona tras la niebla. Sin duda es una

escena ampliamente estudiada y ensayada. Imagino que lo normal en estos casos es volver a pinchar skip, pero en fin, ¿qué más da? La gracia de esta aplicación de streaming consiste en que sus usuarios actúen como en un carnaval, y a mí me resulta atractivo obedecer las órdenes de una chica mucho más joven que yo. Igualmente, ahora Floto en un limbo de internet, una zona segura para gente desesperada como yo, me siento como un avión que hubiera desaparecido de todos los radares y que ahora está entrando en una especie de interzona, fuera del control humano. Además, si estoy aquí es porque huyo de mi realidad gris, y para eso la princesa Mitsuki parece una opción interesante, de manera que al final me quito la camiseta, convencido.

—¿Así?

—Más. Entero. Quiero que te desnudes entero. Quiero saber que eres un hombre puro. Puro de verdad.

Obedezco.

—¿Bien?

—Correcto.

—¿Qué más puedes contarme sobre ti, Mitsuki?

—Vivo en Shinjuku, en el año 2138. Mi trabajo es que cientos de hombres malos devoren sus propios genitales como si fueran croquetas de mijo, cada día. Todas las noches vuelo por las frías calles de Tokio en busca de criminales. Aplico disciplina y justicia donde las fuerzas del orden no ven.

—Interesante.

—Y tú, ¿qué haces? Tienes cara de ser un comemierdas.

La princesa Mitsuki habla con un tono despreciativo y luego hace como que escupe al suelo y se ríe y aspira su pipa de cristal. La música cambia. Suena pop americano de radiofórmula. Mitsuki, al parecer, tiene un juego que consiste en interpretar una ficción dentro de un mundo construido por ella, donde pueda someter a sus interlocutores a gusto.

—Me llamo Xavier —digo— y soy investigador privado; a diferencia de ti, yo vivo en algún punto de tu pasado. Comprendo bien tu exposición. Yo cada día debo lidiar con toda clase de indecibles

muestras de crueldad humana. Odio este mundo y, aún así, siento que gente como nosotros tiene que ayudar a limpiarlo de toda la negrura que lo anega. Deberías saber en lo que estoy metido.

—¿Qué investigas?

—Hace tres meses, unos amigos viajaron a Japón con su hija; una noche fueron encontrados en la sauna del hotel. Dicen que el hombre mató a la mujer pero eso es algo que aún no se ha demostrado del todo. Yo tengo la convicción de que no fue así. ¿Conoces el caso, Mitsuki?

Ella tuerce la cabeza cuarenta y cinco grados. Se la ve cabreada. Su furia aumenta por décimas de segundo.

—¿De verdad…?

Mitsuki se está poniendo roja. Se hace un silencio.

—¿De verdad qué?

—¿Cómo puedes ser tan desgraciado? Tú no estás investigando eso, imbécil. Todo el mundo ha oído hablar de esa muerte… ¿Cómo te aprovechas de algo así para hacerte el interesante, pedazo de mierda infecta?

—¿No me crees? Espera un momento.

Echo mano al archivo fotográfico del teléfono y recupero algunas imágenes mías junto a Vera y Gael, que hago llegar a Mitsuki a través del chat de la aplicación. Se supone que debería sentirme sucio por sacar beneficio de mi relación con un matrimonio cruelmente asesinado. No obstante, la interzona en la que vive la princesa disipa cualquier asomo de remordimiento. Cuando le envío las fotografías, la princesa Mitsuki entorna los ojos y se acerca a la pantalla; observa desde distintos ángulos, con detenimiento. finalmente, se da por satisfecha. Yo estaba en lo cierto.

—Vaya —dice lacónicamente.

—Lamento que hayas dudado de mí.

Mitsuki afirma que es su hora de marcharse y que la ciudad le espera, a lo que yo respondo proponiéndole algún encuentro futuro: su estética futurista, el carácter visiblemente enfadado y justiciero, esa energía torrencial incluso puesta de marihuana y desde luego también su belleza resultan rasgos cautivadores. Mitsuki asiente. A continuación

me envía un enlace a una lista de deseos en un portal de compras asiático, al tiempo que me facilita una dirección para hacerle videollamadas.

—La justicia de Tokio —dice— depende de las aportaciones de la comunidad. Cada vez que quieras hablar conmigo, bastará con que rindas tributo a la princesa. Yo estaré encantada de que seamos amigos.

La conexión se corta entonces y, de pronto, me encuentro desnudo en la estepa de internet. Hora de volver a la realidad.

Rompí con mi expareja unas seis o siete semanas antes de que Vera y Gael muriesen, momento que aceleró brutalmente el consecuente duelo y olvido de Luz. Yo recuerdo aquella ruptura como un instante pretendidamente decadente, una escena en la que experimenté dolor pero ante la cual llevaba preparándome casi desde que ella y yo empezamos a salir, diecisiete meses atrás.

—Xavier —dijo ella, en mitad de una cena de viernes en un restaurante del Eixample—. ¿Tú crees que estamos bien? Te lo pregunto en serio esta vez.

Se refería a que en los últimos dos meses habíamos tenido unas tres o cuatro broncas gordas por semana; era evidente que la convivencia se había vuelto insostenible. No duraríamos mucho así y tampoco había una gran voluntad de reparar aquello.

—¿A qué te refieres? —respondí yo haciéndome el tonto, mientras masticaba alguna pieza de pescado crudo y la miraba con un rostro serio y duro que quería decir algo así como Te-Echaría-Agua-Hirviendo-En-La-Cara-Si-No-Fuese-Delito.

En aquel tiempo sentía un gran desprecio hacia ella, pero era algo que no podía contar a nadie. Luz tenía esa belleza fría y eléctrica que comparten todas las chicas con inquietudes creativas que merodean por Gràcia; su pelo era largo y liso, del color del puré de zanahoria, y su piel lechosa. Ninguna impureza contaminaba su rostro. Mis padres la respetaban mucho y sus padres también sentían un gran afecto hacia mí. Nuestro único gran pasatiempo era consumir cosas juntos. Técnicamente, hacíamos una buena pareja.

—¿No te aburre toda esta rutina? —preguntó—. Los restaurantes nuevos cada fin de semana, las escapadas a la nieve, los vermuts del domingo, las series de televisión por las noches, el silencio

permanente… Siempre estamos haciendo las mismas cosas y, la verdad, yo cada vez siento menos conexión entre nosotros.

Cuando me dijo esto, creí estar leyendo otra cosa entre líneas: ¿se habría enamorado de otra persona?, ¿me estaría poniendo los cuernos?

Tenía pinta.

En realidad, ese fue un momento que llevábamos posponiendo demasiado. Nuestros trabajos no guardaban mucha relación. Ella se ocupaba en un laboratorio farmacéutico y tenía ambiciones, y a mí las clases en la escuela privada me daban lo mismo. Yo pasaba bastante tiempo en casa y ella no, y cuando venía y me hablaba de sus rutinas no le hacía demasiado caso. Asentía y asentía pero en realidad estaba pensando: Cállate. Me molestas. Tu voz hace que me duela la cabeza.

El caso es que empezamos a salir porque había atracción química y porque socialmente ocupábamos posiciones similares, sin más. Teníamos el sello de aprobación de nuestros respectivos círculos y éramos una pareja estándar de la clase liberal barcelonesa, es decir, dos petimetres presuntuosos, repelentes y estirados, con un complejo de superioridad digno de pabellón psiquiátrico y sexualmente aburridísimos.

A pesar de todo, sus palabras produjeron un cortocircuito en mi cabeza. El corazón me latía tan rápido que empezó a dolerme.

Entonces me eché a llorar.

—¿Xavier?, ¿qué ocurre? —dijo cogiéndome la mano con un tacto gélido.

—Vamos a romper, ¿no?

Me enjugué los párpados con el antebrazo.

—Yo no he dicho que vayamos a romper *ahora* —contestó, evidentemente amortiguando una decisión que, como yo, ya había tomado. Lo más seguro es que esperaría a que mi sentimiento se enfriara un poco para asestarme el golpe definitivo y marcharse para siempre.

En ese momento me reí entre lágrimas.

Ella se me quedó mirando con cara de no entender y yo era incapaz de mirarla a los ojos. Me concentré en las valvas vacías de las ostras y

pensé: «Bueno, tienes treinta y un años, estás bebiendo vino en un restaurante pijo de Barcelona mientras tragas un montón de marisco y cortas tu relación con alguien a quien llevas meses follándote con toda la rabia del mundo, como si se hubiera convertido una escupidera para todo el odio que albergas hacia ella. Ese debe ser el objetivo en la vida de mucha gente, ¿no?».

—¿Xavier? —dijo—. ¿Estás ahí?

—Sí, perdona. Estaba pensando en que…

Trague saliva, sonriente.

—¿En que…?

—En que creo que el polvo de despedida será bonito. Habrá polvo de despedida, ¿no?

Y ahí sí, la miré a los ojos. Aquel comentario malísimo, que sacaba lo peor de mí y que solo pronuncié porque había perdido ya el control de mi lengua, hizo que se me escapara la risa, si bien a ella aquello no le hizo mucha gracia. Estaba siendo patético.

—Eres un gilipollas aniñado —dijo—. Nunca sabes qué quieres hacer con tu vida, vas dando bandazos y bandazos. Y así te va.

—Estoy de acuerdo y además es todo un detalle que ahora recuerdes que soy un fracasado.

Honestamente, aquello era algo que yo pensaba a menudo para mis adentros, convencido de que nadie más en el mundo se habría dado cuenta. Así pues, escuchar esa impresión en boca de otra persona se me hacía un poco raro. Era una ofensa y a la vez una liberación. Pero en fin, llevaba meses viviendo bajo el mismo techo con Luz. Era normal que me hubiese calado.

Compartimos el resto de la cena en silencio, confirmando lo que ya hacía semanas que veníamos sugiriendo: nuestra relación se había marchitado, era un cadáver del cual asomaban gusanos. Y qué alivio, al fin, reconocerlo.

Estaba claro que los pensamientos que Luz y yo teníamos el uno del otro no eran reales, o al menos no del todo. Simplemente, habíamos echado a perder una amistad de tal forma que nuestra convivencia sacaba lo peor de nosotros. Estábamos cegados por la ira y la

frustración; nos habíamos convertido en un drama de Strindberg con restaurantes de moda y ropa de marca.

Esa noche volví a casa solo, en taxi. Me dolía la cabeza del vino y las lágrimas y tenía la convicción de que no llegaría a mi apartamento sin perder algo de valor: las llaves, la cartera, el teléfono, ¡qué más daba! Mi vida era una mierda, en cualquier caso, y yo estaba que no me tenía en pie. En el coche me puse a mirar fotos de Luz, mientras pensaba en que estaba perdiéndome uno de los pocos espectáculos bellos que la ciudad nos regala: una carrera en taxi por Barcelona bajo la luz de las farolas naranjas. Había visto tantas así en las últimas semanas que ya era como ver llegar el metro, una imagen alienante.

¿Sabéis ese momento de la vida en que te das cuenta de que llevas años corriendo en dirección equivocada?

Pues a mí me llegó en ese taxi.

Llevaba razón Luz cuando habló del aburrimiento que le despertaban nuestras rutinas alrededor de la tarjeta de crédito. Si me hubiesen dicho esto dos o tres años atrás, no me lo habría creído. Se suponía que todos mis esfuerzos laborales habían ido destinados a eso: viajes, cenas, ropa, discos, motos, coches, vinos, pelis… Y sin embargo, todo eso me hacía sentir vacío y tristón, como cuando en el pasado las drogas y las fiestas de varios días empezaron a sentarme mal.

En aquel coche que me conducía hacia una nueva etapa vital me sentí encerrado en un laberinto: si todas aquellas cosas que compraba habían dejado de satisfacerme, si salir con chicas guapas me despertaba una gran pereza y sopor, si mantener aquel tren de vida me hacía sentirme deprimido y cansado, entonces ¿qué demonios estaba haciendo con mi vida?

Sufrí una angustia terrible. Pertenecía a una generación que había batallado contra toda clase de penurias económicas y sin embargo era afortunado: tenía un buen trabajo y en general lo tenía todo, pero me sentía desgraciado y ansioso. ¿Cómo le diría a mi familia o a mis amigos que en realidad anhelaba otra existencia?, ¿qué lógica justificaría mi decisión? No la había, todo eso sonaba a razonamientos de niño consentido, aunque yo sabía que en el fondo no era así.

Por todo eso, semejante incapacidad de maniobra me había convertido en un ser pasivo. Vivía encerrado en una construcción rica y lujuriosa cuya destrucción esperaba a cada instante.

Aquella noche cayó una de sus paredes, Luz; ahora solo faltaba que cayese otra, el colegio de mi padre. Entonces sería libre y jubiloso.

Al salir del taxi, vomité.

Tras hablar con Mitsuki me quedé pensando en cómo sería vivir al otro lado del mundo. ¿Cuánto tiempo más crees que puedes resistir farfullando sobre lo inhóspita que es tu vida en Barcelona —me dije—, y no hacer nada al respecto? Entonces me puse a leer sobre mis posibilidades de vida al otro lado del mundo y empecé a escribir a todas las universidades y centros japoneses que imparten cursos de español, ofreciendo mis servicios como profesor nativo. A continuación curioseé un buen rato sobre la vida de Mitsuki. Con lo que tampoco contaba yo, sin embargo, es que fuese una celebridad.

O al menos, una celebridad a medias.

Ocurre que la búsqueda de su nombre en Google devuelve varias decenas de miles de entradas. Ella ha sido entrevistada en algunas revistas de moda británicas y estadounidenses. También ha aparecido en revistas juveniles de Japón. *Nylon*. *Pinky*. *Kera*. Más de cincuenta mil personas están suscritas a sus fotografías; la mayoría son japoneses o coreanos. No obstante, en los últimos meses su fama ha ido en aumento en Occidente. Ella se describe como artista. Su obra son sus autorretratos. Por supuesto, esta concepción del arte le ha ganado legiones enteras de detractores. Sus defensores sostienen que ciertas expresiones del arte de vanguardia que hoy consideramos clásico fueron recibidas con el mismo desdén: «¡Eso también lo hago yo!». O lo que es igual: mucha gente puede intentar ser la princesa Mitsuki, pero la princesa Mitsuki solo es una y única.

La totalidad de fotos que existen de la princesa Mitsuki han sido tomadas en su dormitorio. Ella es un personaje de internet. Su mundo es su ordenador. Aunque la princesa Mitsuki dice que cada noche patrulla Tokio, nunca nadie jamás la ha visto fuera de su cuarto. Algunas de sus fans han organizado búsquedas para averiguar cuál es la

guarida de la princesa. La única pista que existe de su refugio es ese rótulo luminoso y parpadeante que pone OVE y que se divisa desde su habitación. Sin embargo, muchos sostienen que ese letrero es falso, una manipulación, y que nunca ha existido; al menos en Tokio.

La princesa Mitsuki ha rechazado viajes a París y a Los Ángeles porque no quiere ser vista. Sus seguidores también reclaman verla en Harajuku, retratada como tantas otras chicas japonesas junto a las máquinas de café Boss, animando algún club de música, o bien en los pasillos de un 7-Eleven o un Lawson, junto a variedades de snacks japoneses, sake de máquina expendedora, bentos y onigirizus. Pero Mitsuki odia salir de su madriguera. Si solo es para pasárselo bien, y no para liberar al mundo de los hombres malos, la princesa Mitsuki no tiene necesidad de mover un músculo.

La princesa Mitsuki también tiene una belleza extraña. Es como si todo el cuidado de su cuerpo hubiese sido dirigido a eliminar sus curvas. La princesa Mitsuki tiene los pechos de un chico lánguido; o sea, no los tiene. A veces se fotografía con sujetadores deportivos o transparentes que no sujetan nada. La princesa Mitsuki se pone pantalones anchos y lentillas que le hacen parecer un personaje de manga. Sus ingresos dependen de las donaciones que le hacen sus admiradores o de los contratos que firma con distintas marcas de ropa y lencería para exhibir sus prendas. Quienes sienten admiración por ella lo saben: si la princesa Mitsuki hubiese nacido en el Renacimiento, estaría condenada a posar como musa de algún artista. No obstante, ya que la princesa Mitsuki es un símbolo de su tiempo, también es dueña de su cuerpo. Ella es su propia musa. No necesita hombres que la santifiquen.

Lo pienso desde la primera vez que hablamos. Quince minutos de conversación con la princesa Mitsuki me cuesta aproximadamente un día de trabajo. ¿Debería hablar con ella? Actualmente atravieso un momento de mi vida en que mis gastos son mínimos; no gano una barbaridad, pero tampoco sé que hacer con mi dinero. Una vez leí que las chicas que se dedican a tener conversaciones con otros hombres por internet acaban odiándose a sí mismas y sienten desprecio por su

cuerpo: tantas horas de exposición, agasajadas constantemente, les resultan agotadoras; su relación consigo mismas se deteriora. A mí me tranquiliza pensar que la princesa Mitsuki no tiene como fin único buscar mecenas. Ella está dispuesta a hablar con cualquier persona del mundo, sea chico o chica, que quiera escuchar su historia, una historia sobre la beligerancia nocturna contra el crimen sexual en Japón a cargo de una joven entregada a la causa. Es un espectáculo en directo, performativo, no sexual. Tras una valoración rápida, finalmente resuelvo convocar un encuentro.

—Princesa Mitsuki —le digo—, ¿cuándo decidiste que querías combatir a los hombres malos?

Son las dos de madrugada en Tokio. Al otro lado de la pantalla suena música rap a un volumen bajo, casi como música de ascensor. Hoy la princesa Mitsuki no está fumando, pero sí lleva una mascarilla antipolución. Va con un vestido con un estampado inspirado en pinturas de art brut.

—Hace unos años yo solía ir con mis amigas los sábados a Shibuya 109, comprábamos accesorios y de vez en cuando ampliábamos nuestro armario. Allí conocimos a un hombre, un tal señor Hisaishi. El señor Hisaishi iba por allí una vez al mes o así, era un hombre encantador. Decía que tenía un restaurante de izakaya en la estación de Ueno. La cosa es que aquel hombre venerable, que debía de tener unos setenta años, solía preguntarnos a las chicas que íbamos a Shibuya 109 cuál era la mejor ropa para regalar a su nieta. Lo normal hubiese sido que el señor Hisaishi nos causara recelos, pero era tan amable que nadie sospecharía. Nunca nos ofreció dinero, nunca intentó regalarnos nada; simplemente necesitaba ayuda. Las niñas que íbamos a Shibuya 109 le recomendábamos cosas, le enseñábamos revistas y le decíamos qué es lo que nos gustaría que a nosotras nos regalasen. Al cabo de un año, más o menos, encontraron muerto al señor Hisaishi en su casa. Llevaba puesta una bolsa de plástico en la cabeza. El señor Hisaishi murió mientras se follaba una muñeca sexual con forma de niña. El señor Hisaishi tenía varias muñecas a las que vestía como las niñas con las que hablaba en Shibuya 109. Dicen que la muñeca que se estaba

follando cuando se murió era una que había construido a imagen y semejanza de mí. La llamaba Mitsuki.

—Joder.

—Evidentemente, no tenía ningún restaurante de izakaya en la estación de Ueno, era un simple jubilado viudo que llevaba años dilapidando la herencia de sus hijos en perversiones sexuales. Dicen que su mujer murió porque él la tiró por la escalera. La maltrataba. Era un cabrón.

La princesa Mitsuki y yo seguimos hablando sobre la leyenda del Señor Hisaishi, que yo escucho como una ficción más de su imaginario, y también le cuento sobre mis fantasías de mudarme a Japón, lejos de aquí. La cosa Fluye. Con ella me encuentro bien, en paz.

Cuando nos despedimos yo me quedo un rato más mirando fotos de Mitsuki en internet. La admiración que me produce va en aumento. Sus gustos no van nada desencaminados. A juzgar por la lista de deseos con que sus seguidores le agasajan, sabemos que le gusta la música francesa moderna, leer sus suscripciones a distintos semanarios de actualidad cultural, los libros de arte caros y la moda que se hace en el norte de Europa. A primera vista no parecen los intereses de una persona de veinte años. La princesa Mitsuki tampoco despierta ningún tipo de apetito sexual; es una belleza altiva, segura y ciborg. Parece un ser de otro mundo, alguien venido del futuro y sin ninguna pretensión social, una chica joven e interesante que sin embargo no necesita interactuar físicamente con otras personas; es todo lo que en este momento a mí me gustaría ser. Hace que me sienta satisfecho con la inversión.

Al cabo de un rato recibo una llamada de Mika.

—Pensé que te habrías olvidado de que existo —le digo, un poco a quemarropa.

—Imaginaba que estarías bastante solo.

—¿Cómo te van las cosas?

—Mira, ahora tengo un plan. Voy a bucear en el pasado de Vera y Gael y lo voy a rehacer hasta que encuentre cosas. Estoy segura de que hay una pieza que se nos escapa. Lo sé.

—Avísame si necesitas ayuda.

—Veámonos este domingo. ¿Cómo lo tienes?

—Allí estaré.

Al colgar me siento un poco raro. Es como si la anterior llamada a Mitsuki hubiese sido una traición a Mika, una infidelidad difícil de explicar ya que ella es solo una amiga, alguien que, por lo demás, creí que ya no me tenía en cuenta. ¿Demasiadas horas a solas?

Años atrás, Vera le escribe un correo de seis páginas a su hermana Helena con el asunto «Problemas…». Allí le confiesa que lleva algún tiempo dándole vueltas a la idea de que Gael la engaña. La sospechosa es Iris, una reportera y madre soltera diez años mayor que Gael que lleva a su hijo al mismo colegio que Mika. En el colegio, Iris se había hecho amiga de Vera, quien luego insistió a su marido en que tenía que conocerla. Los tres congeniaron y, a partir de ahí, Iris y Gael iniciaron una amistad por su cuenta.

Dice Vera que Gael no es alguien especialmente hábil a la hora de disimular sus intereses y que de pronto empezó a querer asistir a las reuniones del colegio e insistía en llevar y traer a Mika. Esto es algo que desconcierta a Vera, que en los dos años de colegio de Mika siempre había visto a Gael ligeramente nervioso a la hora de cuadrar sus horarios de entrenamiento con las horas que su hija merecía. La idea de que su marido esté usando a Mika para tener un lío le produce náuseas.

«¿De verdad puede ser tan cerdo?», pregunta.

Pero la cosa no es tan fácil y a Vera la situación le despierta sentimientos encontrados.

En ese correo, Vera le confiesa a su hermana que por un lado ve clarísimo que Iris y Gael están teniendo relaciones a escondidas, pero por otro también tiene la certeza de que toda esa historia está pasando solo en su cabeza. Le dice: «No tengo la más mínima prueba, no debería acusarle de nada, soy yo quien debería sentirse culpable, ¿qué debo hacer?…». A continuación detalla que las relaciones sexuales con Gael se han intensificado, y que, en las últimas semanas, Gael se ha mostrado más cariñoso con ella y con Mika. ¿Le da buena espina esto? No.

El motivo es que en los últimos meses la comunicación en la pareja se había ido apagando, hasta el punto de que a Vera le había llegado a molestar la sola presencia física de Gael. En sus propias palabras: «Me ha llegado a repeler que nuestros cuerpos se tocaran en la cama, me pasaba el día pensando en las pocas ganas que tenía de volver a verle, la química se había perdido».

Salta a la vista que Vera y Gael no pasan por el mejor de sus momentos. Por tanto, a Vera todo le lleva a pensar que están atravesando una especie de ruptura feliz y que pronto será abandonada por Iris. Vera escribe esto, dice, «entre lágrimas».

Luego hay otra cosa que le confunde y es que la idea del lío extramarital le hace desear a Gael. Lo ve como alguien con mucho atractivo. Se hace preguntas locas: «¿Habrán follado Iris y él?, ¿se habrán besado?, ¿y si solamente se desean?». A veces Vera se descubre pensando en todo esto y admite que prefiere una de esas tres opciones al hecho de que sea ella la que se está volviendo majara. Otra hipótesis que maneja, y que la propia Vera describe como «la más racional», es esta: en realidad, en toda su vida Gael solo ha tenido relaciones con Vera, así que ahora ha descubierto una persona con la que experimentar con su sexualidad; por tanto, cruza los dedos para que solo sea un pasatiempo y este bache sirva para cimentar mejor la relación y reforzar la autoestima de Gael.

finalmente, Vera acaba diciéndole a Helena:

«Una vez estuve en un congreso y tuve un lío con un chico. La cosa no fue a más y aquello me hizo sentirme mejor con Gael. Nunca le dije nada de esto y no creo que nunca vuelva a repetirlo. Estoy segura de que Gael no perderá la cabeza».

Durante las próximas semanas, y hasta que la pareja se va de vacaciones, la correspondencia entre Vera y Helena sobre la posible infidelidad de Gael se mantiene en los mismos términos: altibajos constantes, dudas e inseguridades. Luego desaparece para siempre y, al parecer, Vera nunca llegó a saber si Gael y Iris tuvieron un lío.

¿Era lo mejor?

Gael tiene veintinueve años y ya hace dos de la primera vez que un periodista lo consideró «el mejor waterpolista de España». Sin embargo, ese año Gael sufre una lesión que le mantiene lejos de los entrenamientos. Gael se escribe con su gente más cercana —entre ellos yo mismo— y les cuenta que lo mejor de su fugaz carrera ya pasó. En uno de esos correos leemos: «Sabía que este día llegaría. Les pasa a todos los deportistas profesionales. Aun así, encajar esta derrota es algo que me supera. ¿Cómo puede ser que ya haya dado lo mejor de mí? ¿Cómo puedo estar acabado? Sé que la gente me admirará por lo que hice, sé que mis compañeros me respetan, pero no puedo evitar sentir una gran vergüenza. Para mis compañeros soy alguien ante el cual sentir piedad, caridad o compasión. Creo que la gente inevitablemente establece un trato conmigo como si yo fuera un minusválido, o alguien con un defecto físico muy evidente… La gente no puede evitar pensar en mis defectos, pero actúa como si no existieran. Es patético».

Cuatro meses después, Gael se recupera de su lesión y vuelve a hacer gala de su singular fiereza en la piscina.

En otro momento Vera pasa sus peores días en la organización animalista donde trabaja. La razón es doble. Por un lado, los miembros de la organización están enfrentados a la hora de pensar la comunicación del proyecto: están los puristas y están los heterodoxos y Vera forma parte del segundo grupo. Luego están los problemas económicos. Vera entró en la organización para apoyar con todas sus fuerzas la causa animalista y desde comienzos de año no hay día que no se haya ido a la cama pensando en los problemas estructurales de su cooperativa. En un correo colectivo, Vera les dice a varios de sus compañeros que se siente desmotivada: «Entré aquí para ayudar a cambiar el mundo y para hacerlo un poco más digno, no para obsesionarme con putas hojas de Excel. Me siento cada vez más frustrada».

Durante casi dos años, la práctica totalidad de la correspondencia personal de Vera gira alrededor de su padre, cuya salud se debilita a pasos agigantados. Al padre de Vera, que se había separado de su madre hacía diez años y que ahora vive solo, le han diagnosticado un cáncer que brota descontrolado por cada centímetro de su cuerpo. Vera tiene una relación complicada con él pero a pesar de todo siente que debe ayudarle. En sus últimos dos meses de vida, Vera tiene un pensamiento recurrente: cortar de una vez por todas con este sufrimiento; aumentar la dosis de morfina que le aplica y procurarle una muerte digna. Nunca se atreverá a hacerlo.

Vera y Gael intercambian una correspondencia intensa. Ella se ha quedado embarazada de su segundo hijo, pero los médicos ofrecen dudas sobre la seguridad del embarazo. A pesar de los riesgos, la pareja decide que todo va a salir bien y que van a hacer todo lo que esté en sus manos para que el bebé salga adelante. Los correos recogen pocos detalles médicos: casi todo lo que se lee ahí son mensajes de amor. Al cabo de unas semanas, Vera asiste a urgencias porque ha experimentado un pinchazo extraño acompañado de sangrado en la orina. Allí descubren que el corazón del feto ha dejado de latir. En las próximas dos semanas, y hasta que el hospital accede a intervenirla, Vera lleva en sus entrañas un cadáver, lo cual es una experiencia dolorosa para ambos. El propio Gael lo escribe así en uno de esos mails:

«Ayer te fui a acariciar el vientre como había hecho en las últimas semanas y luego me di cuenta de que no había *nada*. Retiré la mano de inmediato, como si me hubiera acercado a unas brasas. Yo debía de sentir vida, y no muerte. Me sentí culpable por ello».

Vera entra en el quirófano para que le practiquen la intervención y mientras espera, Gael le escribe a Vera un correo con el asunto «Ascensión a los cielos». Allí describe un sueño recurrente. En él, su bebé se escapa del útero de Vera como un globo de helio. El globo primero sobrevuela el hospital, y luego Barcelona y luego Europa, y luego el mundo entero, antes de disolverse en la inmensidad de la galaxia. Gael se imagina a ese embrión que asciende con un rostro inexpresivo, pero satisfecho, como una especie de Buda que está por encima del placer y del dolor.

«¿Sabes ese momento del viernes por la noche —le escribe Vera a Gael — en que Mika ya duerme y tú te entregas al sofá, con los párpados caídos y los hombros destensados y, por un segundo, nada de lo que ocurra alrededor te perturba? Pues ahora multiplica ese segundo por DOS SEMANAS SEGUIDAS. Te juro que soy incapaz de pensar en otra cosa que no sean las vacaciones. Me muero de ganas de irme contigo y con Mika lejos de aquí. Os quiero.» He aquí el correo que, una semana antes de volar a Tokio, Vera le envía a Gael como quien da los buenos días, con el único objetivo de recordarle que ella está ahí, *sigue* ahí, esperándole, ya que formar parte de esa familia es algo que le reconforta a un nivel indecible, superlativo. Los dos han cerrado un año durísimo en lo personal y lo profesional. Para Vera, Solidaridad Animal ha exigido lo mejor de ella y en el camino ha perdido un hijo. Ahora, con una nueva vida abriéndose camino en su vientre, está a pocas horas de tocar el cielo. Se siente como Adán en la Capilla Sixtina rodeado de querubines, a punto de recibir en las yemas de sus dedos por parte de Dios la mismísima chispa de la vida.

Está cerca de ser humana y no un molde de barro.

—¿No crees que tus padres —le digo a Mika— hubieran preferido ocultarte ciertos detalles de su intimidad? Me siento un poco incómodo ante algunos hechos.

Es domingo por la mañana y he madrugado para desayunar con Mika en la cala de Begur. Estamos frente a las cenizas de Vera, Gael y Akil. Hace un buen día. La razón por la que Mika me ha convocado son los miles de correos que hablan de sus padres. Mika conserva todos ellos impresos y archivados en carpetas; son cientos de páginas subrayadas en distintos colores y con anotaciones al margen. La frialdad con que trata esos datos me conmueve. Mika se comporta como una filóloga que hubiese descubierto la correspondencia oculta entre dos escritores famosos y no como quien de pronto se topa con todas las angustias e inquietudes veladas de sus padres.

—Lo pensé —dice—, pero no. No me preocupa lo que pudieran pensar. Lo primero que he aprendido tras leer esos correos es que pasarán los años, tendré novios y algún idiota me hará sentirme mal, luego estudiaré con la creencia de que moriré pobre y sin trabajo y al final me darán uno que odiaré. Mientras, me casaré con alguien, un hombre o una mujer, seré feliz por poco tiempo y el resto de la vida la pasaré sintiéndome vacía y echando de menos los momentos en que fui feliz. Cuando todo esto ocurra, mis padres no estarán para apoyarme. No habrá nadie, solo yo. Yo esos correos los entiendo como todo lo que no pudieron enseñarme en vida, porque no les dio tiempo.

—Es una forma de verlo.

—Mis padres tampoco hubiesen querido que yo supiera de sus cadáveres en un charco de sangre dentro de una sauna, y sin embargo pasó. Nadie elige la vida que tiene.

—¿Te das cuenta de que sabes cosas de tu padre que tu madre no

sabía, y al revés? Es información que de un modo u otro se hubieran llevado a la tumba.

—Lo que más me gusta es ver las cosas en el largo plazo, como un puzle resuelto. Es divertido leer la previsión de mi madre sobre el fin de su matrimonio con papá, a Gael decir que su carrera como deportista está acabada y a los dos preocupados porque han tenido un mal día. ¿De verdad les costaba tanto aceptar que eran una familia feliz? ¿Por qué se obsesionaban con que todo iba mal, cuando no era cierto?

—Lo entenderás algún día.

—Tengo que hacerte una pregunta, Xavier.

—Di.

—¿A qué edad crees que conociste a mi madre?

—Yo debía de tener quince años, creo.

—¿Qué edad tenía mi madre?

—Dieciséis o diecisiete, más o menos.

—¿Estaba con mi padre entonces?

—Sí.

—¿Sabes si alguna vez tuvo algún otro novio?

—No, que yo recuerde.

—¿Te suena el nombre de Víctor Corso Solomon?

—¿Cómo has dicho?

—Víctor. Víctor Corso Solomon.

—No tengo ni idea. ¿Quién es?

Mika agacha la cabeza y se queda un instante en silencio.

—He querido atar todos los cabos de mis padres. He seguido el rastro de toda la gente que en su momento fue importante para ellos: amigos, compañeros de trabajo, compañeros de piso, jefes, familiares, amigos de internet… *todos*. Por ahora tengo el rastro de cada una de esas personas, pero hay un nombre que se me escapa y no sé dónde ubicar: Víctor Corso Solomon.

—¿Quién es Víctor Corso Solomon?

—Cuando llegué al último correo de mi madre encontré uno que decía: «Prueba». Venía de otra cuenta de correo suya, una cuenta de

hace un montón de años que estaba conectada a su número de teléfono, así que recuperarla fue fácil. Era su primer mail. En ese tiempo mi madre tenía quince años. Desde marzo a agosto, durante seis meses, Vera y Víctor tuvieron una correspondencia casi diaria.

—¿Eran amigos?

—Más que eso, pero no eran novios. Víctor Corso Solomon era un chico de Torrespasa, un pueblo enano de por ahí. Mi madre y él se habían conocido en un chat de música. Los dos compartían gustos musicales y los dos pasaban por una adolescencia oscura. Aquel chico tenía entonces mi edad, dieciséis. En abril de ese año, Víctor viajó a Barcelona en una excursión con su colegio y conoció personalmente a mi madre.

—Víctor Corso Solomon…

—Mi madre parece enamorada de él, aunque se esfuerza en fingir lo contrario. Al mismo tiempo discuten y la relación les causa problemas a los dos. Al parecer, Vera había hablado a mi abuela de Víctor y ella intentó por todos los medios cortar la relación con él. Él tenía problemas, lo estaban tratando con antidepresivos. Era una especie de genio loco adolescente, ya sabes. A mi abuela le parecía una mala influencia, a mi madre le seducía aquel chico hipersensible.

—Nunca me habría imaginado que Vera hubiese podido estar con otra persona aparte de Gael. ¿Sabes si existe correspondencia entre tu madre y alguna amiga sobre el tal Víctor Corso Solomon? ¿Hay alguien del entorno de tu madre a quien le puedas preguntar por esa persona?

—Nadie, no hay nadie. Y si lo hubo, eliminó los correos. Es como si Víctor fuese una especie de amigo imaginario, alguien a quien quería pero de quien se avergonzaba públicamente. Era una relación rara.

—Dijiste que se escribieron durante seis meses. ¿Volvieron a encontrarse en persona?

—Víctor convenció a sus padres para que le pagaran una estancia en Barcelona en verano. Iría a un campamento de idiomas. Debió de ponerse muy pesado y aprovecharse de que sus padres no sabían qué hacer con él para verle feliz. La estancia de Víctor fue en el mes de julio y, al parecer, mi madre y él…

—¿Sí?

—Perdieron la virginidad.

—¿Qué?

—Eso. Pero todo se torció pronto.

—¿Por qué?

—Pasaron dos cosas. La primera es que Víctor se volvió loco; la segunda es que Vera y Gael se conocieron. Desde ese primer día en que se vieron en una piscina, mi padre empezó a escribir compulsivamente a mamá. Eso fue durante el fin de la estancia de Víctor en Barcelona. Yo creo que a mi madre no le gustó lo que pasó con Víctor, o le empezó a desencantar, o simplemente se enamoró de mi padre. También es verdad que los correos que Víctor le escribió a su vuelta a Torrespasa daban miedo.

—¿Qué decía?

—Mi madre le escribía cada vez menos y él se había enamorado de ella. Víctor le decía que no sabría qué haría con su vida si no le hacía caso. Los correos se volvieron cada vez más frecuentes, hasta que un domingo a finales de agosto, antes de la vuelta al instituto, Víctor le escribió cinco o seis correos suplicándole que volviese. La amenazó con matarse. Después de eso, ya no hay nada más.

—¿Tu madre le deja de escribir de la noche a la mañana?

—No, le escribe cada vez menos, yo creo que no se atreve a decirle que todo se ha acabado entre ellos y deja que la relación se muera sola. Sin embargo, Víctor no tira la toalla. Lo que pasa es que ya no tiene nada que hacer porque ahora a Vera le gusta mi padre.

—¿No hay forma de dar con esa persona?

—He buscado a Víctor Corso Solomon por mil sitios pero no he encontrado nada.

—¿Qué. Ocurrió. El viernes?

—¿Cómo que qué ocurrió el viernes?

—Te estoy haciendo una pregunta. Contéstame, por favor.

Es lunes por la mañana y acabo de ser citado al despacho de Marc, el director del colegio. Marc tiene la misma edad que yo pero su vida es completamente distinta a la mía: en verdad, él es el hijo que a mi padre le habría encantado tener, su carrera le está llevando a la dirección de los colegios que papá preside y toda su vida orbita alrededor de este trabajo. Sé que me odia porque piensa que soy un enchufado. Hasta cierto punto, lo comprendo.

—El viernes di clase a los alumnos de primero. ¿Pasa algo?

A través de los ojos de Marc puedo divisar su ira extrema. Le encantaría agarrar el ordenador que hay sobre su mesa y estampármelo en la cabeza, partirme el teclado en la cara. Con todo, lo más patético de los ataques de cólera de Marc es que nunca responden a sus propias motivaciones sino a las quejas de sus jefes o de los padres. Como líder, no tiene ninguna personalidad. Es caprichoso y a la vez previsible.

—Mi correo —dice— lleva echando humo todo el fin de semana. He recibido quejas de multitud de padres descontentos con las enseñanzas sobre feminismo que impartiste el otro día. ¿Me puedes explicar, por favor, qué fue lo que dijiste en clase?

—A ver, ese día teníamos clase de Spinoza, pero el caso es que cuando llegué al aula uno de los alumnos estaba bromeando con una chica por la ropa que llevaba puesta. Ya sabes, «Qué guarra vas hoy, jijí, jajá». Lo de siempre. Al ver aquello me molesté un poco y le sugerí al alumno que para el próximo día estaría bien que viniese pajeado de casa. Luego les di unas lecciones básicas sobre consentimiento, cosificación y construcción de género y después seguimos con Spinoza.

Nada más.

Al decir esto, Marc se lleva las manos a la cara con expresión de catástrofe, como si todo el Imperio romano ardiera a sus espaldas sin posibilidad de enmienda.

—¿Le dijiste a un alumno que viniera *pajeado de casa*? ¿Hablas en serio? ¿Dijiste: «Ven pajeado de casa»? ¿Sí?

—Era una broma, joder. Los chicos se rieron, ya tienen una edad. Honestamente, creo que esta institución que se cimienta sobre los valores de una educación liberal no debería tolerar comentarios racistas o machistas. Además, tú sabes de sobra que esos críos están salvajes. Vienen de familias con mucamas y están acostumbrados a acosar, abusar y toquetear libremente a las chicas, que se dejan hacer porque eso es lo que han visto en su entorno. No me parece que permitir estos comportamientos sea digno de un colegio como el nuestro, Marc.

—¿Sabes qué, Xavier? Me importa una mierda esto que me estás contando —dice con un tono que a mí me suena tremendamente repulsivo. Lo que más me duele de su comentario no es, sin embargo, el comentario en sí, sino el hecho de que tenga la capacidad de mirarme a los ojos mientras pronuncia la frase entera, de principio a fin.

—¿Ah, sí? —le digo—. ¿Te importa una mierda la educación que enseñamos?

—Lo primero que tienes que hacer es comprender a tus alumnos y sus familias. No puedes ir por ahí insultando a la gente. No eres el profe guay del instituto público, no eres uno de esos educadores sociales con rastas que van por centros deprimidos a enseñar a los latinos y a los gitanos que no tienen que pegar a sus mujeres. Eres docente en un centro privado, el mejor colegio de élite de Cataluña, donde los padres no tienen ningún interés en que sus hijos sigan los pasos de Gandhi, Mandela o la Madre Teresa de Calcuta. Esa gente trae a sus hijos aquí para que los convirtamos en analistas y directores financieros, futuros estudiantes de Esade, gestores de fondos de inversión o empresarios autónomos de firmas con más de cien empleados. No puedes cargarte esa realidad de un plumazo. Si quieres reconfigurar la educación de esos críos, tendrás que hacerlo en conformidad con sus realidades. No

puedes ser un terrorista de la educación. Nos debemos a ellos y a sus padres, y eso significa que si sus padres están insatisfechos, los alumnos desaparecerán, y si los alumnos desaparecen…

—…Tú te quedas sin trabajo, ya lo sé. Eso es lo que te preocupa.

Silencio. Marc me mira como disparándome rayos láser.

—¿Qué? ¿Puedes repetir tu comentario?

En este punto de la conversación reconoceré que la profesionalidad de Marc es excepcional. El trabajo asalariado consiste en un juego de máscaras y Marc es un actor brillante. Se mete en el papel con todas las consecuencias. Transmite ira cuando corresponde y modales de vendedor de crecepelos cuando el padre de uno de esos estudiantes pasa por aquí. Su talento dramático es indiscutible.

—Digo que nuestro trabajo depende de lo contentos o no que estén nuestros alumnos, ¿no? De eso va lo que hacemos.

—¡No, joder! ¡¡No has entendido nada!! —Marc da un golpe en la mesa, se pone de pie y luego vuelve a sentarse; yo lo miro con expresión fría pero en realidad estoy aterrorizado, ¿cómo puede ser que alguien tan cínico me produzca miedo?—. Esto no va de conservar o no nuestros puestos —continúa—, sino de una realidad mucho más importante, que está por encima de ti y de mí, y me refiero a la educación de esos chicos. Es extraordinario que quieras compartir con ellos valores liberales y progresistas, pero usa lubricante, joder. Lo que hiciste el otro día es una violación.

—¿Quieres que te sea sincero? —le digo.

Asiente.

—Esos críos son cavernícolas, auténticos tarugos de la urbanidad. Se han educado sobre una concepción tremendamente firme del género. Para ellos, un hombre que defiende los valores feministas solo puede significar que es un homosexual pueril, sifilítico y seropositivo, echado a perder. No entienden que su ruda construcción de género también les afecta a ellos, y esa es la razón por la que no sirve de nada ponerse suave. Lo único que sirve es la bota de hierro y la patada en la boca. Puedes ser viril y puedes ser progresista. Ese es el mensaje.

—¿Sabes qué, Xavier? Esto no va de pedagogía sino de equipo y

cooperación, y hace tiempo que la gente de aquí te ve como un bicho raro. No tienes motivación, no transmites buenas vibraciones. Hablas poco o nada con tus compañeros, salvo cuando las cosas te van muy mal y entonces finges un par de caras simpáticas… Todos nos hemos dado cuenta. Sabemos que llevas un tiempo apagado aquí. Nunca abres la boca cuando compartes algún momento de distensión con tus compañeros. En clase tampoco te muestras empático. En todo momento evitas el trato humano… Eres un misántropo. Es como si ya lo hubieras dado todo en este lugar, como si hubieras decidido alejarte para siempre o dejarte llevar por la corriente. Francamente, tengo dudas sobre tus posibilidades para realizarte en este sitio en un futuro. Y créeme si te digo que odio estar teniendo esta conversación, pero es importante que resolvamos estos problemas.

—¿Me estás pidiendo que me marche?

—La situación es cada vez más difícil de manejar —dice, fingiendo no haber oído mi pregunta—, soy consciente de ello. El problema es que yo ya no sé cómo hacer para conseguir tu reintegración en este centro y tú no estás por la labor. Sé la dificultad que supone la presencia de tu padre en todo esto, pero no puedes convertirte en el blanco de una campaña de desprestigio hacia esta institución y no hacer nada al respecto. Probablemente, las cosas habrían sido mucho más sencillas si tu posición en el colegio fuese más amable. Es todo lo que puedo decirte.

—Comprendo.

—Piensa en ello y dime qué podemos hacer. Estoy seguro de que alcanzaremos un acuerdo satisfactorio para todos.

La gravedad con que Marc se refiere a la situación es tan insultante como ridícula. Tras percibir que estaba en un callejón sin salida en materia de pedagogía optó por atacar sobre zonas más sensibles y cuestionar mi valor en el centro. También diría que se trata de un golpe duro si no fuera porque una conversación así despliega un universo entero de posibilidades liberadoras.

Básicamente, lo que Marc me está pidiendo es que presente mi dimisión. Mi padre no va a forzar un despido, así que el plan del

director de este centro pasa por el hecho de que yo me rinda. Lo cierto es que no va desencaminado; tiene las de ganar. ¿Y qué pasaría si presentara mi renuncia en el colegio? No mucho, la verdad. Hace tiempo de que la sola y remota posibilidad de tener que empezar de cero me aterra y me fascina, pero ahora ya no es una opción; ahora esa realidad que tantas veces he querido barrer bajo la alfombra está mirándome de frente. Ya no paso desapercibido. Me he ganado las antipatías de padres, profesores y alumnos. No hay alternativa. Lo único que puedo hacer ahora es cruzar los dedos para que una universidad muy lejos de aquí me acepte para impartir clases de español. Eso estaría muy bien.

Tras meses peleando contra mis demonios acabé cediendo ante aquello que a toda costa quise evitar: solicitar una baja por ansiedad.

Para mí, claudicar ante la neurosis y los fármacos suponía una derrota total, pero el caso es que el mismo día que hablé con Marc recibí la visita de unos padres en el colegio. Los tres estaban realmente enfadados por lo que yo le había dicho a aquel chico: «La próxima vez ven pajeado a clase», me repitieron una y otra vez, insistiendo en que llevarían mi caso a los tribunales si no me disculpaba. Al final lo hice, no solo ante ellos sino también ante el alumno en cuestión, *en clase*. Fue así como perdí mi credibilidad y reputación y luego acabé humillado en urgencias, mendigando un taco de recetas de ansiolíticos.

Después de recoger mi baja por ansiedad compré un billete de tren a Madrid, donde alquilé un coche para ir a Torrespasa, a una hora y pico de Atocha. Al llegar busqué una habitación en un hotel de carretera. Mi propósito es encontrar a Victor Corso Solomon.

Para alguien como yo, que se ha pasado toda su vida en Barcelona, detestando el tipo de vida que Barcelona impone a sus ciudadanos, Torrespasa es una especie de iluminación: sitios así justifican que haya gente que quiera irse a vivir a Barcelona. Estoy en un rincón de la meseta achicharrada donde la gente vive sin ambiciones, embrutecida, entre casas bajas de cemento y uralita que ponen de manifiesto el absoluto desinterés hacia cualquier cosa que evoque un cierto gusto estético, bajo la sospecha de homosexualidad latente; un agujero aislado del mundo y bloqueado en un pasado atroz donde la gente es feliz y nunca sabes por qué.

Ya, ya lo sé.

Semejante juicio apresurado me hace parecer un clasista de mierda, como quien va de la ciudad a una casa rural y vuelve espantado por las

incomodidades del campo, pero la verdad es que cualquier otra cosa sería mentir: más de tres décadas aprisionado en una educación como la mía no se arreglan con una visita al Medio Oeste español. Lo que sí que he comprendido a la perfección de repente es la angustia que Víctor pudo sentir en un sitio como este, y la admiración que Vera pudo inspirarle.

Mi plan de búsqueda consiste en empezar por el instituto, así que tendré que esperar hasta mañana por la mañana.

Dado que no existe nada que hacer en este lugar, decido encerrarme en la habitación del hotel y llamar a Mitsuki. Le hablo de los últimos hallazgos en la investigación, sobre los últimos acontecimientos en mi trabajo y sobre todo el dolor que estoy sintiendo ahora.

—Estoy en un lío de cojones —le digo—. Mi vida es una auténtica porquería pero no tengo con quién compartirlo. La gente no me creería. Todas mis relaciones con gente que conozco en Barcelona se sostienen sobre el hecho de que soy una persona a la que las cosas le van bien. Siempre hablamos de viajes, de conciertos, de sitios a los que ir a cenar en pareja y cosas así. Si les dijera lo que pienso de verdad creerían que me he vuelto loco. ¿Cómo puede ser que las dos únicas personas con las que he tejido una relación de sinceridad auténtica sean una adolescente de dieciséis años y tú, que vives a diez mil kilómetros de distancia? Es de locos.

Al otro lado del teléfono Mitsuki lleva puestas unas lentillas de manga, un collar de cuero y unos pendientes de perlas. En su expresión percibo que sí que le interesa mi persona. Su amistad es algo que de ninguna otra forma podría establecerse en una ciudad como la mía, donde todo el mundo actúa como si nada le doliese. De pronto, una relación a distancia y mediada por la tecnología se vuelve mucho más cálida que cualquier cara a cara. He aquí también lo que le pasó a Víctor con Vera.

—¿Qué es lo que de verdad te inquieta? —dice con la soltura de quien se ha acostumbrado a apaciguar los nervios de decenas de hombres que fingen ser recios y seguros, pero que en la intimidad que Mitsuki les procura se vienen abajo.

—¿Quieres saber lo que de verdad me preocupa? Te lo diré: me preocupa el sentido de la vida. Me preocupa esa tensión constante entre vivir tocando techo y tocando fondo, y la imposibilidad de huir de cualquiera de estos dos extremos.

—Sigue.

—Mi vida está completamente hueca. Hago cosas que no me gustan, me aburren todos los entretenimientos alrededor de los cuales giraba mi existencia, tengo la convicción de que un cronómetro se ha activado dentro de mí y de que si no hago algo rápido voy a morir como un residuo humano, estéril. Sin embargo, la alternativa es muy poco atractiva. fíjate en Vera y Gael. Cuanto más sé de ellos, menos me seduce la idea de vivir una vida plena. Los dos eran excelentes modelos de conducta en sus respectivas áreas, triunfadores, y sin embargo estaban chamuscados. La intensidad de sus vidas les había quemado hasta límites indecibles. Tocaron techo.

—¿Por qué haces lo que haces? ¿Por qué estudias obsesivamente su pasado?

—No lo sé, creo que es porque se trata de una opción a partir de la cual redimir la frivolidad que ha sido mi vida en mis últimos diez o doce años. Si puedo demostrar que Gael no era un asesino, si consigo confirmar las sospechas de Mika, entonces habré hecho algo bueno. Va de esto. Hacer algo valioso, dejar de sentirme un ladrón de oxígeno.

Mitsuki y yo compartimos un silencio reflexivo. Advierto que la fascinación que siento hacia ella tiene que ver con ese disparatado aislamiento de quien se ha quedado varado en una clase acomodada que no es alta ni es baja, sino insignificante. Es lo que me hermana a ella, creo. Mitsuki es un símbolo del futuro, el resultado del país más avanzado y triste de este planeta, el loco e irreal mundo de quien sufre un incontrolable miedo por la raza humana y también la constatación de que el porvenir que nos ha sido deparado es una mezcla de bienestar material y atrofia emocional, dos líneas asintóticas que avanzan distanciándose cada vez más entre sí, hacia un horizonte que no se acaba nunca. Ella es como el árbol cuyas ramas crecen donde no deberían, en los rincones más sombríos de la campiña. Mitsuki me

gusta porque confirma mis peores sospechas; las sospechas de un futuro en el que todos estaremos solos, y no habrá nada malo en ello.

—En realidad —dice Mitsuki— estás investigando a Vera y Gael porque estabas enamorado de Vera y porque te encantaría haber llevado sus vidas. ¿Me equivoco?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Ves en Mika una versión joven de Vera; ves en mí una chica en la ciudad donde a Vera le habría encantado quedarse a vivir. Te pasas la vida buscando experiencias que te lleven a Vera, una mujer que por otro lado no existe. Racionalmente sabes que sus vidas no eran envidiables, pero tu corazón te empuja a ser como ellos.

No es un mal psicoanálisis.

—Mitsuki —le digo—, necesito pedirte un favor… Aunque en realidad no es un favor.

—Te escucho.

—Cuando todo esto pase, quiero irme de aquí. Quiero estar lejos o me volveré loco. Estos días he estado hablando con varias universidades japonesas que ofrecen cursos de español y sé que podría optar a una plaza si hiciera algo en lo que tú serías de gran ayuda. Mitsuki, ¿tú te casarías conmigo por dinero?

Mitsuki suelta una carcajada.

—¿¡Qué!?

—Hablo en serio. La forma más fácil de conseguir los papeles con los que optar a un trabajo en Japón es contraer matrimonio con una persona de allí. Te daría todo lo que tengo, mis ahorros. No es demasiado, pero te aseguro que a cambio de firmar un papel se trata de un negocio buenísimo. Estoy desesperado por salir de esta vida. Necesito acción, Mitsuki. Necesito librarme de todo y empezar de cero. ¿Hay trato?

A veces una persona se te mete en la cabeza y entonces no puedes hacer nada más que perseguirla por todo internet, hasta la entrada número 40 o 56 del buscador, así, obsesivamente. Basta una fotografía antigua (muy antigua, a poder ser) o cualquier rastro de su pasado del que probablemente hoy se ruborice para sentir colmada esa necesidad informativa. A mí esto es algo que me está pasando con Mitsuki. ¿Sabes esas veces en las que alguien empieza a interesarte de manera irracional, en plan «Esta persona no ha obtenido méritos suficientes para apropiarse así de mi pensamiento y, sin embargo, no puedo deshacerme de su recuerdo o presencia»? Pues eso. Hay algo diabólico en muchas mujeres hábiles para el pensamiento abstracto, el arte o la poesía. Es el caso de Mitsuki. Produce inseguridad y desasosiego intuir que aquello que solo parece ser el golpe de suerte de una persona poco genial es, en verdad, fruto de una conspiración invisible, un plan impecablemente urdido, una astucia inasible, como si alrededor de ella hubiera una campana de inFluencia llena de partículas en suspensión que envenenan todo lo que obstruya los propósitos de la artista. Mitsuki, a diferencia de todos los hombres inteligentes, humanistas, científicos o de negocios que he conocido, finge candor, falta de planificación, incluso una inteligencia errática, irracional, a veces incapaz, nada fuera de lo común. Pero es justo al revés: su sabiduría descomunal, a la fuga, permanece ocupada en actuar como el francotirador escondido, huidizo, agazapado. Juega al despiste y le funciona.

«¿Quién hay verdaderamente tras el personaje de Mitsuki?», es una pregunta que he encontrado repetida leyendo estos días en los comentarios a los post o entrevistas suyas que hay en la red. Los usuarios que plantean la pregunta habitualmente guían a un foro de

fandom que trata sobre ella. Allí las entradas están en japonés, así que hago lo que puedo con los traductores. Lo que sí entiendo a primera vista son todas las fotografías y montajes que hay del personaje de Mitsuki donde se la compara con otra chica. A juicio de algunos usuarios, Mitsuki es una adolescente que vivió en un pueblecito rural a una hora de Tokio en tren, y cuya pista se perdió hará cosa de dos años. Aparentemente no existe mucho parecido físico entre estos dos personajes, o al menos a mí no me lo parece más allá de la estatura y la complexión, pero pueden ser los rasgos asiáticos, que hacen que me pierda en los detalles; a saber. El mismo día que acababa la preparatoria, dicen algunos de sus seguidores, Kokoro, la persona que hay detrás de Mitsuki, suspendió su actividad de todas sus redes sociales sin ningún motivo. Al poco apareció el personaje, la diva del arte performativo, la modelo que ganaría una fortuna si se prestara a trabajar con marcas de moda o la nueva geisha de internet, según a quién preguntes.

Alrededor de esta desaparición existe una hipótesis. En realidad, dicen, Kokoro no sale a la calle porque permanece secuestrada y explotada por su propio padre, un viejo artista borrachín que en el pasado la sometió a palizas; si dudaba de su comportamiento, el viejo le atizaba en la espalda con una vara hasta hacerla sangrar, como a una esclava. Algunos seguidores de Mitsuki creen que Kokoro fue obligada a trabajar tras una infancia atormentada sufriendo los abusos de él. Su madre habría muerto cuando ella tenía once años. Precisamente, fue una serie de enunciados encriptados presuntamente descifrados por sus propios seguidores los que alarmaron a su comunidad: contaban que si leías entre líneas algunos mensajes de Mitsuki, descubrías peticiones de ayuda, coordenadas y metáforas que hablaban de la pesadilla que fue su infancia, momento en que una minúscula comunidad religiosa de origen cristiano se habría introducido en la vida de su padre, anulándole y cambiando por completo el trato hacia Kokoro. Dato curioso: la primera vez que alguien habló de esto en un foro, el número de búsquedas de la princesa Mitsuki se multiplicó exponencialmente, por cien o más. Ya no hablábamos de un personaje popular de internet

cualquiera, sino de una chica inspiradora para las adolescentes detrás de la cual existiría una realidad completamente oscura y sórdida. Una historia de terror dentro de un cuento de hadas. Todo encajaba.

Yo, por supuesto, no me creo nada. Imagino a Mitsuki manipulando todos estos datos, inventándose historias disparatadas sobre ella misma, la clase de gente que disfruta abiertamente imaginando para sí su propia muerte y funeral, gente dotada de un abrumador talento para el humor negro y el sadomasoquismo, una brutalidad magnética que, erróneamente, los hombres no les presuponemos a las mujeres, y luego nos encanta. Veo en ella a una mentirosa compulsiva a la que no le tiembla el pulso a la hora de inventarse un relato sobre sus propios abusos a sabiendas de que eso es algo que la catapultará al reconocimiento. Tampoco es falta de escrúpulos; solo una imaginación bella y desbordante. Honestamente, no me cuesta imaginar a Mitsuki como la clase de persona que lleva una vida normal y anodina en Tokio, con su novio y sus gatos y su grupo de amigos con los que ir a las salas de videojuegos, pero que, al llegar a casa, o bien cuando se queda a solas, da rienda suelta a sus fantasías en forma de epopeya feminista, fantasías que va diseminando por los foros de internet; una persona que ha hecho de un defecto moral, la inclinación concienzuda a la mentira, una forma digna de ganarse la vida. También admitiré que cuanto más trato de racionalizar al personaje, menos deseo que sea una persona normal, y más anhelo que su ficción sea confirmada.

Si le pregunto a Mitsuki por la leyenda negra que afirma que permanece secuestrada por su familia, ella ofrece una versión solo un poco distinta. Lo que da a entender es que se trata de un bulo inventado por ella sobre una base bastante real.

Mitsuki, dice, nació en la isla de Hokkaido, al norte de Japón, a mediados de los noventa. Su madre era profesora y su padre ingeniero químico. Los dos ganaban bastante en Sapporo. Cuando ella tenía seis años, la familia viajó a San Francisco, donde el padre de Mitsuki conoció los shows norteamericanos de stand-up comedy. Aquello le impresionó. El padre de Mitsuki siempre había tenido un gran sentido del humor y la experiencia de los monologuistas americanos le hizo

creer que su verdadera vocación era aquella. A la vuelta del viaje intentó convencer a su familia para que se marchasen a Tokio, donde quería comenzar una nueva vida como humorista en teatros. Pensaron que se había vuelto loco, pero su padre se obsesionó con la idea. La familia había ahorrado bastante y los tres podrían vivir holgadamente sin trabajar durante dos o tres años. En el caso de que no consiguiese su sueño, siempre podrían volver a Sapporo. Evidentemente, aquel viaje planteó un desafío para la integridad de la familia: si Mitsuki o su madre no le apoyaban, eso significaría la fractura de la familia como una ramita quebrada; si por el contrario aceptaban, la estabilidad de Mitsuki y de su madre se resentiría en la mudanza. finalmente, se fueron.

Al llegar a Tokio, el padre de Mitsuki empezó a brillar en algunos bares, de donde pasó a los teatros y de ahí a la televisión. Sin embargo, la fama no le duró más de tres años: resulta que una broma sobre uno de sus jefes en un programa en directo derivó en una pelea tras la cual la productora decidió prescindir de él. Entonces el matrimonio se rompió para siempre. Tras perder su empleo y a su familia, su padre compró un bar en el Nonbei Yokocho de Tokio y desde entonces vive de servir cervezas, verduras encurtidas y frituras de pescado. No es que su relación con él sea especialmente estrecha, dice Mitsuki, pero siguen manteniendo el contacto. Ahora su padre es poco más que un alcohólico en decadencia, pero por algún motivo está viviendo una nueva época dorada. Sus vídeos se han vuelto a hacer famosos en internet y hoy muchos jóvenes de Japón lo consideran un icono contracultural de los noventa, una especie de Bukowski que cuenta chistes cerdos muy buenos. Es, en palabras de Mitsuki, un encantador de serpientes.

—Pero sí —dice—. Si mi padre supiera lo que hago, probablemente me mataría.

Cuando la oigo, experimento una confianza absoluta hacia Mitsuki, algo epidérmico e injustificado; racionalmente, sin embargo, preferiría no tener nada que ver con ella. Dudo si es de fiar. El motivo de este pensamiento es que entre las cosas que peor se me han dado siempre ha

sido oponer resistencia a los cantos de sirena. Hablo de mujeres fuertes pero débiles, atractivas pero acomplejadas, sagaces pero aduladoras, eróticas e inestables. El cóctel perfecto para una explosión impredecible. Un error repetido hasta la náusea. Tampoco pongo la mano en el fuego por que Mitsuki sea así, pero mi sexto sentido a la hora de caer en campos gravitatorios indeseables está más que demostrado. A menudo también pienso que las cosas me habrían ido mejor si hubiese sido capaz de entenderme con alguien que desafiara mis convicciones —una Vera, por ejemplo—, pero siempre acabé involucrado en situaciones antónimas. ¿Y qué hay más peligroso que una mujer que todo lo consiente cuando lo único que tú sabes hacer bien es cometer errores? Nada.

—¿Le suena de algo este estudiante?

Me encuentro a las puertas del instituto de Torrespasa. Es mediodía y un sol desquiciado cae sobre la explanada de cemento del centro. Tras hablar con conserjes y profesores, finalmente he conseguido un encuentro con Ricardo, director del instituto. Le muestro una foto impresa en la que Víctor sale con Vera mientras oculto el rostro de ella con el pulgar.

—¿Quién es usted?

Ricardo debe rondar los sesenta años y desprende un fuerte olor a tabaco negro. Tiene una sonrisa tristona. Su voz grave, de fumador, retumba como el eco de una catedral.

—Estoy investigando un asesinato —le digo—. Resulta que, después de repasar la vida entera de la víctima, Víctor Corso Solomon es uno de los pocos cabos que me quedan por atar.

—¿Víctor Corso Solomon?

—Así se hacía llamar.

—Su nombre real —dice mirando la foto— era Víctor Vles.

La sonrisa de Ricardo empieza a disiparse como un trazo de tiza emborronado por un paño húmedo.

—¿Le conoció?

—Le conocí, pero no creo que Víctor sea la persona que busca. Víctor Vles murió hace unos cuantos años.

—¿Murió?

—Se suicidó, mejor dicho.

No sé por qué, pero su respuesta no me sorprende mucho. Hay algo previsible en todo esto: un chico joven e inexperto se enamora de una adolescente a la que estima inalcanzable y piensa que su vida no tiene sentido; la mayor parte de hombres corrimos ese riesgo al menos una

vez en nuestra juventud.

—¿Por qué cree que lo hizo?

—Víctor era un chico inseguro, yo fui su profesor durante varios cursos y sin duda era el mejor alumno de su clase. Lo recuerdo como el más brillante de muchas generaciones, de hecho. Era reservado y exigente y tenía problemas en casa. Creo que las cosas iban por ahí.

—Problemas en casa.

—Bueno, muchos chicos pasan épocas duras en su juventud, pero es verdad que durante un tiempo Víctor fue una preocupación especial para alguna gente del claustro. En sus últimas semanas en el instituto, antes de acabar el curso, lo vimos contento, risueño, como si algún signo de esperanza hubiese madurado en él; creíamos que había superado sus problemas y que se había abierto al mundo, al fin. Sin embargo, durante unas vacaciones de verano le perdimos la pista y decidió acabar con su vida. Fue el primer y único suicidio que he presenciado como profesor, y mira que he visto a chavales naufragar en crisis personales.

—Debió de ser duro.

—Sigo pensando en él y de vez en cuando le doy vueltas a si de verdad hicimos lo que estuvo en nuestras manos; en ocasiones también me pregunto si el más mínimo gesto nuestro le empujó a cometer aquello, o por qué no fuimos capaces de adelantarnos, pero en fin, supongo que son cosas que pasan.

—Ya.

—Lo que no entiendo es qué relación hay entre Víctor y la víctima.

—La víctima y él tuvieron una relación en el verano en que Víctor murió. Creo que ella lo dejó.

Ricardo se queda un rato pensativo y echa mano al cartapacio de cuero curtido donde lleva sus materiales de clase. De ahí extrae una cajetilla de cigarrillos y alumbra uno con un fósforo. Luego me hace un gesto como invitándome a dar un paseo por las inmediaciones del instituto, en dirección a un pequeño parque. Asiento y le sigo.

—No entiendo.

—¿El qué?

—Eso —dice Ricardo— convertiría a su víctima en responsable de la muerte de Víctor, y no al revés.

—No digo que Víctor tenga nada que ver, solo quiero asegurarme de conocer bien la vida de Vera.

—No sé si está hurgando en el sitio adecuado.

—Al menos el viaje habrá merecido la pena si consigo explicar la muerte de Víctor. Un suicidio por amor, o por un desamor, parece una teoría con sentido, ¿no?

Pensativo, asiente.

—Ha dicho que Víctor tenía problemas en su casa. ¿A qué se refiere?

—Víctor era un chico sobreprotegido, inseguro. Vivía en una aldea cerca de aquí, en una casa en el campo, y su madre le traía al instituto todos los días. Por lo que sé, su madre tenía continuas depresiones y la vida en su casa no era especialmente feliz. Imagínate, un chico lleno de inseguridades con una madre enferma de depresión que vive en un sitio donde nunca pasa nada.

—¿A qué se dedicaban sus padres?

—Ella trabajaba en una tienda; él era funcionario. Los dos querían que Víctor llegase lejos y desde pequeño le educaron en unos valores de esfuerzo y disciplina. El problema es que en su casa el ambiente era deprimente y Víctor se exigía demasiado a sí mismo. Para Víctor, las felicitaciones de sus profesores probablemente fuesen la única divisa que procuraba sentido a su existencia; de alguna manera, pensaba que convertirse en un buen chico, ser el estudiante ejemplar que sus padres esperaban de él, haría que su madre se curara. Su salvación, la de todos, pasaba por ahí: sacrificar una generación en beneficio de la siguiente.

—¿Cree que podría llegar a hablar con sus padres?

De pronto, Ricardo se detiene en seco y hace un movimiento brusco con la cabeza, un espasmo provocado por una pregunta equivocada.

—No. La verdad es que no lo creo.

—¿Por qué no?

—El suicidio de Víctor pulverizó a su familia. Una cosa bastante impactante que sucedió es que su madre, Rosa, se obsesionó con él,

pero no me refiero al duelo de una madre que pierde a su hijo; hablo de una idolatría fuera de órbita, de una verdadera pérdida del sentido de la realidad. Era como si Víctor estuviera al mando de su voluntad entera. Perdió el juicio.

—Puedo entender que se obsesionara.

—Al cabo de unos meses de su muerte, Rosa empezó a visitar asiduamente el instituto. Nos preguntaba a los profesores por él, buscaba consuelo en nosotros, nos pedía que le contáramos historias de su hijo, lo especial que era, lo inteligente que había sido; no hablaba de otra cosa, con nosotros y con todo el mundo… Evidentemente, su muerte fue un golpe muy duro para todos, pero llegó un momento en que la presencia de Rosa empezó a incomodarnos. En su casa pasó algo parecido. Corría el rumor de que Rosa y su marido tenían fuertes discusiones porque, para ella, su marido había aceptado demasiado rápido la muerte de Víctor. Digamos que el padre del muchacho se esforzó en volver a la vida real, mientras Rosa se encerró en un bucle autodestructivo. La muerte de Víctor fue el empujón definitivo para que perdiera la razón. Y luego estaba su hermana, la hermana de Víctor, que también pasó lo suyo.

—¿Víctor tenía una hermana?

—Lucía. Tenía un año menos que Víctor y, como él, sacaba notas buenísimas, era una chica aplicada que, de la noche a la mañana, lo perdió todo, y al tiempo que veía cómo su madre enloquecía, su padre les abandonó a las dos.

—Menuda olla a presión debió de ser aquella casa.

—El padre de Víctor conoció a otra mujer, dejó su trabajo y se marchó a Colombia o México, donde vive con su nueva familia. En cuanto a ellas, desaparecieron del pueblo. Fue el verano en que Lucía acababa su educación obligatoria. Para entonces, Lucía era otra persona completamente diferente, rebelde, antipática y agresiva.

Parece claro que la muerte de Víctor llegó en circunstancias tan tétricas como la muerte de Vera y Gael, pero ¿qué enlace podría haber más allá de que todas las desapariciones fueron injustas y tristes? Me gustaría volver a Barcelona con el puente que uniera todas las muertes,

si bien todo apunta a que la única conexión no es más que una sucesión de calamidades, y ya.

—¿Cómo murió su víctima?

—Desapareció en un baño público. Les Asesinaron a ella y a su pareja. Además, la víctima estaba embarazada de su segundo hijo; le clavaron unas tijeras en el vientre.

—¿Se refiere a la muerte de aquella pareja en Japón hace unos meses?

—Así es.

Ricardo mira al horizonte, se agita el largo pelo blanco y resopla, un poco como si acabase de detectar un problema importante.

—¿Sabe cómo murió Víctor?

Niego con la cabeza; el profesor toma aire y dispara:

—Murió desangrado en su bañera. Se cortó las venas con una cuchilla de afeitar.

—¿Perdón?

—Digo que a Víctor lo encontraron bañado en su propia sangre, como a la pareja de Kioto.

Un dilema.

Imagina que estás metido en una relación que, de pronto, empieza a torcerse. Como ya eres una persona adulta, sabes que la vida no es una planicie sino que está llena de baches y altibajos, así que aceptas las turbulencias con una cierta naturalidad. Lo que sin embargo desconoces es tu propio umbral de dolor; hablo de ese momento a partir del cual una relación merece ser enterrada. Al mismo tiempo, hay otra cosa que te angustia: ¿existe la posibilidad —te preguntas— de que si reparas algún elemento en esa relación fallida, las cosas empiecen a funcionar? Error. Es ese mínimo, ridículo y remoto atisbo de esperanza lo que te paraliza una y otra vez, lo que te hace odiar vivir en una sociedad que estima la esperanza como uno de sus grandes valores, cuando tú sabes que esa luz improbable y lejana es la que está aniquilándote por dentro. Al fin y al cabo, en las profundidades de tu cabeza solo piensas en una sola cosa: una vida diferente, una vida mejor. Por eso, tus pensamientos van a parar al mismo embudo:

¿Cuál es la mejor forma de acabar con esta relación *fracasada?*

Y aquí es donde aparece el dilema.

Resulta que solo existen tres formas posibles de que una relación se extinga.

La primera es por iniciativa propia: te marchas.

La segunda es por iniciativa de la otra persona: te abandonan.

La tercera es una catástrofe ajena: accidentes, enfermedades terminales, cosas así… Un cáncer, un meteorito o una enfermedad atroz que se lleva por delante la vida del otro en discordia.

Dicho esto, si tuvieras que liquidar para siempre una relación tóxica con alguien por quien alguna vez sentiste admiración, ¿cuál de estas tres opciones elegirías?

¿Irte, ser abandonado o la muerte del otro?

No es fácil.

Aparentemente, plantarte y seguir tu camino parece la mejor elección. Pero no. Hay una cantidad inmensa de interrogantes que se abren y cuyas soluciones pueden ser muy dolorosas. Por ejemplo, ¿y si la relación —te dices— se marchitó porque yo no estuve a la altura? ¿Y si elegí mal? ¿Y si a la otra persona le va mucho mejor sin mí en adelante? ¿Y si por el contrario descubro que he pasado tiempo enamorado de alguien con menos valor humano que un berbiquí? Admitir públicamente que tomaste una elección pésima, o que no has estado a la altura, es un acontecimiento deshonroso.

En cuanto al hecho de ser abandonado, tiene los mismos efectos que una calumnia: «¡Oh, la persona a la que amé cree que ya solo soy un residuo de mi mejor cara! ¡Estoy involucionando!». Desde luego es insultante que los demás sepan que te han dado la patada, pero también hay algo reconfortante en esta circunstancia: la decisión la toman los demás; la esperanza desaparece y los peores presagios se confirman. En adelante, solo se abre un único camino vital y eso es en cierta forma anestesiante. La acción valiente queda en manos de los demás y tú solo eres un agente pasivo. La responsabilidad de equivocarse disminuye.

¿Y qué hay de la catástrofe natural? ¡Ah!, esa es, sin duda, la mejor de las opciones. La parte mala es que desear eso te convierte en un perturbado. ¿Cómo puede ser, entonces, que un día te encuentres pensando en lo fantástica y genial que sería la vida si una metástasis devorase los órganos de la persona con la que has hecho el amor cientos de veces? ¿Qué clase de cortocircuito te lleva a imaginarte decenas de vehículos veloces y pesados atropellando una y otra vez, en bucle, el frágil cuerpecito de quien una vez lo fue todo para ti? ¿Por qué lo haces? A mí esto es algo que me pasaba continuamente en los estertores de mi última relación, hasta que creí averiguar los motivos de semejante disparate.

La razón por la que una vez fantaseé con la idea de que una enfermedad o un accidente se llevara por delante la vida de Luz, creo,

es porque eliminaba la peor parte de abandonarla yo y la peor parte de ser abandonado. Suprimía la posibilidad de haberme equivocado yo, suprimía la posibilidad de que a Luz le fuese mejor en el futuro y suprimía la posibilidad de ser socialmente contemplado como alguien a quien habían humillado. ¡Todo acababa por una cuestión de azar! Lo bueno de que la naturaleza ponga punto final a una relación estancada es que acaba con la esperanza de que las cosas mejoren y también con el miedo a tomar decisiones. Por supuesto, ninguna persona en sus cabales quiere nada malo para alguien a quien ha amado. Sin embargo, la imaginación vuela alto cuando la conciencia queda atrapada en un pozo.

¿Comprendéis esta ansiedad?

Bien, ahora subamos de nivel en el dilema.

Imagina que, en lugar de hablar de relaciones amorosas, hablamos de relaciones profesionales.

Piensa en un trabajo que te gusta pero que, sin embargo, poco a poco, con el paso del tiempo, te hace sentir más pequeño, menos realizado, más prescindible. La gente piensa que lo que haces está bien pero tú no estás todo lo contento que crees que podrías estar, así que echas la imaginación a volar y te piensas dejando tu trabajo y embarcándote en una nueva aventura. También te concibes a ti mismo despedido, lo cual te parece más liberador que otra cosa. Por último, cruzas los dedos para que un error de estrategia en el consejo de accionistas o en la dirección de la empresa lleve la firma a pique. «Bueno —dirás encogiéndote de hombros—, yo hice lo que pude, pero ¡qué irresponsables fueron los jefes!»

He aquí un momento que llevo anhelando desde hace tiempo, esa celebración íntima de una decisión terrible de mi padre o de mis jefes, de aquellos que una vez se atrevieron a emplearme.

¿Alguna vez habéis deseado que la empresa para la que trabajáis quiebre?

¿Nunca os habéis ilusionado ante la idea de no volver a experimentar la angustia de un lunes porque tus empleadores han hundido a la compañía?

¿No hay una cierta paz en el hecho de que no volverás al trabajo, y de que además no ha sido tu culpa?

Seguro que ya sabéis de lo que estoy hablando.

Sé que es una posición cínica y cobarde, pero también hay que darle las gracias a ese cinismo y a esa cobardía que hacen que el mundo siga girando. El porqué yo lo veo claro. Imaginemos que de pronto la gente fuese valiente y actuase en conformidad con sus auténticos principios: todo sería aún más inestable, menos duradero, más volátil. No deja de ser irónico, sí, que lamentemos la inconsistencia de nuestra sociedad y que, en lo más íntimo de nuestro espíritu, aquello con lo que soñamos sea un mundo todavía más inconsistente, un escenario donde las relaciones se quiebran a una velocidad aún más acelerada, donde lo único que importa es tu bienestar y la coherencia de tus actos, pero así es el trastero de la conciencia humana.

Vivimos convencidos de que la esperanza nos da fuerza y la cobardía nos frena, cuando la realidad es justamente al revés. Es la esperanza la que nos anula y la cobardía la que mantiene un cierto orden sobre el caos.

—Sé que esto es algo que tal vez yo no debería saber —dice Beñat al teléfono, días después de mi regreso a Barcelona—, pero ¿tú sabías que Vera había tenido un novio antes que Gael?

Por un momento, dudo si contarle lo que sé o no.

—Lo supe hace poco —digo—, ¿cómo lo descubriste tú?

—Pues… Estaba en la oficina, haciendo limpieza en los archivos, cuando de pronto me encontré una caja de latón con postales y cartas a nombre de Vera. La primera tenía matasellos de hace tres años. La leí pero luego sentí que estaba haciendo algo que no debía y la dejé en su sitio. Pensé en ti, ya que me habías dicho que estabas ayudando a Mika a investigar la vida de Vera y Gael y todo eso.

—¿Sigues en la oficina?

—Sigo aquí, sí.

—Estaré allí en quince minutos.

Solidaridad Animal tiene sus cuarteles en una calle del Raval, a la espalda de las Ramblas y cerca de Colón, a pocos pasos de mi apartamento. Al llegar allí solo queda Beñat, que me espera con la caja de cartas desplegadas sobre su mesa.

—¿Qué sabes tú de esto? —pregunta.

Le cuento todo lo que sé, desde los correos que Mika encontró entre su madre y su primer novio a mi conversación con el director de su instituto. A continuación leemos la primera carta:

> Querida Vera:
>
> Soy Lucía Vles, la hermana de Víctor, con quien mantuviste una relación hace muchos años. No sé si alguna vez llegaste a saberlo, pero tras tu decisión de romper la correspondencia con él, mi hermano decidió quitarse la vida. Me consta que tienes una hija, así que podrás comprender la negrura en la que mi madre y yo vivimos desde ese momento.

No te asustes por este escrito, te lo pido por favor; intuyo que ahora estaré removiendo una parte de tu pasado que a ti te incomodará, pero te aseguro que me harías un gran favor si pudieras dedicarme unos segundos. He ensayado este escrito decenas de veces, y no ha sido hasta que por fin he podido expresar mis sentimientos de mi puño y letra cuando he sentido que estaba lista para dirigirme a ti, algo que deseaba hacer por principios, sí o sí.

Verás, ha pasado mucho desde la muerte de Víctor y mi vida ha cambiado por completo: mi padre nos abandonó, yo tuve que dejar los estudios, nos quedamos sin dinero, mi madre y yo nos vimos obligadas a cambiar de ciudad, empezamos de cero, sin nada, trabajando en cualquier cosa, yo cuidando de ella, hasta que una infección pulmonar, sumada a su salud debilitada, la permitió descansar finalmente. Entretanto, he sobrevivido, que ya es mucho, teniendo en cuenta los tiempos que corren. Y hasta hoy.

Ya ves que mi suerte no ha sido muy buena.

El caso es que en todo este tiempo no he dejado de pensar en Víctor, y debo decirte que tampoco he dejado de pensar en ti y en la urgencia que he tenido de conocerte. Es un deseo extraño, la verdad. Igualmente, este instante es, tal vez, el arrebato más sincero de mi vida. Estoy escribiendo a una completa desconocida que, sin quererlo, acabó con la persona que más he querido nunca. Comprenderás que te haya guardado rencor y que incluso te haya odiado, pero en todos estos años también he luchado contra una idea que sé que no es verdad. Me refiero a que tú no podías ser una mala persona. Mi hermano sería incapaz de querer a alguien así.

Sé que eres una buena madre, y solo quería disculparme por haber pensado mal.

Nada más.

Espero que esta carta no te importune. Solo quería hacerte saber que, tras mucho tiempo de guerra interior contra esta situación, al final he conseguido tumbar a mis demonios y limpiar mi conciencia. Ojalá sepas comprender el valor que para mí tiene decir esto.

Mis mejores deseos para ti y los tuyos.

LUCÍA

La siguiente carta aparece fechada dos meses después.

Querida Vera:

He estado siguiendo en internet vuestro viaje a Copenhague. Qué estirón ha dado tu hija estos meses, ¿verdad? Me gustó mucho vuestra serie de fotos durante el vuelo retrasado y también los vestidos que Mika y tú conseguisteis

de rebajas aquella tarde de compras. Sois una familia encantadora.

Te escribo esta vez para informarte de que me he hecho socia de tu ONG, algo a lo que venía dando vueltas desde hace tiempo. ¿Sabes? Cuando salía contigo, Víctor le comió la cabeza a mi madre para que dejara de cocinar animales, y yo, que entonces no sabía que todo aquel interés por el vegetarianismo venía de ti, le daba la razón. Rosa creía que enfermaríamos si dejábamos de comer sus guisos, pero nosotros nos opusimos firmemente.

Paradojas de la vida: durante un tiempo tuve que trabajar con animales muertos.

Cuando mi madre y yo llegamos a Madrid, nos instalamos al sur de la ciudad, donde fuimos dando tumbos por distintos trabajos: *call centers*, limpieza de hoteles, bares… esas cosas. Con el tiempo conseguí un trabajo un poco más estable en un supermercado y recuerdo lo desagradable que para mí era ver todas aquellas cabecitas de animales en los expositores de la carnicería, además de cortarlas con mis propias manos, claro. Me acordaba de Víctor y de nuestras batallitas con mamá a la hora de la comida.

Estos días he pensado mucho en vosotros. La vida es una cuestión de suerte, hay quien nace en el lugar acertado y quien no. Vosotros, tu familia, habéis nacido en el lugar adecuado y es bonito saber que hay gente buena a la que las cosas le van bien, y que no siempre los malos ganan.

Seguid así. Sois inspiradores; ahora estoy pensando en ir a Dinamarca también.

Os manda un beso,

LUCÍA

El resto de la correspondencia guarda un patrón similar: Lucía hace algún comentario sobre una novedad en la vida de Vera que conoce gracias a internet y luego habla de su vida actual y de su vida en Torrespasa. Las últimas dos cartas, por el contrario, resultan más escuetas:

Querida Vera:

He convencido a mi pareja para pasar el próximo puente en Barcelona. Me encantaría que nos viésemos. Estaremos en un Airbnb cerca de Sants. Te dejo aquí mi teléfono.

Estoy muy ilusionada de conocerte al fin.

Y al final:

Vera:

Ya veo que he estado equivocada todo este tiempo. Debí haber visto antes que esta correspondencia conmigo te estaba avergonzando. Te habría agradecido que avisaras antes de que no querías saber nada de mí. Ahora entiendo lo que para ti significa la solidaridad y todas esas cosas de las que presumes.

Hasta siempre,

LUCÍA

—¿Tú por qué crees —pregunta Beñat— que Vera mantuvo todo esto en secreto? Ninguno de nosotros supimos nunca que había tenido un novio antes de Gael…

—Es evidente que Vera estaba ocultando todo lo que tuviera que ver con él. ¿Por qué razón guardaba estas cartas aquí y no en su casa?

—Lucía la buscaría por ahí y vería que trabajaba en Solidaridad Animal, de manera que para contactar con ella decidió escribir a las oficinas centrales, supongo que la explicación es esa.

—Ya, pero, ¿y si en realidad era un trauma?

—¿A qué te refieres?

—Si mi comportamiento hubiese conducido a que una persona se suicidase, me sentiría mal; más aún cuando ese acontecimiento me llevó a ser quien soy. Víctor se suicidó porque Vera empezó a salir con Gael. Es normal que quisiera ocultar su pasado. ¿Alguna vez te ha ocurrido que has hecho algo en la adolescencia de lo que te avergüenzas tanto que no quieres que nadie lo sepa?

—¿Tú qué piensas de Lucía?

—Lo que ella misma dice. Que estaba completamente obsesionada con Vera y Gael. Decía que les admiraba pero en realidad mentía. Se pasaba el día viendo lo que Vera filtraba de su existencia presuntamente idílica y afirmaba estar orgullosa e inspirada por su vida, pero no era verdad. Mentían las dos.

—¿Las dos?

—Vera mentía al sugerir en internet que su vida era perfecta, y Lucía mentía al afirmar que les deseaba lo mejor. Vera tenía una vida durísima y a Lucía le habría encantado que una desgracia segara su

aparente existencia ejemplar.

—Tengo la impresión de que estamos yendo muy deprisa.

—Una hipótesis.

—Di.

—¿Respondía Vera a las cartas?, ¿o todo esto no es más que el soliloquio de una mujer desesperada y enloquecida? Es decir, en un acto de sinceridad extrema, como ella misma dice, Lucía le tendió la mano a Vera, ¿pero fue correspondida? Es posible que Vera no contestase a ninguna carta, aunque no lo creo. Quizá Lucía se implicó en la correspondencia mucho más que Vera, y eso le dolió.

Beñat está escuchando con expresión nerviosa mientras se come las uñas. Tras atar cabos, dice:

—Primera humillación: Vera deja a Víctor por Gael y Víctor se suicida. Segunda humillación: la vida de la hermana de Víctor se desmorona mientras Vera disfruta de una existencia aparentemente envidiable. Tercera humillación: la hermana de Víctor, llena de rabia, admite que quizá ha prejuzgado a Vera y entonces se decide a escribirle, pero Vera, que en realidad está aterrorizada por la situación porque de ninguna manera quiere volver a esa parte de su pasado, tiene una reacción muy tibia con ella.

—Exacto.

—¿Entonces?

—Solo faltaría que hubiese cruzado medio mundo y los hubiera matado a los dos, ¿te imaginas?

—¿Y lo de la pederastia de Gael?

—Hay que encontrar a Lucía.

—Imagínate que encontramos a la gente que mató a tus padres, y que los miramos de frente, a los ojos; los tenemos cara a cara. Piensa por un momento que, meses de investigación más tarde, tras todos estos esfuerzos y sufrimientos, localizamos al fin a esos lunáticos. ¿Lo estás viendo? —Al otro lado del teléfono está Mika. Es de noche y llevo un buen rato con las luces apagadas, tumbado en una esterilla de yoga sobre el suelo de mosaico hidráulico mirando al techo, nervioso, pensando en todas estas cosas y en la posibilidad de dar captura a los asesinos de Vera y Gael—. Imagínate que tienes a ese ser que ha cambiado tu vida para siempre delante de tus narices. ¿Qué harías?

Al acabar mi pregunta, todo me da vueltas, como si me faltara el oxígeno en la cabeza.

—Hace mucho que me hago esa pregunta. La verdad es que ya no sé qué pensar. —A pesar de sus dudas, la voz de Mika suena firme. Es algo sobre lo que ella también ha meditado largo y tendido—. Al principio de todo, hace unos meses, imaginaba posibles torturas. Fantaseaba con la idea de encañonar un arma de fuego en la boca de esa persona, y en el ruido del percutor antes de que su garganta quedara agujereada como un colador. ¡Bang! También pensaba en hundirle un par de dedos en los ojos hasta que sus globos oculares estallaran como pompas de jabón o gelatina. Otra cosa que me divertía era la idea de incrustarle un gancho en la nariz y tirar de él hasta desfigurarle la cara. Imágenes así me venían a la cabeza una y otra vez, sin parar, a todas horas. —Mika pronuncia todas estas palabras saboreando los sonidos, paladeando fonemas. A mí, la riqueza léxica de su respuesta, así como el mimo con que elige cada uno de los términos (pistolas encañonadas, percutores, globos oculares que estallan como pompas de jabón gelatinoso…) me hacen pensar en todas las veces que habrá acudido a ese paisaje mental

en el que hace justicia de sus padres, como un oasis en medio de la nada—. Luego me preguntaba qué pasaría después y era como si me quedase en blanco en un examen, como si mi cabeza no fuese capaz de ver más allá. Es extraño. Quiero matar a los asesinos y a la vez no quiero.

—¿Crees que es posible impartir justicia? ¿Te haría eso sentirte en paz con el mundo y contigo misma?

Después de quedarse un rato largo pensando, Mika responde:

—No lo sé.

Entonces vuelvo a la hipótesis según la cual Lucía habría sido la asesina de su familia. Pienso en todos los años en los que ella rumió la idea de aplicar una justicia brutal a los padres de Mika y me digo: si ella dio sentido a su vida así, ¿por qué no habría Mika de sentirse igualmente llena?, ¿por qué habríamos llegado hasta aquí los dos si no?, ¿acaso tememos enfrentarnos al vacío? Quizá, pienso, eso fue lo que hizo que Lucía siguiera adelante con su plan. Por un momento la veo escondida en el sur de Madrid especulando con la idea de que matar a la mujer que robó el corazón a su hermano no era suficiente, y a continuación cambiar de parecer. Puedo oír su respiración ansiosa y agonizante ante la sola idea de que la desaparición de Vera no vaya a traer de vuelta a su hermano, mientras se dice que no puede ser verdad, que la venganza es el mejor homenaje que puede rendirle, que ese es el relato sobre el que verdaderamente puede asentar los cimientos de su nueva vida. Tiene sentido.

—Xavier.

—¿Sí?

—¿Alguna vez te gustó mi madre?

En la voz de Mika detecto algo casi meritorio. Es como si pronunciase una idea que llevaba mucho tiempo alimentando y se hubiera esforzado en disimular.

—¿Por qué lo dices?

—No sé. Es raro que te hayas preocupado tanto por ella. Todo el mundo ha seguido con su vida después de lo que pasó en Kioto. Tú no.

—Quería ayudarte, solo eso.

—He leído los correos que le escribías cuando tenías mi edad.

—¿Qué correos?

La verdad es que no contaba con esa apreciación.

Recuerdo vagamente que hubo un período de mi vida, cuando Vera ya estaba saliendo con Gael, donde yo le daba vueltas a la idea de hacerle saber que me atraía. Mi interés hacia Vera se corresponde con esa devoción religiosa con que algunos chicos adolescentes miran a chicas de su edad que ya son mujeres. Estaba claro que no había futuro en mis fantasías. Gael era quien Vera merecía de verdad, y yo lo debí aceptar con mis complejos y mi inseguridad estacionales. En aquel tiempo su relación con Gael estaba en un período embrionario y la verdad es que tampoco creo que mis deseos pudieran ser comprendidos como algo malintencionado. Éramos jóvenes. Aquellos eran escritos que yo preveo repipis y presuntuosos, la clase de postal del pasado ante la cual uno solo puede sentir vergüenza ajena y lástima. De alguna manera también tengo la impresión de que, en aquella etapa de mi juventud, esos eran registros en cierta forma previsibles o ajustados a un chico que quería hacer saber al mundo su sensibilidad romántica. Es más, incluso diría que durante un tiempo, en algún momento que va desde mi primer amor platónico por Vera hasta que su matrimonio con Gael y la llegada de Mika la alejan aún más del resto de los mortales, aquellos escritos pulularon por un rincón desclasificado de mis recuerdos. ¿Los había mandado?, ¿o nunca me atreví a hacerlo?, ¿de verdad salieron alguna vez de la carpeta de borradores?, ¿y en qué medida contuve mis instintos? Quizá, es posible, ni siquiera llegué a escribir nada. O al menos nada susceptible de ser comprendido como un piropo torpe o como una incontinencia de mis pasiones adolescentes.

Por un momento pienso que mi memoria habría hecho un esfuerzo épico por desterrar aquella maleza de mi mente, y también que en parte son solo imaginaciones de Mika, lecturas sesgadas y conspiranoicas de los correos de su madre. Por lo que pueda pasar, prefiero desentenderme de este asunto, así que decido rematar la conversación con un lacónico:

—Hace mucho de eso.

Y ella dice:

—Lo sé.

—Mika —le digo, apresurándome a cambiar de tema—, hay una cosa que no le he contado a nadie y que creo que debes saber: voy a dejar el colegio, viajaré lejos de aquí y empezaré de cero. Ten por seguro que voy a hacer todo lo que esté en mis manos para encontrar a los asesinos de tus padres, pero luego, pase lo que pase, tanto si hay suerte como si no, me iré. Se acabó Barcelona. Ya nada me ata a este sitio.

—Vaya —la voz de Mika suena decepcionada—. Es una noticia que no me esperaba, aunque lo entiendo. ¿Crees que volveremos a vernos?

—Seguro que sí —miento.

—Creo que me gustaría darte un abrazo de despedida. Estos días he pensado mucho en nosotros, en los días en los que iba a tu casa y me enseñabas a tocar el piano pero en realidad pasábamos el rato hablando de mis cosas y de tus líos, cuando tú y yo sonreíamos más. ¿No lo echas de menos? Nunca lo hablamos, pero me gustaría volver a cuando tú y yo éramos amigos y me cogías las manos para enseñarme nuevas partituras, como si yo fuera una marioneta, y nos alegrábamos cuando las notas sonaban bien. No he confiado en nadie tanto como en ti.

—Eso es un halago.

—Menos mal que nunca llegó a pasar nada, ¿verdad?

De pronto, su voz cambia de timbre.

—¿Eh? —pregunto confuso por el comentario.

—¿Nunca te pareció que estaba pasando algo raro en las últimas clases, antes del viaje? Me refiero a la forma en que nuestras piernas se pegaban en la banqueta. No hacía falta estar tan cerca. Tampoco sabía si me intentabas decir algo, y la verdad es que me sentí un poco intrigada.

—Intrigada —repito yo, por llenar el vacío.

—Sí, te juro que estaba convencida de que te ibas a echar encima de mí y nos íbamos a enrollar.

—¡Ja, ja, ja! Estás de coña, ¿no?

—Por supuesto. Era broma.

—Claro que sí.

—Pero no te preocupes, ¿eh? Me lo pasé bien.

Así que de pronto, y sin comprometerse demasiado en su exposición de los hechos, Mika introduce en mi cabeza la idea que entre nosotros pudo haber sucedido algo y ella habría reaccionado con una cierta aceptación, preparada. Yo doy por supuesto que se trata de una exageración o de una broma maliciosa de despedida, consciente de que será una apreciación que permanecerá adherida fuertemente a mi imaginación durante días. Le auguro un gran talento emocional en su vida adulta.

Cuando todas las piezas parecen haber encajado ya, menos de una hora después de acabar mi última llamada con Mika, el teléfono vuelve a sonar. Es ella, otra vez.

—Hay algo que no te he contado —dice—, y que me pesa mucho en la cabeza.

Por primera vez en muchos meses vuelvo a oír su voz temblorosa, llena de miedos e incertidumbres, nada que ver con la conversación anterior donde se mostraba firme en cuanto a sus deseos hacia los verdugos de Vera y Gael.

—¿De qué se trata? —pregunto, un poco como si no me hubiera dado cuenta de su profundo nerviosismo.

Mika me habla de los días de vacaciones familiares que siguieron a los primeros Juegos Olímpicos en los que su padre participó.

—Yo no tengo ningún recuerdo de ese verano —dice—, pero cuando las vacaciones acabaron, mi padre tuvo que marcharse con su equipo a una concentración, y ahí se escribieron bastante sobre lo sucedido.

—¿Qué quieres decir con «lo sucedido»? —En este punto de la conversación empiezo a experimentar una cierta irritación ante el inesperado cambio de ánimo de Mika.

Los acontecimientos aludidos son más o menos los siguientes.

Tras un curso deportivo agotador y doloroso, donde la ilusionante primera participación de Gael en unas olimpiadas acabó siendo bastante mediocre, sin ninguna medalla de vuelta, Vera, Gael y Mika pasan un par de semanas de vacaciones en los bosques de Normandía, en una casita de campo. Casi como si se tratara de un ensayo premonitorio de lo que años después ocurriría en Kioto, lo que parece destinado a convertirse en unas vacaciones idílicas pronto se tiñe de oscuridad. El motivo fundamental es el abuso de alcohol de Gael.

Ocurre que, como solo tiene dos semanas antes de volver a los entrenamientos con su equipo, bebe todo lo que su cuerpo le permite, y más. Gael, por cierto, era especialmente bueno racionalizando el vicio: podía pasarse semanas enteras sin probar una gota, entregado al cien por cien a los entrenamientos, y luego emborracharse hasta perder la conciencia. Aunque para la opinión pública es un tabú y aunque la prensa deportiva no para de castigar conductas así, muchos deportistas profesionales conviven con naturalidad con estos hábitos. ¿Por qué —se preguntan— nadie se escandaliza si aparece la fotografía de un político, un escritor o un científico de fiesta, y sin embargo los deportistas tenemos vetado el alcohol? ¿Por qué piensan que la noche le sienta peor al deportista que al creador? ¿Por qué creen comprender mejor las razones de la ebriedad en un operario de cadena de montaje que en un deportista de élite?

La causa por la que Gael bebía así, claro, era el estrés. Digamos que en Normandía sentía la obligación de levantarse con el cuerpo anestesiado, sin la presión de tener que acudir a su entrenamiento. El problema es que conforme más castigaba su cuerpo, los remordimientos aumentaban y su cabeza empezaba a llenarse de mierda. En aquellas vacaciones al norte de Francia, Vera y Gael se pelean dos o tres veces y en algún momento los dos tienen la sensación de haber echado a perder su único resquicio de libertad en todo el año. Concluido el descanso, Gael se marcha a la concentración con su equipo y en esos días le escribe a Vera el siguiente correo:

> Ya sé que hemos hablado mucho de lo que pasó, pero hay una imagen que me está destrozando por dentro.
>
> Recuerdo una noche en que había bebido más de la cuenta y Mika tenía pesadillas. Ella no paraba de llorar y yo le cantaba nanas en su habitación, pero interiormente solo pensaba en su fragilidad y, sobre todo, en lo fácil que sería estrangularla con mis manos, pim, pam. Sus lloros me sacaban de quicio. Sé que no tiene importancia y que este pensamiento no es más que la clase de idea equivocada que a todos se nos pasan por la cabeza a veces, como cuando estás en un rascacielos y piensas en cómo sería arrojarte por la ventana, o como cuando vas por la calle y piensas en alguien que te gusta y te imaginas cómo sería tu vida con esa persona. Nada peligroso. Esta clase de imágenes no

quieren decir que seas un suicida, un adúltero o un homicida, simplemente están ahí, como una posibilidad más que tú, como sujeto racional, te ocupas de desestimar. Punto. Pero luego hay otra cosa. Ese lema según el cual ser padre consiste en proteger a cada instante a tu hijo no es más que la versión dulcificada de una realidad un poco más deprimente. Me refiero al hecho de que ser padre consiste en imaginar cientos de escenarios catastróficos posibles que podrían acabar con la vida o la seguridad de tu hijo o hija, y que tú, como padre, tienes que evitar. O sea, ser padre va de imaginar a tus hijos muertos, e impedirlo. Dicho esto, aunque no considero inmoral el pensamiento por el cual mientras estaba borracho imaginaba la muerte de Mika por mis propias manos, reconozco que no he dejado de darle vueltas. En efecto, hay algo muy desquiciante en un escenario donde interactúan una caja de música cansina, los llantos de una niña con pesadillas y los pensamientos homicidas de un padre alcoholizado.

¿A ti no te ha pasado nunca?

Besos

—¿Qué pasa con ese correo? —le pregunto a Mika, todavía confundido e incapaz de articular ningún juicio a propósito.

Se hace un silencio inmenso.

—¿Mika?

La hija de Vera y Gael toma aire y responde:

—Una cosa de la que se habló mucho es que el posible asesinato de mi madre fuera un crimen machista. Pero ¿y si sólo perdió los nervios? ¿Y si solo fue el resultado de un brote psicótico? Hacía bastantes años que mi padre tenía problemas con el alcohol en vacaciones. Cuando no se sentía oprimido por el waterpolo, bebía demasiado y tenía malos pensamientos. Quizá fue un ataque esquizofrénico, yo qué sé. —Mika se detiene a la espera de mi opinión, que es inexistente, y sigue—: Lo que quiero decir es que mi padre era buena persona y quizá ese día perdió la cabeza.

—Pero eso no explica la premeditación del asesinato.

—Imagínate que hubiesen discutido dos noches seguidas. La primera, fuera de sí, mi padre tiene la idea *descartable* de asesinar a mi madre y luego a él mismo. Al día siguiente las cosas vuelven a torcerse y ahí hace lo que todos sabemos.

—¿Y qué me dices de las acusaciones de pederastia?

—Una vez que mi madre estaba de viaje, Gael me dijo que si mamá no estuviera, él se casaría conmigo.

—¿Y? Es un comentario bonito.

—Yo me sentí incómoda.

—Incómoda —repito, incómodo.

—Recuerdo que una vez oí hablar a los amigos de mis padres sobre lo natural que es sentir un cierto deseo físico hacia los hijos. Ellos asentían. Hablaban de libros donde habían leído sobre eso. A mí me dio miedo.

—Bueno, es la clase de cosas de la que hablan los padres liberales…

—¿Sabes? Creo que preferiría que dejásemos de investigar la muerte de mis padres. Es hora de pasar página.

Mika traga saliva y a mí sus palabras me hacen sentir muy enfadado, una ira que no sentía desde hace mucho.

—Lo que yo creo —le digo— es que ahora eres tú la que está perdiendo la cabeza. No tengo ni la menor idea de por qué estás haciéndome esto. Llevo meses implicándome en esta historia; tú lo sabes. Confié en tus palabras y confié en tus padres. Te escuché cuando todo el mundo decía que Gael era un pederasta y un criminal, y ahora vas y me dices que paremos. ¿A qué juegas? ¿Puedes explicármelo?

Al otro lado de la línea oigo cómo llora Mika.

—Lo siento —dice.

—¿Los mataste tú, acaso? Una vez dijiste que odiabas el viaje que hiciste. ¿Es eso lo que estás ocultándome, Mika? ¿Eres tú quien bajó a los baños y mató a sus padres? ¿Es eso lo que escondes?

Sueno como un lunático, lo sé, pero el propósito real de esta enunciación astracanada no es otro que dar a entender el error que supone dudar de la inocencia de Gael. No doy crédito a la imagen de su hija claudicando ante las voces de gente como Helena. A Mika, en cambio, mis palabras no le hacen ninguna gracia.

—¡Payaso!

Mika da un alarido y luego la conexión se corta. Tengo la sensación de que ha hecho estallar el teléfono contra una pared.

—¿Mika?

Nadie responde al otro lado.

En fin. Soy consciente de la dureza de mis palabras, pero en este instante las considero legítimas, teniendo en cuenta la información sobre Vera y Gael que me ha sido ocultada, y que la propia Mika consideró relevante. Es absurdo intentar averiguar qué le ha pasado por la cabeza para cambiar de opinión tan drásticamente. ¿O quizá no? Si partimos de la presunta inocencia de Gael en todo esto, lo único que se me ocurre es el miedo de su hija a no descubrir nada. Tal vez, pienso, Mika prefiera no saber nada más antes que continuar con la investigación y descubrir que no lleva a ningún lado. O eso, o la única persona con problemas psiquiátricos es la propia Mika. Ya no sé.

He venido a donde indicaba el remitente de las cartas que Lucía le envió a Vera, un barrio al sur del Manzanares donde se levantan decenas de bloques de ladrillo y hormigón y suena música latina en las calles. Lucía ya no vive en el edificio que señalaban sus cartas; sin embargo, hay un portero en su antigua casa que sabe algunas cosas de ella.

—El piso donde vivía era un piso de estudiantes; sus inquilinos cambian cada tres o nueve meses, aunque ella estuvo viviendo aquí un año y pico. Trabajaba en el supermercado que hay ahí abajo, entre la pizzería y la panadería. Mejor ve a ese sitio si quieres saber más.

En el supermercado pregunto por ella. La mayoría de las chicas que me atienden llevan poco tiempo trabajando aquí y no la recuerdan. Una de ellas, en el puesto de carnes, sí que compartió turnos con Lucía.

—Se fue de aquí hace ya. Empezó a salir con el gerente de la tienda. Cuando lo trasladaron, Lucía se marchó con él.

Intento saber más pero hay cola, así que la chica con la que estoy hablando me dice que ahora no puede atenderme. Le comento que me gustaría preguntarle un par de cosas más y me dice que la espere en el acceso de los camiones, dos números más allá de donde el establecimiento tiene la entrada principal. Veinte minutos después, con un cigarrillo en la boca, aparece allí.

—Que yo sepa —dice— ahora Lucía está trabajando con su pareja en el súper del centro comercial de Vallecas, creo.

Le pregunto que cómo era Lucía y qué sabe de ella.

—Era una buena tía, compartía cigarrillos y hacía bromas. —La empleada se ve manifiestamente incómoda: ni siquiera sabe por qué quiero saber todas estas cosas. Da la sensación de que no quiere ofenderme ni resultar antipática, y que por eso está contestando

pacientemente a cada una de mis preguntas. También podría ser que le hubiese caído simpático. O ambas cosas—. Cuando llegó aquí chupó bastante mierda pero tenía aguante. fíjate lo que son las cosas, que al final acabó saliendo con el jefe.

—¿Sabíais algo de la vida pasada de Lucía? —le pregunto yo.

Ella fuma nerviosamente, como con prisa por acabar el cigarrillo y regresar a su turno.

—Yo recuerdo lo mucho que se quejaba de su madre. Vivía con ella hasta que murió de una infección pulmonar. Fueron tiempos duros. Lucía intentaba seguir su vida con su novio, pero la enfermedad de su madre se lo impedía. Yo creo que a su muerte descansó.

finalmente, la empleada me facilita el nombre de su actual pareja: Ramiro.

Hace varios días que estoy intentando hablar con distintos hoteles cercanos a la posada donde Vera y Gael se alojaban en Japón. Lo he probado por todas las vías posibles: teléfono, correo electrónico y redes sociales. Soy consciente de que sus empleados no me facilitarán ninguna información de valor, pero al menos debo intentarlo. Cuando por fin descuelgan el teléfono, pregunto si podrían indicarme si en los días en los que sucedió el asesinato de Vera y Gael hubo una tal Lucía alojada en la posada. En un inglés macarrónico, la recepcionista me confirma que no puede proporcionarme ese dato. Por contrato, tiene prohibido decir nada sobre las bases de datos del hotel. De todas formas le agradezco su amabilidad.

Ramiro es un gerente de supermercados cuya edad debe situarse entre los treinta tres y los cuarenta y uno. Su presencia impresiona. Alto y corpulento como un vikingo, la camisa blanca le transparenta tinta de tatuaje a la altura de los músculos del cuello. Su corte de pelo a máquina y su rostro perfectamente rasurado, probablemente por imposición de la empresa, le conceden un aspecto bronco, militar. En

las distancias cortas incluso puedes oler el rastro de sus cremas faciales.

—¿Te suena de algo este nombre? —le digo a la actual pareja de Lucía mientras le muestro el sobre con una de las cartas que le llegaron a Vera. Evidentemente, Ramiro está molesto por mi intromisión. Le explico que algunos cabos de un asesinato apuntan a su mujer y él pone cara de asco, como si estuviera hablando con alguien que está chalado —. ¿Reconoces esta letra? —pregunto—. Es la letra de Lucía, ¿verdad?

Él asiente, aturdido.

Seguidamente le digo que la destinataria de esta carta es Vera, la mujer que murió asesinada en el ryokan meses atrás. También le digo que hasta ahora nadie conocía la correspondencia entre Vera y Lucía.

—Por casualidad —le pregunto—, ¿vosotros no viajaríais a Japón en esas fechas?

De pronto, el rostro de Ramiro cambia.

—Sí —dice—, fue nuestro viaje de novios. Acabábamos de casarnos.

En este instante no quepo en mi excitación.

Ramiro me pregunta cuál era la relación que existía entre Vera y Lucía y yo se lo explico: hace algunos años, Lucía tuvo un hermano que se enamoró de Vera y que, al ser rechazado por ella, se suicidó. Ramiro dice que ni siquiera sabía que Lucía tuviese hermanos.

—Mira, yo a Lucía la conozco desde nuestro anterior trabajo, en la tienda de Usera. Yo acababa de separarme y ella tenía a su madre enferma. Coincidimos en un momento en que los dos estábamos solos. Congeniamos rápido y empezamos a salir. Nos queríamos. Al poco nos casamos. Cuando eso pasó, acordamos irnos lejos de viaje de novios. A Japón. Eso es todo.

Entonces le pregunto si alguna vez visitaron los baños del ryokan donde Vera y Gael se hospedaron. Ramiro se queda un momento en silencio, examina a ambos lados y se cerciora de que nadie más está escuchando esta conversación, luego me mira a los ojos y traga saliva.

—Sí —afirma.

—¿Coincidisteis alguna vez con Vera y Gael allí?

—Tengo que irme —contesta, y entonces se da media vuelta y se va.

Podría perseguirle por los pasillos y presionarle, pero creo que su

testimonio ya es suficientemente elocuente.

—¿Cómo vivisteis —le digo a voces, esta vez ya solo para intimidarle — los días siguientes al asesinato de Vera y Gael en el ryokan?

No hay respuesta.

De pronto tengo un impulso: he de encontrar a Lucía ahora, a riesgo de perderla para siempre. Lo más probable es que Ramiro le haya advertido de mi presencia, de tal forma que la hermana de Víctor intentará escapar cuanto antes. Pregunto entonces a varios de sus compañeros, que me guían al puesto de información, junto a la línea de cajas, donde se encuentra ella, efectivamente, a punto de marcharse del supermercado.

—¿Eres tú Lucía —pregunto—, la mujer de Ramiro?

Lucía tiene el pelo corto tintado de verde y huele a colonia dulce. Nada hace pensar en ella como la clase de persona que va por ahí hundiendo tijeras en vientres de mujeres embarazas. Al menos en este momento.

—Sí, soy yo —responde con una gran sonrisa, sin detener su paso acelerado hacia la salida—, ¿quién eres?

—Verás —le digo mientras vuelvo a sacar las cartas a Vera—, ¿te suena de algo esta carta? ¿Qué te dice el nombre de Vera?

Lucía apenas le dedica una centésima de segundo a mirar el sobre por el rabillo del ojo.

—¿Vera? Yo no conozco a ninguna Vera —contesta con sorna. Estamos en las puertas del centro comercial y va camino de la boca de metro—. Me parece que te has confundido.

—¿Tampoco te dice nada el nombre de Víctor Vles, tu hermano, a quien encontrasteis muerto en la bañera de casa cuando vivíais en Torrespasa?

—Yo no tengo ningún hermano.

—Sabes perfectamente que eso es falso —le digo, pero entonces ya sé que no habrá ninguna comunicación útil entre Lucía y yo.

Sin dejar de sonreír, Lucía niega todas y cada una de las cosas que le cuento: su correspondencia con Vera, los problemas de su hermano Víctor, el viaje que hizo a Barcelona para conocer a Vera, las

vacaciones en Japón…

—No puedes negarme el viaje a Japón —le increpo—. Acabo de hablar con Ramiro y me ha confirmado que, después de casaros, fuisteis allí de viaje de novios.

A Lucía mi comentario le hace mucha gracia, pero no contesta. Me ignora y desciende a la boca de metro.

Estoy en un vuelo en dirección a Tokio con escala en Dubái, a punto de despegar. Son las 5.50 de la mañana y ahora mismo es como si mi cuerpo estuviera compuesto en un 80 por ciento de agua y el otro 20 por ciento de Diazepam, o quizá es al revés. Me siento sensacional. Este es el inicio de mis vacaciones, una de las pocas experiencias en la vida adulta que pueden ser saboreadas con un alborozo inocente, puro y radical. El inicio de las vacaciones produce un éxtasis que no tiene que ver con drogarse o con besar a alguien de quien has estado mucho tiempo enamorado. El inicio de las vacaciones no se parece al júbilo que despierta un ascenso en el trabajo y tampoco puede compararse con la miedosa alegría que debe transmitir un test de embarazo positivo. La felicidad del inicio de las vacaciones es una felicidad despreocupada y primitiva. Una felicidad pueril, que no reclama ningún tipo de responsabilidad a cambio. Es un poco como cuando en una noche de Navidad oyes el cascabel que anuncia la llegada del trineo con los regalos de Papá Noel, y entonces te metes un poco más dentro de la manta, con una sonrisa que dice que todo está bien. El inicio de las vacaciones también se parece a cuando en la adolescencia asistes al concierto de tu banda favorita: hay algo aquí de No-Me-Puedo-Creer-Que-Esta-Cosa-Tan-Especial-Me-Esté-Sucediendo-A-Mí. El inicio de las vacaciones comporta un estado de relajación excitada, que es algo que yo imagino que debe parecerse al poscoito que sigue a los treinta minutos de orgasmo de un cerdo. Así que, como decía, ahora mismo estoy en pantalones cortos, dormitando en el asiento de un avión en un estado mental absolutamente catatónico, disfrutando de la vida. Y cuando durante meses tu día a día ha consistido en un fractal de nervios encaramado a la boca de tu estómago, el inicio de las vacaciones es una inyección de heroína en el cuello. Un momento de

felicidad que solo puede ser mejorado por el dulce aroma a bollito caliente que desprende el carrito de desayuno de la aerolínea catarí. Todo está bien.

Cuando anoche estaba a punto de meterme en la cama, Mika me envió un mensaje al móvil. Me anunciaba que había encontrado otra cosa en los diarios de su madre y que necesitaba compartirlo conmigo. «Ya me dirás lo que piensas», añadió. Luego venían unas fotografías de distintos recortes del cuaderno escritos con una caligrafía redonda y apretujada. Decía así:

> La primera vez que Gael y yo nos acostamos no fue con mi consentimiento. Es decir que fue una violación.
>
> Él me gustaba, llevábamos días tonteando y yo se lo hacía ver, pero en mi cabeza aún estaba Víctor. Estaba hecha un lío intentando gestionar mis emociones. Entonces Gael me invitó a tomar un café al piso que compartía en La Barceloneta; acababa de mudarse allí. Acepté sin saber que no había nadie más en aquel sitio. Había química, claro, pero yo aún no quería dar el paso. A diferencia de él, tampoco había cumplido la mayoría de edad.
>
> En ese tiempo Gael tenía una gran confianza en sí mismo, sabía que era guapo y que las chicas iban detrás de él. Era un ganador y tenía ese punto preciso de chulería que le confería una gran seguridad sin parecer un completo imbécil. Afortunadamente, el tiempo le bajó los humos… Estando sentados en su cama —recuerdo que me llevó allí para enseñarme unas películas en su habitación— se abalanzó sobre mí y empezó a besarme el cuello. Le dije que no y le insistí en que parase. No lo hizo. A mí él me gustaba y me caía bien pero yo no quería eso en aquel instante. No estaba preparada. Tampoco me sentí capaz de pegarle una bofetada o un rodillazo en los huevos. Supongo que tuve miedo. Quizá debí pensar que aquello acabaría con nuestra relación para siempre, cosa que yo no quería porque él era mi fantasía, una fantasía que todavía no quería cumplir. Así que, simplemente, me quedé quieta, rígida como si acabara de morirme, mientras me follaba y yo sangraba un poco, y él trataba de calmarme.
>
> Menuda paradoja.
>
> Aquello no podía durar mucho, yo estaba aterrorizada y no era el mejor momento para el sexo. Él no se había puesto condón así que vertió el esperma sobre su cama. Cuando acabó me dijo que me amaba. Era un testimonio ciento por ciento sincero, parecía que estuviera a punto de llorar de emoción. Yo

> recuerdo salir de su casa con las rodillas temblando como gelatinas. Durante varios días me dolió, pero luego quise más y más. Me olvidé de Víctor, a quien desterré al pasado. Necesitaba que Gael me follara otra vez, quería la revancha, quería hacerle disfrutar, me sentía corrompida y hambrienta. Deseaba al violador. Fue todo muy raro.
>
> Con el tiempo conseguí hablar alguna vez de esto con Gael, pero poco. Aunque no era exactamente un tabú, estaba claro que él se sentía muy incómodo, quizá porque entonces él tampoco era consciente de que estuviera violándome. Mi idea de la violación en esa época era un asalto en un callejón oscuro, desprotegida. Para él igual. Me costó varios años entender que toda la felicidad que envolvía a nuestra familia había nacido a partir de mi propia violación… Quizá es una señal de los tiempos.

Vaya, vaya. Releí aquello cuatro o cinco veces y me sentí perturbado. ¿De verdad la primera experiencia sexual entre Vera y Gael había sido una violación, siendo además ella menor de edad? Admitiré que fue este el primer testimonio de una violación que conocía que *no* me pareció del todo reprobable, y sin embargo estaba de acuerdo en que objetivamente aquello era una violación, y en consecuencia debía merecer un castigo. Contesté con un lacónico y perezoso «al fin y al cabo, eran muy jóvenes». Mika no dijo nada más. Yo tampoco sabía qué pensar ni como situarme en este laberinto moral. Supongo que Mika debió sentirse igualmente confusa. Vera tenía su edad cuando pasó aquel incidente. ¿Existe entonces la posibilidad de que si aquella violación no hubiese ocurrido, Mika no estaría aquí ahora? Cuando menos, debe de ser molesto vivir con esa idea instalada en la cabeza.

Si el trabajo bien hecho es aquel que sumerge al empleado en un ánimo de guerra y muerte, donde solo los luchadores más aguerridos sobreviven, las vacaciones bien hechas se caracterizan por todo lo contrario. Es decir, por una banalidad ofensiva y orgullosa. Hacer cosas insignificantes con el cerebro al ralentí es sinónimo de estar teniendo unas buenas vacaciones. Por eso, mis planes para los próximos días en Japón son: 1. Bañarme desnudo en una piscina de agua caliente y naranjas Flotantes, 2. Cantar a pleno pulmón y borracho como un ñu en

un karaoke, y 3. Conducir una barca con forma de cisne en el lago del parque Ueno mientras Mitsuki me cuenta su vida.

Un asunto que no he dejado de preguntarme estos meses: Vera y Gael, ¿se amaban? ¿Se querían? Da la sensación a veces de que si siguieron tanto tiempo juntos es porque el resto de individuos no estaba a su altura, y no porque verdaderamente se quisieran. Otra hipótesis que manejo: Vera y Gael eran uña y carne, inseparables. Tanto que les costaba comprender que el otro era una persona aparte. Nunca pasaron largas temporadas separados, nunca atravesaron crisis importantes, nunca sintieron que el otro pudiera faltarle y por tanto tampoco experimentaron arrebatadores ataques de excitación y melancolía. Estaban tan unidos que eran uno, indivisible. Si el amor nace de la nostalgia a lo que perdimos o del deseo a lo que podría llegar a suceder, ellos vivieron siempre en un perpetuo presente continuo, un tiempo verbal donde el amor se entiende de otra forma, o bien es una cosa distinta ya.

La verdad es que a mí me gustaría haber hecho un viaje como el que hicieron Vera y Gael. A lo largo de mi vida solo he compartido unas vacaciones con una chica que era mi pareja, y la cosa no fue nada bien. Soy consciente de que existen pocas experiencias menos sexis en la vida que unas vacaciones. El viaje romántico es algo que solo cabe en el mundo de las ideas o de algunos publicitarios que tienen que vender cosas. En vacaciones te dejas ver sudando como un cerdo y con un carácter irascible por culpa del jet lag o de un vuelo que despega demasiado temprano o demasiado tarde; igualmente, en vacaciones tu conversación se vuelve tan interesante como mirar una piedra: no tienes mucha cosa que decir precisamente porque llevas todo el día con la misma persona, compartiendo la misma experiencia. Aparte, en vacaciones el cerebro solo funciona despacio, las ideas avanzan viscosas y esto es algo que inevitablemente te convierte en alguien muy poco

interesante. En cierta manera, las vacaciones son una experiencia bastante embrutecedora, además de una prueba infalible para averiguar si vuestros caracteres son compatibles. Yo este test nunca lo pasé.

Al llegar a Dubái consulto internet y me encuentro con una noticia que me satisface. A saber: la investigación sobre la muerte de Vera y Gael ha dado un giro importante. La prensa afirma que una llamada anónima a la policía —o sea, yo— precipitó la investigación de los inspectores sobre la relación entre Vera y Lucía. Durante el interrogatorio, Ramiro declaró que su pareja era culpable de las muertes de Vera y Gael. En cuanto a Lucía, su cuerpo había sido arrollado por un tren en la estación de metro de su trabajo cuando acabó su turno. La policía ni siquiera tuvo oportunidad de preguntarle nada.

Así que *sí*, en el momento en que los investigadores encuentran a los asesinos de Vera y Gael, y Gael queda libre de culpa, Mika descubre, aparentemente de manera azarosa, que Gael *sí* que había violado a una menor de edad. Se trataba de su propia mujer.

Como un astrónomo que, tras años de espera, divisa el cometa Halley o una aurora boreal o una luna roja. Sé que como metáfora suena un poco cursi, pero hay momentos de una biografía que se despliegan así a los ojos. Más o menos, esto es lo que yo experimento a mi llegada a Japón, en el Narita exprés que conecta el aeropuerto con la ciudad de Tokio. Al capturar el paisaje con la cámara del teléfono, percibo y admiro su cromática zen: los prados verdes se funden con el ocre de los troncos del ciruelo y el cielo azul se degrada en el resplandeciente rojo de algún pequeño torii sintoísta. Todo esto es agradable, pero también tengo la sensación de que mi retina no está preparada para asimilar este paisaje hoy. Hay algo frustrante en esta urgencia de querer poseer más sentidos con que memorar una escena a la que una y otra vez volverás en el futuro. Para mí este momento tiene una doble importancia histórica. No se trata solo de que, como Vera y Gael, este viaje sea importante; es que al consultar los periódicos europeos, leo, al fin, el siguiente titular: «VERA Y GAEL FUERON ASESINADOS DE FORMA PREMEDITADA».

Interrogado por la policía, Ramiro confesó. Efectivamente, la pareja había dedicado su luna de miel a viajar por Japón y seguir, ciudad por ciudad, los pasos de Vera y Gael. Allá donde los padres de Mika etiquetaban sus viajes, les seguían Ramiro y Lucía. Según el gerente, su mujer le había empujado a cometer aquel crimen.

Cuenta Ramiro que Lucía conocía a la perfección el itinerario de la pareja en aquellas vacaciones. No satisfecha con seguir minuciosamente sus pasos en internet, había estudiado toda clase de manuales y empleado todo tipo de artimañas hasta que al fin pudo acceder a la correspondencia privada de Vera y Gael. De esta forma, Lucía sabría los días que estarían en cada ciudad, los restaurantes que tenían marcados

y los hoteles donde se alojarían. Por supuesto, también indagaría en la vida entera de la familia. Lucía conocía punto por punto la planificación de sus vacaciones. Según el propio Ramiro, el espectáculo de telerrealidad que el matrimonio ofrecía no era suficiente. Ella quería saberlo todo y eso significaba meterse en sus vidas hasta lugares donde nadie le había concedido ningún permiso.

¿Había provocado Vera esta obsesión?, ¿fue una demencia de Lucía?, ¿o ambas hipótesis son ciertas?

Y otra cosa: ¿qué ocurrió en la noche de las muertes?

Como ya anticipó Mika, ese día Vera y Gael discutieron por alguna chorrada insignificante, lo cual ayudó a que todo el mundo creyese que el waterpolista había asesinado a su mujer, si bien aquel intercambio de veinte segundos no tuvo ninguna relación con lo que pasó en la sauna. Lo cierto es que estaba planeado. Tras conocer la ruta de Vera y Gael por Japón, ese fue el lugar que Lucía creyó más oportuno para acabar con los dos: las saunas públicas de aquel hotel de Kioto, a las que todo el mundo podía acceder.

Esa noche, Lucía bajó a los sótanos del ryokan, se puso el albornoz de Vera que había colgado a la entrada de los baños y luego se metió en la sauna donde, en un estado de relajación extrema, estaban Vera, embarazada de cinco meses, y Gael, borracho como una cuba. Lucía sabía que, estando de vacaciones, Gael bebía más de lo debido.

Lo primero que hizo Lucía entonces fue asestarle un martillazo en la cabeza a Vera. A continuación clavó las tijeras en el cuello de Gael mientras le tapaba la boca con un trapo. finalmente introdujo las tijeras en el vientre de Vera hasta que le produjo una hemorragia de sangre púrpura. La operación entera no duró más de cinco minutos. Luego Lucía se quitó el albornoz y se marchó de aquel sitio. Mientras, Ramiro esperaba en los ascensores por si las cosas se torcían.

—Lucía estaba obsesionada con Vera mucho antes de que nos conociésemos —les dijo Ramiro a los policías—. Años después de la muerte de su hermano, Lucía le escribió algunas cartas. Intentaba convencerse de que la chica por la que había muerto su hermano era una buena persona. Lo que pasa es que no fue correspondida. Lucía

incluso le propuso a Vera verse en persona, pero esta no contestó. A partir de ese momento, Lucía volvió a pensar mal de ella, hasta que llegó el día en que decidió que se tomaría la justicia por su mano.

En efecto, Lucía y Ramiro mintieron cuando les pregunté en el centro comercial. Lucía lo negó todo, pero Ramiro había fingido desconocer la existencia de las cartas incluso cuando él había sido cómplice de los asesinatos. La cuestión es, ¿por qué participó él, que no tenía nada que ver con Vera y Gael, en aquellas muertes?

—Por amor —dice—. Por amor a Lucía.

Y aunque algo de razón puede haber, no es una interpretación cien por cien redonda. Ocurre que en el pasado Ramiro también tuvo problemas con la justicia: años antes de su relación con Lucía, la anterior cadena de supermercados para la que Ramiro trabajó le había abierto un expediente por abusar de sus empleadas y acosarlas. Incluso tuvo que aceptar una orden de alejamiento después de que una chica a la que él había contratado y con la que luego empezó a salir le denunciase ante un juez por maltrato.

La pareja era algo así como una versión local de Aileen Wuornos y Charles Manson, dos personas cuyas vidas habían fracasado de manera irremediable y estrepitosa y que ahora nadaban en una piscina de resentimiento y rabia, a la espera de un cabeza de turco con que depurar su inquina. Con todo, quedaba otra cosa pendiente de resolver: ¿qué pasaba con la filmoteca ilegal que había sido incautada entre las posesiones de Gael?

—Aquella era la prueba definitiva para hacer que Vera y Gael dejaran de ser una pareja luminosa —le dijo Ramiro a la policía— y convertirlos en auténticos monstruos. Fui yo, por petición de Lucía, quien se ocupó de eso. Veréis, durante un tiempo trabajé como repartidor en una empresa de mensajería, así que lo que hice fue presentarme con un disco duro lleno de porquería en las oficinas del club de waterpolo donde Gael entrenaba a niños. Lo hice el mismo día que ellos se iban de vacaciones a Japón. Yo llegué allí y dije que tenía un paquete para él, entonces alguien me indicó donde se sentaba y yo dejé el sobre ahí mismo. En verdad, el sobre no estaba cerrado: cuando

la policía lo incautase, pensarían que Gael ocultaba su vicio a la vista de todos. Lo que sí debo aclarar es que entonces yo no sabía lo que aquel disco duro contenía, simplemente estaba haciendo lo que Lucía me había pedido: depositar aquel paquete en la misma mesa de Gael, y punto.

Es evidente que esta última declaración solo tuvo como objetivo deshacerse de posibles cargos, pero aun así sus palabras sonaban raras. ¿De verdad había tenido él tan poca implicación en los crímenes de Vera y Gael? ¿Alegaría ante el juez que él solo se dejó llevar por la delirante manía de su mujer? El pasado judicial de Ramiro lo describe como un pobre diablo sádico, pero ahora que Lucía ya no está, podrá decir que el grueso de la culpa fue de ella.

Una hipótesis que circula en las primeras horas del caso es esta: ¿podría ser que, ante el miedo a asumir responsabilidades, fue el propio Ramiro quien lanzó a Lucía a las vías del metro tras hablar conmigo y saberse acorralado?

Qué importa ya.

Tras las muertes de Vera y Gael, fuimos muchos quienes nos hicimos esta pregunta: ¿quién se va de vacaciones para matar a su mujer a sangre fría? Sin embargo, la cuestión era otra: ¿quién se va de vacaciones para matar a sangre fría a quien considera excesivamente afortunado? Durante demasiado tiempo, la opinión pública creyó que Vera y Gael llevaban una doble vida, pero en este último giro de guión resulta que no eran ellos quienes convivían con dos realidades.

En frío, Lucía y Ramiro solo quisieron dar rienda suelta a sus penas y frustraciones mediante un objetivo equivocado. ¿A quién no le ha pasado? Demonizar por nuestros males a quienes son tan desdichados como nosotros resulta un ejercicio tentador, aun cuando el sentido común apunte en una dirección distinta. Lo más triste del caso, creo, es constatar que los asesinos de Vera y Gael no eran más que un par de desgraciados que habían errado el tiro. Gente hundida en sus miserias, en la depresión y el fracaso.

Lo normal para un occidental es cambiar de veneno cuando acabas tu trabajo. Te pasas toda la semana consumiendo cosas que mejoran tu rendimiento y maquillan tu falta de sueño y, cuando por fin has terminado, lo único que deseas es aislarte de la realidad, alterar tu percepción sensorial y precipitarte a un estado mental donde el sueño y la vigilia se confundan. En Japón no. Aquí las cosas son distintas. Las salas de juego y los pachinkos están a rebosar de *salarymen* y adolescentes que se atiborran a bebidas energizantes y observan las pantallas con las pupilas dilatadas, como personajes de anime, en un ambiente donde la música suena tan fuerte que ya es otra cosa, y el aroma de los cigarrillos produce un efecto embriagador. Aquí el tabaco no se respira como aire viciado, sino como un ambientador dulce.

Ahora estoy en una bolera de Shibuya, aún con jet lag. Hace treinta y cinco minutos que me cité en este sitio con Mitsuki pero todavía no ha venido ni tampoco me ha escrito alertándome de su demora. A mi alrededor hay pandillas de adolescentes y parejas que pasan el rato tomando bebidas carbonatadas y comiendo perritos calientes mientras tiran abajo los bolos. Se les ve contentos. Voy mirando el teléfono para comprobar si Mitsuki me escribe, pero no.

De pronto, Mitsuki sube un autorretrato en el que aparece en su casa.

¿Será capaz de dejarme tirado aquí, sabiendo que mi futuro depende de ella?

Pero en ese instante aparece.

Al principio no la reconozco. Mitsuki está ahí con su cuerpo andrógino, como de varón adolescente espigado cuyas espaldas aún han de ensancharse. Viste una camiseta blanca de tirantes y lleva una gran mascarilla antipolución y unas gafas oscuras. El pelo lo lleva tintado de verde y recogido en dos grandes ensaimadas, a la manera de

la princesa Leia. Masca un chicle ruidosamente. Ella se presenta como Mitsuki con un hilillo de voz que suena muy agradable al oído y a continuación me estrecha la mano:

—Perdona que no me quite la mascarilla —dice—, la gente no puede saber que estoy aquí. ¿Te apetece jugar?

Por un momento, pienso que lo mismo podría no ser ella. Me divierte la idea de que Mitsuki hubiese enviado a otra persona en su lugar. Viniendo de ella, tendría sentido.

—Enhorabuena por lo que has hecho —tras derrumbar cinco bolos en mi primera tirada, Mitsuki me agarra de los hombros con una expresión de satisfacción—, estoy orgullosa de ti, detective.

Ella ya está enterada de las últimas novedades en el caso de los padres de Mika, aunque por mi parte prefiero evitar la conversación. Tengo hambre de otras historias y de existencias más amables. El viaje me ha dejado exhausto y lo que menos me apetece ahora es pensar en la vida que dejo atrás.

—¿Qué hay de ti? —pregunto—. ¿Qué haces cuando no eres Mitsuki?

La chica de la webcam me cuenta que hace medio año que dejó la universidad y que sus padres no lo saben. La han visto salir en revistas y son conscientes de su fama; no obstante, desconocen que ha abandonado los estudios y que no quiera volver a ellos. Por el momento, lo oculta bien. Ella cuenta que estudiaba biología, pero que en clase se sentía vacía, triste e inútil. Hablar con otra gente en internet y construir mundos paralelos, en cambio, es lo que más le reconfortaba. Dice que ahora busca la manera de poder pasar el resto de sus días sin tener que hacer nada más que ser su personaje, encerrada en su habitación, en su mundo, inspirando a otras chicas. Ese es su proyecto vital, aunque poca gente de su entorno lo comprenda como un trabajo noble y digno.

—Mis padres me matarán cuando se enteren de lo que estoy haciendo —confiesa Mitsuki—, tengo un miedo terrible a ese momento. Desde que nací, mis padres ahorraron para pagarme estos estudios. Por eso acepté tu dinero. No quiero estar en deuda con ellos. Quiero devolvérselo cuando se enteren.

—Creí que no te hablabas con tu padre.

—Es más difícil que eso —dice.

Terminada la partida le propongo salir por ahí a dar un paseo. Los brazos me duelen ya de los bolos. Mitsuki acepta que salgamos a caminar por Shibuya, donde se respira un calor sofocante.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Detenida en un paso de peatones, Mitsuki me observa con una mirada de sospecha.

Asiento.

—Por casualidad, ¿fuiste tú quien mató a Lucía?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, según me contaste, cuando saliste del centro comercial con Lucía, tú ya sabías que ella era culpable de los asesinatos de Vera y Gael porque su marido te lo había confirmado. Además, todas las pistas apuntaban a ella. Luego fuiste con ella al metro. Hubiese sido tan sencillo como empujarla a las vías.

—También se pudo tirar ella misma, acorralada. E incluso también la pudo empujar Ramiro, con el fin de librarse de algunos cargos.

Mitsuki me mira enarcando las cejas, como si fuese yo quien ahora estuviera inventándose al personaje.

—Mentiroso.

—¿En serio tengo pinta de ir por ahí empujando a la gente a las vías del tren?

—Si yo hubiese estado en tu lugar —dice—, lo habría hecho. ¿Quién sabe si el juez al final no encontraría pruebas suficientes? Imagínate, todo ese tiempo gastado en investigar el caso para que luego Lucía salga inocente. La tenías cercada y estabas sediento de justicia. En el fondo, lo que buscabas no era más que vengar a Mika. Querías que tu amiga viviese con la tranquilidad de saber que se había hecho justicia con la muerte de sus padres.

—Eso es verdad.

—Las decisiones más difíciles no se toman, son ellas las que te eligen a ti.

—Es una forma de verlo. Si hubiese pensado fríamente los argumentos a favor y en contra de venir aquí, no lo habría hecho.

—Lo mismo con el hecho de tirar una persona a las vías del tren. No es algo que tuvieras que pensar, solo una reacción epidérmica. Te salió.

Mitsuki y yo caminamos por callecitas frenéticas, adornadas con farolillos de papel. Por un momento dudo de si Mitsuki me cree o no y pienso que tal vez esa es la razón que me ha traído aquí, hablar con alguien ajeno a mi mundo.

—Suéltalo —insiste ella—. Te sentirás mejor.

—Quiero que sea la última vez que hablamos de esto, ¿entendido?

—Te escucho.

—Me obsesioné con la idea de que el cuerpo hallado en el onsen pudo haber sido el mío. Hubo un tiempo en el que yo estuve enamorado de Vera, lo que pasa es que no me atreví a decírselo. Por eso no dejaba de darle vueltas a la idea de que la persona asesinada aquí en Japón pude haber sido yo mismo, en lugar de Gael, y una mezcla de miedo y ardor me invadió súbitamente. Lo que sí sé es que todo pasó muy deprisa: el empujón a las vías, la huida… No había nadie en aquella estación. No me costó nada. Sabía que nadie se preocuparía por la muerte de una asesina. Lo cierto es que lo hice como quien interpreta un guión ensayado durante mucho tiempo, como quien hace una operación mecánica tras años de experiencia. Fue lo más difícil que he hecho en mi vida… y a la vez lo más fácil.

Mitsuki asiente complacida.

—Si mientes, lo haces fenomenal.

Diario de Tokio

Hoy contraje matrimonio con Mitsuki. Lo hice tras transferirle el 90 por ciento de mis ahorros.

Sé que es difícil de explicar, pero tengo la convicción de que es la mejor decisión que he tomado nunca. ¿Cómo puede ser que haya tenido tanto miedo a hacer esto? De lo único de lo que me arrepiento ahora es de no haber dado el paso antes, por miedo a las explicaciones que tuviera que dar. Es absurdo. Sin embargo, tras precisarle diligentemente la situación a mi padre, su respuesta no pudo sorprenderme más. Esto es lo que me escribió:

> Hijo:
>
> Te pido disculpas por toda la infelicidad que el colegio haya podido causarte. Era lo último que deseaba para ti, te lo aseguro. Durante mucho tiempo yo también me he preguntado si la mejor opción para ti era seguir aquí, a la sombra de un trabajo que es el mío y que ya está más que amortizado. A ti te debería pertenecer el futuro, no el pasado. Ojalá hubiese previsto antes tu desánimo. Evidentemente, me cuesta entender tu decisión, pero asumo que la magnitud de la misma está directamente relacionada con la pena que sentías cada mañana al despertar en esta ciudad. Sé que la vida te tratará bien, Xavier. Para mí también fue un salto al vacío construir el colegio, una apuesta a todo o nada, así que entiendo perfectamente los motivos de tu viaje. Espero que hablemos pronto uno de estos días, y enhorabuena por tu nuevo trabajo. Estoy orgulloso.
>
> Te quiere,
>
> Tu padre.

Tiene gracia, pensé un poco cruelmente al leerlo, que me haya tenido que venir a la otra punta del mundo para oír un mensaje afectuoso de

mi padre, pero por otro lado no deja de ser otro argumento más que justifica mi despedida. Salir de mi zona de confort ha servido para estrechar lazos otra vez con alguien a quien admiro de manera superlativa, pero con quien comparto sentimientos que llevan demasiados años en aguas estancadas. Su sinceridad me agradó de veras.

Después de firmar los papeles, Mitsuki y yo regresamos a Shibuya, donde vive en un apartamento de diecinueve metros cuadrados, en una planta 24. Las vistas son muy buenas. Hemos comprado ramen para dos y estamos celebrando nuestro «casamiento» con dos pipas gigantes de marihuana, viendo vídeos musicales en su ordenador, diciendo tonterías e inventando canciones estúpidas. También he dejado que me hagan la manicura y me apliquen mascarillas faciales con forma de animales. Ahora es de noche y la casa está iluminada por la luz brillante que llega de la calle y por varios neones que hay adheridos a las paredes de la habitación. A Mitsuki se le ha averiado el aire acondicionado (hasta dentro de un par de días no llegará la pieza que necesita), de manera que hace un calor de mil demonios aquí. Nos pasamos el día con las ventanas abiertas, refrescándonos con un ventilador y té oolong frío de máquina expendedora. Los dos vamos en ropa interior, lo cual está siendo levemente incómodo.

Mitsuki no tiene cama; duerme en el sofá desplegado. Le dije que me compraría un saco de dormir hasta que consiguiera una habitación propia pero ella no me lo ha permitido. En su lugar ha insistido en compartir el sofá cama. Esto también es un poco incómodo, pero bueno.

Aún dispongo de otros nueve días libres hasta que empiecen mis clases, que tengo repartidas por distintas facultades y centros de idiomas. Ya he conocido a algunos de mis jefes y compañeros y también estoy mentalizándome para la vida que me espera. No he visto nada que se asemeje a los trenes de Tokio a primera hora de la mañana.

De todas maneras, nunca he deseado con tantas fuerzas ir a un trabajo como ahora, lejos de todo, lejos de viejas y estériles amistades, lejos de los mismos sitios de ocio de siempre y de las mismas

conversaciones en bucle, lejos de unos códigos sociales envenenados. Aquí no soy nadie y eso es algo que nunca he experimentado y que siento como algo extremadamente liberador.

Al fin y al cabo, ¿qué dejo atrás? ¿Dinero? ¿Un trabajo fijo? ¿Unos contactos que podrían servirme de ayuda para cuando estuviera en apuros? ¿Qué es eso en comparación con la posibilidad de acercarse al ecuador de una vida y abandonar esa sensación de estar en el lugar equivocado, en el momento inadecuado? Si fracaso aquí, entonces sabré que estaba destinado a eso y que no tenía otra opción. De todas maneras, es imposible que eso ocurra. Las cosas no pueden ir peor que en Barcelona.

—Xavier —dice Mitsuki—, he pensado una cosa. ¿Qué te parecería que fuésemos a ver a mi padre y le dijésemos lo que hemos hecho?

—No te sigo.

—Es odioso lo que voy a decir, pero se me ha ocurrido que si un hombre le explica mi trabajo, lo entenderá mejor. Algún día tendré que explicarle que abandoné la universidad para empezar a vender mi imagen en internet.

—¿Quieres que la gente sepa que estamos casados?

—Es divertido. ¿Por qué no?

Lo más probable es que sea la marihuana, pero de pronto me parece un buen plan.

Hoy también recibí un correo de Mika, a quien no le he dicho dónde estoy (salvo mis padres, ninguna persona de mi antiguo entorno sabe mi paradero):

> Allá donde estés:
>
> Nuevamente, gracias. Yo sola no habría encontrado a los asesinos de mis padres. Lo que hemos hecho no nos los devuelve, pero al menos duermo un poco mejor.
>
> Te escribía simplemente para contarte una tontería.
>
> Recuerdo que, tras la muerte de mis padres, lo primero que hice fue decirte algo que no había hablado con nadie. Pues bien, ahora me gustaría hacer lo mismo.
>
> Conocer la historia de Lucía me ha impresionado mucho.
>
> Es muy duro saber que las razones por las que esa persona odiaba a mis

padres eran prácticamente las mismas por las que, alguna vez, también llegué a odiarles yo.

Jamás pensé que llegaría a comprender a quienes los mataron.

Solo eso.

Beso

No lo sé, de pronto es como si las cosas empezaran a ponerse en su sitio. Siento la misma curiosidad que debe sentir un recién nacido que mira por primera vez el mundo desde el paritorio, expuesto a la luz cenital del quirófano, sin deudas ni culpas, sin remordimientos. Todo es nuevo aquí. Los rostros, las texturas, el olor. Nadie me despierta prejuicios, ni antipatías ni atracción. Hace más de treinta años ya de la única vez que sentí los días como una pizarra en blanco. Todos deberíamos tener la oportunidad de volver a sentir esto, creo. Renacer en vida.

A partir de una trama detectivesca entre Japón y España, Antonio J. Rodríguez reflexiona en *Vidas perfectas* sobre los miedos de una clase media destrozada por la insatisfacción perpetua. Las dudas y desengaños sobre la familia, la maternidad o el trabajo han marcado las vidas de unos personajes que, tras dar el salto a la vida adulta, se asoman al abismo.

Los cuerpos de una joven pareja de turistas españoles aparecen sin vida en la sauna de un hotel en Kioto. Ambos presentan signos de violencia y ensañamiento; ella, además, estaba embarazada de su segundo hijo.

Su amigo Xavier recibe la noticia con perplejidad: Vera y Gael eran el matrimonio perfecto. Con Mika, su hija adolescente, formaban una familia ejemplar. O eso es lo que mostraban en las redes sociales...

Xavier y Mika rastrearán las vidas de Vera y Gael para descubrirnos una realidad alejada de sus perfiles públicos. Sin más red de protección que su voluntad de empezar de nuevo, deberán poner a prueba su capacidad de dar la espalda a toda convención para encontrar consuelo en los rincones más inesperados.

***Vidas perfectas* es una novela sobre las mentiras que nos contamos**

para sobrevivir y la necesidad de encontrar una salida cuando la envidia de los otros es el último bálsamo que nos queda.

«Está claro que estamos ante alguien literariamente muy capaz que viene dispuesto a cambiar las cosas.»
El Cultural

«Un autor que parece llevar toda una vida escribiendo con gran ingenio.»
ELOY FERNÁNDEZ PORTA

Antonio J. Rodríguez (Oviedo, 1987) es periodista y escritor. Editor jefe en *PlayGround*, ha colaborado como periodista cultural con los principales medios nacionales. Es autor de los relatos «El principio de incompetencia» (RHM Flash, 2013) y *Exhumación* (Alpha Decay, 2010), coescrito con Luna Miguel. En 2012 publicó *Fresy Cool*, su primera novela.

Edición en formato digital: mayo de 2017

© 2017, Antonio J. Rodríguez. Por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada © Jarek Puczel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3311-9

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Vidas perfectas

Sobre este libro

Sobre Antonio J. Rodríguez

Créditos